



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Una lectura psicoanalítica sobre el descuido a un hijo

Zaida Mayerly Mayorga Gualdrón

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Estudios en Psicoanálisis y Cultura
Bogotá, Colombia

2019

Una lectura psicoanalítica sobre el descuido a un hijo

Zaida Mayerly Mayorga Gualdrón

Tesis o trabajo de investigación presentada(o) como requisito para optar
al título de:

Magíster en Psicoanálisis, subjetividad y cultura

Director:

Mario Bernardo Figueroa

Línea de Investigación:

Modalidades del lazo social

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Estudios en Psicoanálisis y Cultura

Bogotá, Colombia

2019

*Las madres están sentadas en la cocina, las
últimas
horas de la tarde, la luz como resina
sólida en el agua junto a los tallos dorados,
el té como ámbar de bailarinas; se sumergen
en su lengua, charlan. Están siempre
temiendo
lo peor para sus hijos; la grieta entre las
tablas,
el clavo, el gancho, las escaleras al sótano,
toda la sangre de sus pequeños cuerpos –
Si mirás por la ventana mientras la oscuridad
se filtra
y el cuarto es como una jarra amarilla,
hay un ángulo, hay un momento, en que se
puede ver que
cada madre
lleva una mujer colgada al cuello
arrastrándola– su propia madre que la agarra
y la hunde
en la luz que se apaga.*

Sharon Olds, Satán dice, Ahogándose.

Resumen

Para el psicoanálisis, el encuentro entre el prójimo y el *infans* en el contexto de los cuidados se convierte en un asunto de vital importancia; no solo para que el niño viva como organismo, sino también para que obtenga lo necesario en su constitución como sujeto.

El presente trabajo intentará explicar lo fundamental de dicho encuentro y lo necesario que movilizará al prójimo a otorgar o no los cuidados. Además, propondrá una definición de los cuidados desde la óptica del psicoanálisis, en la cual es imprescindible que se de lugar a la falta. Si el prójimo intenta estar siempre presente, pretendiendo responder a todas las posibles demandas que presume que el bebé le dirige, posiblemente no de espacio al deseo en el sujeto. Al postular que las ausencias (o la ruptura en la alternancia presencia-ausencia, para ser más precisos) del prójimo son un punto nodal en los cuidados, se dará paso a la discusión sobre la definición de la negligencia y lo esencial para que lo constituyente en el sujeto suceda.

Palabras claves: psicoanálisis, descuido, cuidados, negligencia, subjetividad, frustración, ausencia, falla, falta, objeto a, lazo social.

Résumé

En psychanalyse, la rencontre entre l'autrui et *l'infans*, en ce qui concerne les soins, devient une question vitale et d'une importance majeure. Cette importance ne se limite point à assurer sa survie en tant qu'organisme mais aussi du fait qu'il puisse obtenir le nécessaire pour sa construction en tant que sujet. Ce travail essaiera d'expliquer les éléments fondamentaux de cette rencontre et ce qui est essentiel à l'autrui dans le but de fournir ou pas ces soins. De plus, on en proposera une définition depuis la perspective de la psychanalyse où il résulte incontournable le concept de la faute. Si l'autrui essaie d'être toujours là, présent, en prétendant donner une réponse à toutes les demandes que lui-même, il suppose, provenant du bébé, il est possible qu'il ne laisse pas la place pour que le désir soit chez le sujet. En formulant comme base, l'idée selon laquelle les absences (ou la rupture dans l'alternance entre la présence et l'absence, pour être plus précis) de l'autrui constituent un "point de rencontre" ou de "convergence" dans les soins, on ouvrira la porte à la discussion sur la définition de ce que la négligence et l'essentiel par rapport à ce qui est constitutif dans la construction du sujet"

Mots clés: psychanalyse, manque de soin, soins, négligence, subjectivité, frustration, absence, erreur, faute, objet, lin social

Contenido

	Pág.
Resumen	VII
Introducción	10
1. Capítulo 1 Los cuidados desde El Proyecto de una Psicología para Neurólogos	14
1.1 Funcionamiento del aparato psíquico	14
1.2 Principio de inercia y apremio de la vida	17
1.3 La acción específica y la vivencia de satisfacción	18
1.4 Vivencia de dolor	24
1.5 El prójimo y sus atributos	28
2. Capítulo 2 Necesidad, demanda y deseo en el contexto de los cuidados	33
2.1 El grito que es tomado como grito: la necesidad	33
2.2 La transmutación del grito en demanda	37
2.3 Las diferentes lecturas de la demanda	42
2.4 Lo que se pide cuando se demanda la luna	44
3. Capítulo 3 Las paradojas de los cuidados	47
3.1 La erotización del cuerpo del niño: construir un cuerpo	47
3.2 El lugar de la falla en los cuidados	56
3.3 Los atributos de la falla en los cuidados	70
3.4 La madre como ausencia: alienación-separación	72
3.5 Una aproximación a la conceptualización de los cuidados	77
4. Capítulo 4 ¿Mujer=madre?	80
4.1 La pregunta por la mujer y la madre desde el psicoanálisis	80
4.2 Estrago materno y el niño como falo	85
4.3 Función materna	95
4.4 La madre y el objeto <i>a</i>	96
4.5 El niño como objeto <i>a</i> en el contexto de los cuidados	102
5. Conclusiones	106
Bibliografía	109

Introducción

Este trabajo de investigación aborda una problemática que involucra a todos los sujetos desde una perspectiva social y ética. Hablo de experiencias que, enmarcadas en un contexto de negligencia, muestran el descuido o la falta de cuidado por parte de un adulto hacia un otro que está en una situación de notable desventaja o vulnerabilidad. Dado que la palabra negligencia no es un concepto que se encuentra en la teoría psicoanalítica, el presente escrito toma importancia en el terreno de los cuidados.

¿Por qué investigar desde el psicoanálisis el asunto de los cuidados en una época en la que parece que todas las respuestas ya están dadas en este tema? Porque justamente en ese aparente panorama claro, lo que encontramos en la normalización (o estandarización) de los cuidados, es la generalización de la subjetividad; desde aquí, el llanto, los movimientos, el balbuceo o el grito del *infans* -de todos-, tienen una significación cultural que da la impresión de facilitar al cuidador o al prójimo las respuestas de lo que acontece en el bebé. Ante esto, el psicoanálisis sostiene una postura diferente en la que reconoce la condición particular de cada sujeto. En este sentido advierte que, entre el prójimo y el *infans* se hace lazo, y es puesto en juego algo del orden de lo estructurante en el sujeto en el terreno de los cuidados.

Adicional a lo anterior encontramos que los cuidados involucran el asunto de la condición de desamparo y de prematuración biológica con la que nace el bebé, algo que lo conduce a un encuentro insoslayable con el prójimo para su sostenimiento y supervivencia. Freud, en su Proyecto de psicología para neurólogos, se refirió al estado inicial del niño con la palabra “desvalimiento”¹ señalando que éste es incapaz de valerse por sí mismo; lo concibe como un ser indefenso, desamparado, que se encuentra en total indefensión o invalidez. Por su parte, Lacan reiteró en diferentes lugares de su obra la

¹ Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”, en *Obras completas*, Vol. I. (Buenos Aires: Amorrortu, 2008) Pág, 363.

“prematuration específica del nacimiento”² y “fetalización”³ propias de la condición del bebé, marcando así la urgencia del encuentro con otro que lo sostenga.

El asunto de su estado inicial es la vía de entrada al escenario del mundo, incluso antes de nacer dependerá del otro y sus cuidados para hallar algún tipo de existencia; si biológicamente el bebé no es alimentado, no es sostenido o abrigado, indiscutiblemente morirá; esto no tiene objeción alguna. Sin embargo, para el psicoanálisis una cosa es que el *infans* viva como organismo y algo diferente es que emerja en este una subjetividad tal como la conocemos. Estamos hablando aquí de una vida biológica y de una existencia subjetiva que no compiten en relevancia, ya que sin cuerpo no habría cabida a una subjetividad (ni vida) y, sin la existencia del sujeto no habría posibilidad para la humanización de ese cuerpo.

Esto significa que prodigar de cuidados al otro que nace indefenso, que no puede valerse por sí mismo, va más allá de alcanzarle el seno y amamantarlo; bajo la óptica del psicoanálisis, el auxilio del otro a ese niño tiene un sentido diferente a la mera satisfacción de las necesidades nutricias. Lo primero que quiero resaltar de esta afirmación es que, hablar de los cuidados nos direcciona a hablar del otro o más precisamente, de la experiencia del encuentro primordial entre el prójimo y el *infans* que marca lo fundamental para todo lo estructurante en el sujeto.

Desde esta óptica, el presente trabajo responde a la siguiente pregunta central, la cual convoca diferentes cuestionamientos que se irán desarrollando en los 4 capítulos propuestos a lo largo de la tesis: dado que desde la perspectiva del psicoanálisis no existe el instinto, es decir que el sujeto no está orientado por una determinación biológica universal en la especie hacia su objeto, ni específicamente el instinto materno, es necesario explicar, qué causa que la madre, o quien haga sus veces, cuide a su hijo y cuáles son las razones por las que, en algunos casos, no puede asumir este componente de la función materna sometiendo a los hijos a un franco descuido que parece no percibir.

² Jacques Lacan, “Los escritos I: El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (México: Siglo XXI Editores, 2003) Pág, 89.

³ *Ibid.*, 89.

1

Freud, en el Proyecto de psicología para neurólogos, en su intento de explicar el funcionamiento del aparato psíquico, plantea un interrogante central sobre el bebé que involucra la experiencia del encuentro primordial con el prójimo dentro del escenario de los cuidados.

Si bien Freud explica dicho funcionamiento del aparato psíquico a través de un sistema de neuronas, la pretensión de este primer capítulo es mencionar aquellos elementos que podrían estar relacionados en el terreno de los cuidados, desde el encuentro primordial del *infans* con el prójimo, y poner en evidencia la relevancia de dicho encuentro con todo lo constituyente en el sujeto. Debido a que el bebé no puede valerse por sí mismo, es decir, no puede suministrarse su propio alimento, necesita del otro que realice la acción específica con la que podrá realizar la descarga de excitación. En la realización de dicha acción y las vivencias que quedan como efecto del encuentro con el prójimo, están en juego varias cuestiones importantes que profundizaré en este capítulo.

2

Si bien los cuidados dispensados por el prójimo al bebé cumplen una función primordial para que emerja lo estructurante en el sujeto no todos los cuidados prodigados garantizan que esto ocurra. Para que las cosas marchen de esta manera, por el bien del sujeto es necesario algo por parte de la madre (o quien cumple la función materna) que permite la trasmutación del grito o el llanto en un llamado, una demanda. Si la madre o el prójimo le otorga un sentido al grito del bebé, y en esta vía, le atribuye un discurso, significa que pone en juego un asunto esencial del cual hablaré en el capítulo; dicho requerimiento es lo que la moviliza a entregar el objeto de la demanda al niño, más que el de la necesidad. Por lo tanto, el cuestionamiento que guía esta segunda parte de la tesis es ¿qué moviliza a la madre -o al sustituto- a dispensar los cuidados al bebé?, ¿por qué algunas madres parecen quedar paralizadas ante el grito del niño? y ¿qué posibilita que la madre lea el grito del niño convirtiéndolo en un llamado? Para dar respuesta a estos cuestionamientos, se explorará la articulación de tres conceptos fundamentales para el psicoanálisis: necesidad, demanda y deseo.

3

Si bien para el discurso cotidiano los cuidados incluyen la permanencia continua de la madre que intenta colmar las demandas del bebé, para el psicoanálisis dicha permanencia absoluta podría estar del lado de lo que atenta o pone en peligro la

estructura del sujeto. Este cuestionamiento introduce varios temas fundamentales que están en juego en el terreno de los cuidados, los cuales se explorarán a lo largo del capítulo hasta llegar a una aproximación de la conceptualización de los cuidados; algunos son: el lugar de la falla en los cuidados, los atributos de la falla, la falta primordial en el sujeto, el objeto de la demanda, el objeto de la necesidad, ¿qué objeto es el que está en juego en el terreno de los cuidados?, la función de la alternancia presencia-ausencia de la madre, el cambio de ritmo de esta escansión y, ¿qué significa el éxito de los cuidados?

4

Finalmente, esta cuarta parte de la tesis inicia marcando la diferencia entre el deseo de la madre y el deseo de una mujer, para exponer la connotación fundamental de cada uno en el terreno de los cuidados. Este tema es nodal para el psicoanálisis pues a partir del deseo de la madre el niño llegará a ocupar un lugar en el mundo como sujeto; sin embargo, los cuidados pueden ser dispensados ante la ausencia de dicho deseo ¿Qué lugar ocupa el niño para la madre que entrega únicamente el objeto de la necesidad, cuando no logra leer el grito del niño?, ¿cuáles son los efectos del lugar que ocupa el niño para la madre en lo estructurante del sujeto? y ¿qué significa en términos de cuidados que el niño ocupe el lugar objeto a para la madre? Con la intención de dar respuesta a estos cuestionamientos -y otros más que se irán planteando en el desarrollo del capítulo- se hablará del estrago materno, la función materna, y los posibles lugares que puede llegar a ocupar un hijo para la madre en el marco del contexto de los cuidados.

1. Capítulo 1 Los cuidados desde El Proyecto de una Psicología para Neurólogos

1.1 Funcionamiento del aparato psíquico

Sigmund Freud, en su *Proyecto de una psicología para neurólogos* ⁴, construyó unos supuestos con los que intentó explicar el funcionamiento del aparato psíquico a través de los procesos fisiológicos y neuronales. Para esto, fijó dos ambiciones: “averiguar qué forma cobrará la teoría del funcionamiento psíquico si se introduce en ella un enfoque cuantitativo, una especie de economía de la energía nerviosa, y extraer de la psicopatología aquello que pueda ser útil para la psicología normal” ⁵. Al intentar revelar la dinámica del funcionamiento de dicho aparato, halla un punto nuclear y determinante en el sujeto, que parte de ese primer encuentro con el otro y se relaciona con el asunto de los cuidados.

Esta cuestión de los cuidados y el acercamiento del prójimo al organismo humano va más allá de la exclusiva satisfacción de una necesidad biológica: es el punto en el que se fijará el discernimiento del sujeto al descubrir la imagen horrorosa pero también cercana y familiar del prójimo, lo cual nos refiere directamente a la ética del sujeto; es el momento del encuentro (y desencuentro) con la Cosa, el surgimiento del deseo y del sujeto dividido.

Freud parte de lo biológico para explicar el funcionamiento del aparato psíquico a través de una red o sistema de neuronas a las que llama pasaderas e impasaderas (o no pasaderas), nombre que les asigna según la función y la relación que establecen con la cantidad o carga de energía que las transita; es decir, establece una diferencia entre aquellas que son influidas de manera prolongada y duradera por la cantidad de energía o excitación, y aquellas en las que no se produce ninguna alteración.

En las neuronas pasaderas, la cantidad de excitación no produce cambios en su estructura, quedando en el mismo estado anterior al decurso de la cantidad de energía. Freud las llama “células de percepción”⁶, puesto que tienen la cualidad de “la frescura

⁴ Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”, en *Obras completas*, vol. I. (Buenos Aires: Amorroutu, 2008).

⁵ *Ibid.*, 326.

⁶ *Ibid.*, 343.

para excitaciones nuevas”⁷ y reciben o están expuestas a las grandes cantidades de estímulos o energía que proviene del exterior del organismo. Estos estímulos tienen una característica importante a resaltar y es que se presentan de manera discontinua, ininterrumpida, aspecto contrario a los estímulos endógenos.

En las otras neuronas, las impasaderas o no pasaderas, la excitación o carga de energía produce un estado diferente a la inicial, lo cual quiere decir que son alteradas de forma duradera por dicha cantidad de excitación, y esto las habilita para la retención de nueva información; es decir, para la posibilidad de constituir memoria. Freud afirma que estas neuronas “son portadoras de la memoria y probablemente también de los procesos psíquicos en general”⁸.

La energía que las embiste proviene del sistema de neuronas pasaderas y de estímulos endógenos sobre los cuales Freud plantea tres supuestos: “1) son de naturaleza intercelular, 2) se generan de manera continua, y 3) sólo periódicamente devienen estímulos psíquicos”⁹. Sobre la estructura de estos sistemas de neuronas, Freud afirma que están compuestas de una pantalla protectora ante los estímulos, “las barrera- contacto”, que funcionan de forma diferente en cada sistema de neuronas. Así, en las neuronas pasaderas, permiten el paso de información sin poner resistencia alguna; mientras que, en las impasaderas, operan haciendo difícil el curso de la información.

Para entender el flujo de la energía o cómo opera la cantidad de energía en los sistemas de neuronas, es importante entender la estructura que las conforma. Aparte de las barreras-contacto, Freud menciona especialmente en las impasaderas un subsistema de neuronas: las del manto y las del núcleo. Las del manto son investidas – o reciben energía de– las neuronas pasaderas; mientras que las del núcleo son influidas por los estímulos endógenos. Por el momento no me detengo a explicar detalladamente esta dinámica de la energía, ya que se profundizará y se mencionará su importancia en el siguiente apartado. Por ahora, basta tener en claro que Freud delega el funcionamiento del aparato psíquico a estos sistemas de neuronas e incluye un tercer sistema conformado por las neuronas de percepción (w); éstas son investidas por las neuronas

⁷ *Íbid.*, 343.

⁸ *Íbid.*, 344.

⁹ *Íbid.*, 360.

impasaderas y son las que posibilitan la percepción de las cualidades sensibles, las sensaciones de displacer y placer.

Del transitar de la energía en las neuronas y sus barreras-contacto quedan unas facilitaciones, unos caminos fijos o establecidos de conexión, que serán las vías predilectas por las nuevas cantidades de energía. Freud dice que consisten en “la absorción de Qn por las barreras-contacto”¹⁰, esto sugiere que las facilitaciones son un estado de las barreras-contacto, que surge como resultado de la cantidad de energía que es absorbida. Se podría decir entonces que las barreras-contacto quedan facilitadas, y que esto permite el paso de cierta cantidad de información. Freud afirma que “mientras más grande sea la Qn en el decurso excitatorio, tanto mayor será la facilitación”¹¹. Tomo de partida el concepto de las facilitaciones para hablar de algo importante que marca el encuentro con el Otro: el asunto de la memoria.

Frente a cómo se produce la memoria, Freud dirá que depende de las facilitaciones entre un sistema especial de neuronas ψ , las cuales “son alteradas duraderamente por el decurso excitatorio. Introduciendo la teoría de las barreras-contacto: sus barreras-contacto caen en un estado de alteración permanente. Y como la experiencia ψ muestra que existe un aprender-sobre con base en la memoria, esta alteración tiene que consistir en que las barreras-contacto se vuelvan más susceptibles de conducción, menos impassaderas, y por ende más semejantes a las del sistema Φ [...] la memoria está constituida por las facilitaciones existentes entre las neuronas ψ ”¹².

Ahora bien, la reacción de las neuronas, independientemente del tipo de sistema del que se esté hablando (pasaderas o impassaderas), tienen un fin exclusivo: la descarga de excitación ocasionada por la sobrecarga de tensión. De ahí que *uno de los principios del aparato psíquico* consista en la defensa ante la acumulación de excitación en las neuronas, las cuales buscan una acción motriz a manera de conseguir el alivio; esta descarga es lo que Freud llama “función primaria de los sistemas de neuronas”¹³. A continuación, me detendré un poco para hablar sobre el principio que mueve todo el andamiaje del aparato psíquico: el principio de inercia.

¹⁰ *Íbid.*, 346.

¹¹ *Íbid.*, 348.

¹² *Íbid.*, 344.

¹³ *Íbid.*, 340.

1.2 Principio de inercia y apremio de la vida

Freud plantea que el aparato psíquico funciona precisamente a través del quebrantamiento del Principio de inercia y apremio de la vida, y su trasgresión es un efecto colateral de las cantidades de excitación que fluyen desde el mundo exterior hasta el sistema de neuronas, o de los estímulos que estas reciben, en un mayor grado de complejidad y tal como se mencionó anteriormente, del interior de su cuerpo.

De estos dos tipos de estímulos, los endógenos son los que alteran en mayor medida el Principio de inercia, ya que producen un continuo aumento de la excitación y, por ende, la acumulación de la tensión en las neuronas y malestar. Dice Freud que dichos estímulos “proviene de células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad. De estos estímulos el organismo no se puede sustraer como de los estímulos exteriores, no puede aplicar su Q para huir. *Sólo cesan bajo precisas condiciones* que tienen que realizarse en el mundo exterior; por ejemplo, la necesidad de alimento”¹⁴.

Por ahora, partimos del hecho de reconocer que el organismo humano está en su totalidad inundado por unas condiciones a las que Freud definió como «apremio de la vida». En el capítulo siete de su obra *La interpretación de los sueños*, afirma que “el apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. La excitación impuesta {setzn} por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad que puede designarse «alteración interna» o «expresión emocional». El niño hambriento llorará o pateará inerte. Pero la situación se mantendrá inmutable, pues la excitación que parte de la necesidad interna no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuamente.”¹⁵ Este apremio de la vida o *die Not des Lebens*, “corresponde con un estado de urgencia tal que, si no ocurre pronto algo, no solo pelagra la homeostasis anhelada, sino que la integridad vital queda pronto amenazada”¹⁶. Como un medio de descarga de la tensión, el niño realiza una acción refleja-motora, que se personifica en el berreo-grito o pataleo; sin embargo, la necesidad no cesa y la excitación no disminuye por esta vía motriz. El aligeramiento de la

¹⁴ *Íbid.*, 362. Las cursivas son mías.

¹⁵ Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”, en *Obras Completas*. Vol. V (Buenos Aires: Amorrortu, 1992) Pág., 557. El resaltado es mío.

¹⁶ Jaime Santamaría, “El prójimo: la máquina del mal”. Tesis de Investigación, Escala de Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura, 2014. Pág., 13. El resaltado es mío.

tensión que lo calmará definitivamente (o de una forma más duradera), solo puede llegar cuando le suministren el objeto de su necesidad, por ejemplo, el alimento.

Todo lo dicho hasta ahora me sugiere y me conduce a resaltar que, en el bebé o el organismo humano recién nacido, no todo es tranquilidad: desde su interior es presa de un caos inevitable, ya que se encuentra acosado por diversos estímulos; éstos irrumpen con violencia en su estado apacible y se presentan como incesante amenaza hasta lograr casi el resquebrajamiento de su propio cuerpo. Estas condiciones en las que el organismo humano está preso, a las que Freud llama apremio de la vida, son fundamentales para su supervivencia, ya que mueven toda la maquinaria del sistema de neuronas.

Sobre su carácter primordial, Freud hablará de manera específica en el capítulo VII de la *Interpretación de los sueños*: “pero el *apremio de la vida* perturba esa simple función; a él debe el aparato también el *envión* para su constitución ulterior”¹⁷. De igual manera, en su *Proyecto de psicología* expresa que “todas las operaciones del sistema de neuronas se deben situar bajo el punto de vista de la función primaria o bien el de la función secundaria, que es impuesta por el *apremio de la vida*”¹⁸. Esas necesidades corporales ineludibles hacen parte del organismo humano, muestran su fragilidad, su condición de dependencia del Otro; es decir, estamos frente a un organismo cuyo estado de “inicial desvalimiento”¹⁹ lo liga a una total dependencia.

1.3 La acción específica y la vivencia de satisfacción

El bebé experimenta dos tipos de vivencias y cada una revela dos rostros diferentes del prójimo: uno le otorgará “satisfacción”²⁰, placer, complacencia; y el otro le otorgará “dolor”²¹, el cual acrecentará su malestar a tal punto de experimentar el terror. El protagonismo de estas dos vivencias recae en el auxiliador, el cual se convierte en la primera realidad para el bebé, en su primer acercamiento a algo diferente de lo que experimentó en su “estado de nirvana”²² y placer absoluto estando en el vientre materno.

¹⁷ Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”. *op. cit.*, 557. Las cursivas son mías.

¹⁸ Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.*, 341. Las cursivas son mías.

¹⁹ *Íbid.*, 363.

²⁰ *Íbid.*, 363.

²¹ *Íbid.*, 364.

²² Este término fue usado inicialmente por Barbara Low y posteriormente adoptado por Freud, quien lo llamó en primera instancia, principio de constancia. Freud, emplea el término para

Descubre que esta realidad se muestra de forma cambiante, que contiene dos caras y que pueden variar entre lo familiar, cercano, placentero, o lo doloroso, terrorífico y causante de malestar. Antes de hablar de las dos vivencias, las cuales hacen parte del contexto de los cuidados, es indispensable resaltar y recordar que el bebé nace en un estado o condición de desvalimiento, de indefensión y precipitación biológica, a partir del cual depende ineludiblemente del otro para vivir: sin éste que lo soporte o lo sostenga, que le prodigue los cuidados necesarios, perecerá.

Es necesario no perder esto de vista, dado que el primer encuentro con el otro es motivado por el estado biológico de “desvalimiento”²³ en el que nace la cría humana, y por la posición de fragilidad e indefensión ante los estímulos que provienen tanto del exterior como del interior de su organismo; aquellos, principalmente los estímulos endógenos, los cuales se manifiestan de forma continua, generan tensión y malestar debido a la acumulación de la excitación y la imposibilidad de su descargada o aligeramiento.

A manera de aliviar dicha tensión, la cría humana realiza una acción refleja, un “esfuerzo”²⁴ que expresa en el berreo y/o pataleo, a través del cual no logra disminuir la tensión, pues la recepción de los estímulos endógenos que irrumpen de manera continua no puede ser cancelada por esta vía. Freud resalta que la única forma o medio para aligerar la excitación proviene de la “alteración del mundo exterior”²⁵ con algo que él llama la “acción específica”²⁶. Dicha acción, de carácter específico, ocurre cuando el otro al que Freud se refiere como “individuo auxiliador”²⁷, “experimentado”²⁸, “prójimo”²⁹ -o *Nebenmensch*- le aporta el alimento o el objeto de la necesidad a la cría, reduciendo de

referirse a la tendencia de los procesos anímicos a suprimir todo estímulo hasta lograr el equilibrio; dice específicamente en *Más allá del principio del placer*, “rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna del estímulo” (pág, 54); llegar a ese punto de equilibrio sería equiparable a un estado de placer absoluto. Freud, menciona el término igualmente en *El problema económico del masoquismo* (pág, 165), y en *Pulsiones y destinos de pulsión* (pág, 117), en donde concluye, en una cita al pie, que el principio de placer es una modificación del principio de nirvana.

²³ Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.*, 363.

²⁴ *Íbid.*, 362.

²⁵ *Íbid.*, 362.

²⁶ *Íbid.*, 362.

²⁷ *Íbid.*, 363.

²⁸ *Íbid.*, 362.

²⁹ *Íbid.*, 376.

esta manera la tensión en su organismo, generando la experiencia de la “vivencia de satisfacción”³⁰.

Del efecto de la acción específica y de la vivencia con la que se asocia, Freud dice: “sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno”³¹. En este punto cabe resaltar que, sin ese “cuidado ajeno”, el niño perece y no puede instaurarse la vivencia de satisfacción; por tal razón, Freud reitera aquí el papel protagónico que tiene el cuidado que proviene del otro, cuidado que significa el encuentro originario con el *nebenmensch*, y sin el cual todo lo estructurante en el sujeto no ocurriría.

Sobre la acción específica realizada por el prójimo, que corresponde al cuidado ajeno, Freud señala que tiene un lugar importante y privilegiado en el organismo humano; puesto que, más allá de satisfacer la necesidad biológica, es una acción que va a pasar a la memoria del sujeto como un registro imborrable. En la medida que una parte del otro queda inscrita como una percepción, como una imagen mnémica asociada a la huella, instaurada a partir de la vivencia de satisfacción, la otra parte pasará a lo incognoscible en el sujeto como aquello a lo que no tendrá acceso, la cosa del mundo.

La presentación del prójimo en estas dos formas particularmente diferentes es definida por Freud como “el complejo del prójimo”; dice de éste: “se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una *cosa del mundo*, mientras que el otro es *comprendido* por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio”³². El primer componente, la Cosa, es lo que quedará irremediamente perdido, mientras que el segundo pasará al recuerdo.

Con base en estas palabras podemos inferir la relevancia del papel protagónico que tiene el prójimo, al ser el realizador de la acción específica que propicia el encuentro primordial: solo a través del cuidado ajeno dado por el *nebenmensch*, con la doble cara que contiene el complejo del prójimo, acontece este encuentro estructurante y trascendental para el humano y su constitución como sujeto. Freud afirma de esta vivencia que “tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones del

³⁰ *Íbid.*, 363.

³¹ Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”. *op. cit.*, 557. En énfasis es mío.

³² Sigmund Freud. “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.*, 377.

individuo”³³ y la considera como una experiencia fundamental para el funcionamiento del aparato psíquico, puesto que es en ella que se constituye el deseo como lo propiamente humano.

Describe este proceso de la siguiente manera: 1) la descarga del estímulo produce en el organismo el estado de placer, 2) se inviste una neurona del manto la cual se asocia a la percepción de un objeto o imagen, 3) la noticia sobre el movimiento reflejo y la descarga asociada a la acción específica llega a otros lugares del manto en el que se genera la investidura de una neurona, o de varias, que corresponden a la percepción del objeto y, entre estas y las del núcleo (también investidas), se forma una facilitación; es decir, un camino de conexión que quedará fijo, como la vía directa que será recorrida con cada experiencia alucinatoria de la cría, a manera de reavivar la imagen asociada con la vivencia de placer original.

Después de aligerarse la tensión del malestar inicial y ser aliviada la cría, esta podrá surgir nuevamente debido a que el estímulo endógeno se manifiesta de forma continua e ininterrumpida, haciendo necesaria otra descarga de la excitación. En un intento fallido por reducir dicha excitación, el organismo investirá la percepción o imagen mnémica que se creó en el primer encuentro con el otro; es decir, la imagen asociada con la vivencia de satisfacción.

Sobre este movimiento circular e imparable de la tensión (o de la energía) en el organismo, y del investimento de la imagen mnémica, Freud dice: “la próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera”³⁴.

En suma, la cría alucina el objeto asociado a la vivencia de satisfacción, punto crucial para la construcción de la teoría psicoanalítica, puesto que ahí, en esa investidura de la percepción, se da lo que Freud llama deseo: “una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa

³³ *Ibid.*, 363.

³⁴ Sigmund Freud, “La interpretación de los sueños”. *op. cit.*, 557.

manera, y por tanto el desear terminaba en un alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una identidad perceptiva, o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad”³⁵.

Ahora bien, para efecto del interés de esta tesis, es necesario subrayar el papel que entonces jugará el cuidado en este encuentro constitutivo; ya que, de la acción específica realizada gracias al cuidado ajeno, queda una huella o una imagen del objeto asociado a la vivencia de satisfacción. La cría humana intentará repetir esta vivencia y alcanzar dicho objeto, pero solo obtendrá una aproximación de forma alucinatoria; es decir, “verá” el objeto, lo percibirá alucinatoriamente, fantaseará con él, pero no lo encontrará en la realidad, pues se escapa de ésta.

Freud señala que con dicha vivencia de satisfacción queda un camino establecido, una vía directa entre la excitación y la vivencia de satisfacción, que el bebé intentará alcanzar a través de la identidad perceptiva: “la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima. Tal vez sea la imagen-recuerdo del objeto la alcanzada primero por la *reanimación del deseo*”³⁶. Estos dos recuerdos son el de la imagen-objeto y el de la imagen-movimiento.

Este asunto del deseo en el sujeto, tiene vital importancia para esta propuesta de investigación, ya que en el contexto privilegiado de los cuidados dados por el prójimo en el encuentro primario es donde el bebé se topa con el deseo. En primer lugar, como deseo del otro: esto se explica en el hecho de que los cuidados no son un mero ejercicio orgánico o aporte de nutrientes; los cuidados también están inscritos en el deseo y en lo simbólico, porque el otro, el prójimo como sujeto deseante inscrito en el lenguaje, los prodiga mediatizados por su deseo, y esto no como una respuesta automática, sino como una pauta motora fija desencadenada por el estímulo del llanto del neonato, a la manera de un instinto. Y, en segundo lugar, con el deseo que se inscribe a través de los cuidados: esto quiere decir que el deseo está inscrito en los cuidados, porque los cuidados están inscritos en el deseo del otro.

Eso significa que el asunto de los cuidados está inscrito en esa primera aproximación de realidad (o irrealidad) que es el otro, la cual establece para el organismo humano recién nacido un antes y un después que va más allá de satisfacer un requerimiento físico o nutricio. Si desde el inicio los cuidados prodigados no responden

³⁵ *Ibid.*, 557.

³⁶ Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.*, 364.

exclusivamente a una exigencia biológica, esto quiere decir que hay algo de otro orden que permite el sostenimiento del bebé en el mundo. Ésta es precisamente la plataforma de la pregunta de mi tesis, las vicisitudes de los cuidados como el punto de encuentro entre el bebé y el prójimo.

Lo que hasta ahora nos muestra el *proyecto* es que los cuidados están ligados a una dimensión ética, lo que constituye lo conocido, representado y deseado, y también lo desconocido o incognoscible, en tanto algo de ellos quede incluido en la dimensión de la Cosa. Esta premisa surge al pensar lo siguiente: ya que los cuidados, en tanto significan la entrega del objeto de la necesidad, inscrito por el Otro en el lenguaje y el deseo, implican necesariamente el encuentro con el otro –a partir del cual el bebé experimenta algo a lo que Freud llamó “Complejo del prójimo”³⁷ por su separación en dos componentes o partes: una es la “Cosa del mundo”, aquello que quedará irremediabilmente perdido, la otra está relacionada con un trabajo de la memoria–.

Podríamos pensar que una parte de ellos participará en la dimensión de la Cosa, mientras que la otra lo hará en las huellas mnémicas. Este asunto advierte que hay algo de los cuidados que, indefectiblemente, quedará como horroroso, del lado de la Cosa desconocida, que escapará de todo significado; y que otra parte quedará como un trabajo mnémico. Poner de relieve esta lógica de la relación de los cuidados con el complejo del prójimo permite preguntarnos si, por muy buenos que sean los cuidados prodigados por la madre, una parte de ellos ineludiblemente se convertirá en algo terrorífico para el sujeto.

Ahora bien, en párrafos anteriores hablé acerca de los dos recuerdos mencionados por Freud, involucrados en la reanimación del deseo: el de la imagen-objeto y el de la imagen-movimiento. Los traigo a colación ya que estos advierten que los cuidados entran a ser parte de la huella mnémica y del complejo del prójimo; no solo a través de la imagen del objeto, sino también a través de la “imagen-movimiento”, desde la cual se puede leer también el cuidado. Esto significa que la huella mnémica no solo implica evocar la imagen del objeto deseado, el objeto de la satisfacción, no solo se asocia con la sensación de placer o dolor relacionada únicamente con dicho objeto; también involucra el recuerdo del movimiento dado por el otro en el encuentro originario.

³⁷ *Ibid.*, 377.

Entonces, parte de los movimientos que implican el cuidado (las caricias, los gestos de la madre cuando acerca el bebé a su pecho, el balanceo, sus palabras, su arrullo, su vaivén) también quedarán inscritos en el bebé como huella mnémica, como remembranza. La otra cara del prójimo, la que se halla investida de una apariencia hostil, adquiere este valor ya que se encuentra asociada a la vivencia de dolor y a la sensación de displacer.

1.4 Vivencia de dolor

Para hablar de esta vivencia es importante especificar primero el asunto del dolor. Freud dirá en su *Proyecto de psicología* que “es el más imperioso de todos los procesos”³⁸; que es el encargado del fracaso de los dispositivos, y lo define por “la irrupción de grandes Q hacia ψ ”³⁹. En suma, el dolor es el que pone en movimiento los sistemas de neuronas, las cuales buscarán como fin último huir de este; por tal razón, su función es esencial para el funcionamiento de todo aparato psíquico, ya que pone en marcha todo el sistema.

Según lo expuesto por Freud en su *Proyecto*, también podemos decir que: 1) se origina por la acumulación de tensión en el organismo ante la imposibilidad en la descarga de excitación; 2) queda la imagen del objeto asociada a la vivencia de terror, e imágenes asociadas al objeto hostil por “asociación simultánea”⁴⁰; 3) el acrecentamiento de Q causa en las neuronas una sensación que es parecida al dolor, esta es el displacer; y 4) el traspaso del dolor en las neuronas crea en éstas unas facilitaciones duraderas, es decir, una vía directa de conexión entre la excitación (tensión) y la imagen que se asemeja al objeto hostil instigador del dolor.

Estas facilitaciones duraderas crean una posición privilegiada o exclusiva de la imagen-recuerdo hostil, puesto que, al experimentar la cría nuevamente la acumulación de la tensión y no obtener la descarga de la misma (por la acción específica), o fracasar en su intento con la experiencia alucinatoria de la vivencia de satisfacción, existirá la tendencia en el aparato psíquico a la activación de un estado similar al dolor, el displacer.

De la imagen que queda de este encuentro tormentoso, de la vivencia del dolor, dice Freud: “si la imagen mnémica del objeto (hostil) es de algún modo investida de nuevo (v.gr., por nuevas percepciones), se establece un estado que no es dolor, pero

³⁸ *Ibid.*, 351.

³⁹ *Ibid.*, 351.

⁴⁰ *Ibid.*, 363.

tiene semejanza con él. Ese estado contiene displacer y la inclinación de descarga correspondiente a la vivencia de dolor”⁴¹.

En *Inhibición, síntoma y angustia*, menciona que el dolor que experimenta el bebé se ve reflejado en la expresión de su rostro y la reacción del llanto: este se produce ante la “pérdida del objeto”⁴² y se diferencia de las “vivencias de necesidad”⁴³. Afirmará que “el dolor – en primer término y por regla general- nace cuando un estímulo que ataca en la periferia perfora los dispositivos de la protección antiestímulo y entonces actúa como un *estímulo pulsional continuado*, frente al cual permanecen impotentes las acciones musculares [...] es evidente que el niño tiene ocasión de hacer esas vivencias de dolor, que son independientes de sus vivencias de necesidad”⁴⁴.

Esto me sugiere inicialmente tres cosas: 1) el dolor (el cual es reconocible en el bebé a través del llanto, el pataleo, y la expresión de su rostro) se diferencia de la pura y simple necesidad; 2) los signos de alerta del displacer son los que podrían convocar al prójimo a realizar una acción específica, en la medida en que ese experimentado o *nebenmensch*, atravesado por la cultura y tomado por el significante, hace de ese grito un mensaje (la madre cree leer algo en ese grito o expresiones de dolor y atiende a lo que ella misma considera un llamado otorgándole un sentido); 3) la expresión «estímulo pulsional continuado» (resaltada en la referencia), muestra una vez más que el dolor no está ligado con la necesidad, y que persiste a pesar de que el sujeto intente colmarla.

Así el otro le dé al bebé el objeto de los cuidados o lo sustraiga -ya que suministrar los cuidados no solamente implica dar el objeto, sino también sustraerlo-, ineludiblemente experimentará la vivencia de dolor; y también muestra que la ausencia de los cuidados no se asocia necesariamente con dicha vivencia. Finalmente, revela una paradoja en torno a la concepción de los cuidados (tema que retomaré en un posterior apartado) y su relación con el otro, al que comúnmente podríamos llamar negligente o no.

Volviendo al tema de la manifestación del dolor en el bebé, encontramos en Freud una cuestión esencial: dicho dolor se ve reflejado en la expresión del rostro y llanto del *infans*. Esto pareciera estar claro, sin embargo, al pensar en el llanto de un bebé recién

⁴¹ *Íbid.*, 365.

⁴² Sigmund Freud, “Inhibición, síntoma y angustia” (1925-1926), en *Obras Completas*. Vol. XX (Argentina: Amorroutu, 1992). Pág., 159.

⁴³ *Íbid.*, 159.

⁴⁴ *Íbid.*, 159. El resaltado es mío.

nacido, se impone una pregunta: ¿En qué tiempo o en qué momento surge la vivencia de dolor? ¿Acaso el llanto (primer grito) del recién nacido se correlaciona con dicha vivencia, o la expresión de aquel que acaba de nacer es diferente a las manifestaciones relacionadas con la vivencia de dolor?

Frente a esto, diremos que *la vivencia de dolor se da cuando ya está inscrito el deseo en el sujeto*, es decir, cuando ya existe un objeto que pueda alucinar y realizar aquello que Freud mencionó en *La interpretación de los sueños* como “la identidad perceptiva [...] repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad”⁴⁵. Ahora bien, si el primer llanto o grito del bebé no está relacionado con la vivencia de dolor, eso nos conduce a preguntarnos por aquello que experimenta el recién nacido en ese instante de vida.

La respuesta la da Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, donde afirma que la angustia es la única sensación que se produciría en el acto del nacimiento, cuando aún no existe objeto: “el feto no puede notar más que una enorme perturbación en la economía de su libido narcisista, grandes sumas de excitación irrumpen hasta él”⁴⁶. El recién nacido experimenta un cambio que siente como una situación diferente a lo experimentado antes de su nacimiento.

Contrario a esto, Freud afirma sobre la vivencia de dolor lo siguiente: “desde entonces, repetidas situaciones de satisfacción han creado al objeto de la madre, que ahora, en caso de despertarse la necesidad, experimenta una investidura intensiva, que ha de llamarse añorante. A esta novedad es preciso referir la reacción del dolor”⁴⁷. Esto supone que el bebé recién nacido experimenta la vivencia de dolor una vez que existe el objeto de satisfacción, el objeto al que dirige su intensidad añorante, es decir, su deseo.

Encontramos que la función del *displacer* se centra en poner en funcionamiento todo el aparato psíquico, activa todo el sistema con el fin de evitar que la imagen-recuerdo del objeto hostil sea investida nuevamente. En otras palabras, advierte al aparato de aquello doloroso que está por venir y le obliga a tomar medidas para que no sea reinvestida la imagen de dicho objeto. A este estado de alerta, de *displacer*, consecuencia de la vivencia del dolor, Freud lo llamó “afecto”⁴⁸, palabra que llama mi

⁴⁵ *Íbid.*, 557.

⁴⁶ Sigmund Freud, “Inhibición, síntoma y angustia”. *op. cit.*, 128.

⁴⁷ *Íbid.*, 159.

⁴⁸ Sigmund Freud. “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.*, 365. Afecto: cariño, amor: latín *affectus* ‘disposición, sentimiento, pasión’, de *affectus*, participio pasivo de *afficere* ‘hacer

atención, ya que resulta inquietante que signifique todo lo opuesto planteado por Freud dentro del lenguaje coloquial, quien lo asocia con lo doloroso y no con la manifestación de cariño.

Esto me permite pensar en el discurso sobre los cuidados, en el cual se insiste mucho que se debe incluir de base el afecto. Si bien el diccionario de la RAE incluye en las definiciones del afecto “cada una de las pasiones del ánimo, como la ira, el amor, el odio” y resalta especialmente “el amor o el cariño”⁴⁹, vemos que en el lenguaje coloquial todo el significado de la palabra recae sobre estas dos últimas (amor y cariño), excluyendo el dolor, el odio, la cólera, la ira, el horror y, en general, todas aquellas expresiones con un cariz doloroso.

Resalto esta asociación pues es interesante ver que, en el punto previo al dolor y donde la acción específica falló, Freud lo llama afecto, y no a aquello donde todo es exitoso y feliz. Es en la falla de los cuidados en donde surge el afecto, algo necesario que debe ocurrir para que se instaure en el sujeto el deseo y todo lo fecundo del encuentro.

Respecto a la falla de los cuidados, habría que ver si esta podría establecer la falta en el sujeto; de ser así, diríamos entonces, que los cuidados implican o contienen la falla de estos como algo fundamental; para eso, me atrevo a exponer la siguiente lógica: si el deseo se define por su insatisfacción, algo de las demandas y del deseo debe quedar insatisfecho para que el sujeto exista.

Esto significa que la falla de los cuidados es totalmente necesaria, y que el total éxito de éstos, prodigados por el otro, estaría en contra del mismo sujeto. Este es un punto crucial para mi investigación, ya que me conduce a interrogar el éxito o el fallo de los cuidados, porque, como hemos visto hasta ahora, el total éxito sería un problema: si la madre acertara siempre a las demandas del bebé y los cuidados fueran totalmente exitosos, no existiría lugar para la falla, la cual es necesaria para que el sujeto exista.

En este orden de ideas, podríamos relativizar un poco la idea del “descuido” y la radicalidad de verlo como algo totalmente catastrófico y nos sugiere que deben,

algo a, afectar’ (Gómez de Silva, Guido (1988) Breve Diccionario Etimológico De La Lengua Española. México: Fondo de Cultura Económica, 1988. Pág, 35); según su significado etimológico esta palabra hace referencia a cada uno de los estados de ánimo pero especialmente al amor, o cariño, lo cual indica que está más relacionado con aquella sensación que permite la cercanía con otro. Contrario a esto, Freud dice del afecto en su artículo *Lo inconciente* (1915) que, “corresponden a procesos de descarga cuyas manifestaciones finales son percibidas como sensaciones”, y también lo relaciona en su mismo artículo con una “moción pulsional”.

⁴⁹ Real Academia Española, “Diccionario esencial de la lengua española” (Madrid: Espasa Calpe, 2006) Pág, 37.

necesariamente, existir ciertas fallas en el cuidado que la madre prodiga a su hijo. Discutir sobre cuándo esas fallas de la madre atentarían o no en contra del sujeto, cuándo podrían estar relacionadas o no con el descuido; y, contrario a esto, qué pasaría si la madre acertara a las demandas del bebé y los cuidados fueran totalmente exitosos, son algunos de los puntos que desarrollaré más adelante.

Por ahora, lo que pretendo señalar con lo dicho hasta aquí es que el encuentro con el prójimo, en el que se inscriben los cuidados, no es un encuentro feliz, ideal, y de plena armonía; es un encuentro de dos caras en donde está presente lo familiar, lo cercano, pero también lo hostil y terrorífico. Es decir, así como está la vivencia de satisfacción, está la vivencia de dolor como algo insoslayable; y si están las dos presentes, indica que el punto de la falla también es importante para la inscripción del sujeto y que, además, por más “buena” que sea la madre, existe la falla.

Ahora bien, hablar de las dos caras del prójimo no significa que a una se le atribuya el papel de buena y a la otra el de mala, es decir, no se puede afirmar que exista una buena o mala madre (o quien haga sus veces), puesto que Freud no realiza juicios de valor sobre el prójimo en el *Proyecto*, únicamente dice de él que es “un individuo experimentado que advierte el estado del niño”⁵⁰.

1.5 El prójimo y sus atributos

Como ya hemos visto, el bebé recién nacido, agobiado por las necesidades del mundo que le amenazan continuamente, depende de la acción de alguien para sobrevivir. Freud le asigna a ese alguien el nombre de “prójimo”⁵¹, palabra que etimológicamente significa “próximo o más cercano”⁵², es decir, aquél que dentro de un espacio físico está a menor distancia.

Ahora bien, resulta inquietante ver que este prójimo, sujeto más cercano o próximo al bebé es al mismo tiempo su “primer objeto-satisfacción”⁵³ y “primer objeto-

⁵⁰ *Ibid.*, 362. El resaltado es mio.

⁵¹ *Ibid.*, 376. Dice “Un objeto *como este* es simultáneamente el primer objeto-satisfacción y el primer objeto hostil, así como el único poder auxiliador”.

⁵² PRÓJIMO: cualquier ser humano respecto de otro: latín *proximus* ‘prójimo’, de *proximus* ‘el más cercano, que está muy cerca’. PRÓXIMO: ‘cercano, que dista poco, que es el que sigue’: latín *proximus*, ‘el más cercano; que está muy cerca’; ‘el que se acerca (Gómez de Silva, Guido. Breve Diccionario Etimológico De La Lengua Española. México: Fondo de Cultura Económica, 1988). Pág, 568, 573).

⁵³ Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.*, 376 “

hostil”⁵⁴, atributo que le otorga Freud en su *Proyecto de Psicología* y que muestra su doble fachada: las dos partes de un todo que indican esa cercanía o proximidad, algo perteneciente también al orden de lo terrorífico. Estos dos atributos hacen del encuentro originario algo más allá de lo puramente amoroso, muestran que hay un inevitable tropiezo con el horror y un panorama ineludible para el bebé recién nacido, ya que se ve impedido a huir por su condición de desvalimiento. Su supervivencia y existencia dependen de esa proximidad con el otro; por lo tanto, por su papel protagónico en la supervivencia del bebé y en lo estructurante del sujeto dado en ese encuentro originario, en este apartado hablaré del prójimo y de los atributos o características que le otorga Freud en el *Proyecto de Psicología*.

Freud llama a este sujeto: “individuo experimentado”⁵⁵, “auxiliador”⁵⁶, “el primer objeto-satisfacción y el primer objeto-hostil”⁵⁷. Como individuo experimentado, dice que es “un individuo **experimentado** que **advierte** el estado del niño”⁵⁸, sugiriendo dos cosas: uno, que es alguien que es un sujeto experimentado; y dos, que advierte el estado del niño. Estas dos palabras que resalto en negrilla son importantes para tratar de identificar lo que acontece en el contexto de los cuidados.

La palabra advertir llama mi atención, ya que su significado parece indicar que el sujeto experimentado es alguien que se fija, se da cuenta, y observa el estado del niño para posteriormente realizar una acción. Sin embargo, si hacemos uso de su significado etimológico, esta palabra no solamente estaría indicando que el sujeto logra “percatarse”⁵⁹ de aquel de quien está cerca, también nos habla de alguien que logra “prevenir”⁶⁰ algo con su accionar, con su intervención en el mundo exterior. Pero, ¿de qué prevención estaríamos hablando? Con todo lo dicho hasta aquí sobre la importancia de los cuidados,

⁵⁴ *Íbid.*, 376.

⁵⁵ *Íbid.*, 362.

⁵⁶ *Íbid.*, 363.

⁵⁷ *Íbid.*, 376.

⁵⁸ *Íbid.*, 362. En El Proyecto de una Psicología para Neurólogos del Vol III de sus Obras Completas traducidas por López Ballesteros, la expresión que utiliza es la siguiente: “El organismo humano es, es un principio, incapaz de llevar a cabo esta acción específica, realizándola por medio de la *asistencia ajena*, **al llamar la atención de una persona experimentada sobre el estado en el que se encuentra el niño**, mediante la conducción de la descarga por la vía de la alteración interna [por ejemplo mediante el llanto del niño]” Pág., 909. El resaltado es mío.

⁵⁹ Villalba Ana María, “Diccionario Etimológico Saber: Sinónimos, Antónimos, Parónimos” (Colombia: Editorial Presencia, 1990) Pág, 28.

⁶⁰ *Íbid.*, 28.

podríamos suponer que, quizá, el prójimo previene la ocurrencia de aquello que podría estar en contra del advenimiento del organismo humano como sujeto.

Frente al término “individuo experimentado” o “persona experimentada”,⁶¹ escrita de la siguiente manera en alemán: “*Erfahrenes Individuum*”,⁶² encontramos que se traduce en la palabra *Erfahren* y significa “enterarse, saber, recibir, experimentar, experimentado, experto, versado”⁶³. En este punto valdría la pena cuestionar si eso de experimentado implica un saber o un conocimiento, palabras que parecen similares pero que, dentro de la teoría psicoanalítica, contienen una significación opuesta; y que, por lo tanto, me permiten conjeturar lo siguiente: ¿Qué pasa si ese otro no es experimentado? ¿Qué sería suficiente para que el prójimo realice la acción específica o atienda a la demanda del bebé, el saber o el conocimiento?

Si “experimentado” significa que el prójimo posee un conocimiento, qué tipo de conocimiento sería y cuál funcionaría para que prodigue los cuidados al bebé: de la vida, de las pautas de crianza, de la ciencia, o el de los lineamientos y estándares institucionales que señalan, por ejemplo, la necesaria atención o el cuidado constante al bebé por parte del prójimo. Dichas normas generalizadas apuntarían a señalar que las demandas de los recién nacidos o los bebés son todas iguales y que la respuesta a estas es algo que se puede aprender; de este modo, se podría afirmar que toda madre o todo prójimo puede atender a los cuidados del recién nacido si tiene el conocimiento necesario, sin embargo, ¿será esto suficiente para hacer del prójimo alguien experimentado?

Contrario a esto, el “saber” desde la teoría psicoanalítica es distinto o difiere del conocimiento. Lacan dirá: “lo que descubrimos en la menor experiencia del psicoanálisis es ciertamente del orden del saber y no del conocimiento o de la representación. Se trata precisamente de algo que une a un significante S1 con otro significante S2 en una relación de razón”⁶⁴. Estas palabras muestran que el conocimiento es del orden del Yo e

⁶¹ Sigmund, Freud. “El Proyecto de una Psicología para Neurólogos”. En *Obras Completas* Vol. III (Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 1968) Pág, 909.

⁶² Sigmund Freud, “Entwurf einer Psychologie”. En *Gesammelte Werke*. (1885-1938) (Frankfurt am Main: Fischer Verlag, 1987) Pág., 410.

⁶³ Günther Haensch, “Diccionario Compacto Heder Alemán- Español” (Barcelona: Heder Editorial, 2008) Pág., 189.

⁶⁴ Jacques Lacan, “Seminario Libro 17: El Reverso del Psicoanálisis” (1970) (Edición Paidós: Buenos Aires, 1999) Pág, 30.

implica una especie de escamoteo del deseo; mientras que el saber es de la pura cadena significativa, está ligado al deseo, y como tal, a la demanda.

Ocuparse de este asunto es fundamental, dado que el deseo también se relaciona con la característica del prójimo de “advertir”, palabra que rescato nuevamente desde su etimología, pues indica algo que considero valioso, voltearse hacia⁶⁵. Esta expresión nos muestra que existe algo que hace que el prójimo “voltee hacia” aquél del que está próximo, algo captura su atención a tal punto de acudir a ese primer encuentro originario y realizar una acción. Aquí arribamos que hay algo que mueve todo el engranaje en el sujeto para que la situación del niño, su condición, sea notoria y se den los cuidados, ¿de qué se trata? Por ahora no daré respuesta a esta pregunta, dejo abierto el interrogante para ser retomado en los apartados siguientes, dado que mi objetivo en estas líneas pretende atisbar que existe algo más allá del orden del mero conocimiento, el saber del inconsciente que para la teoría psicoanalítica es efecto de la articulación de los significantes e involucra el deseo del sujeto y su goce.

Después de realizar algunas descripciones sobre estos dos términos, podríamos decir que, visto desde el saber y no desde el conocimiento, la palabra “experimentado” nos habla de alguien que atribuye a las manifestaciones corporales del bebé –a su grito y llanto– un mensaje, una demanda; desde su función de porta voz puede afirmar si este, por ejemplo, tiene frío, calor, hambre o sueño. A diferencia de esto, diremos que desde el lado del conocimiento podemos encontrar a un sujeto que no consigue otorgarle un sentido al llanto del bebé, ya que su actuar estará mediado, atravesado por una experiencia previa en la que la lectura del Otro no tiene cabida.

Nos encontramos así ante la eventualidad de hallar a madres con mucho conocimiento, pero desconectadas del saber que está ligado con el deseo. En estos casos, puede suceder que, investidas de conocimiento, intentarán responder al llanto del bebé; sin embargo, sus respuestas serán un fracaso, quedando incluso obnubiladas ante la presencia o grito del bebé y la imposibilidad de transmutar dicha sonoridad en mensaje o demanda. Se requiere de un saber que implique el deseo y no necesariamente un conocimiento para que el otro sea experimentado y advierta el estado del niño, atributos indispensables en el prójimo para realizar la acción específica.

⁶⁵ Gómez de Silva, Guido. “Breve Diccionario Etimológico De La Lengua Española”. (México: Fondo de Cultura Económica, 1988) Pág. 34. Su significado etimológico es, ‘llamar la atención, hacer notar; notar, observar, percibir’: latín: *advertere* ‘voltearse hacia’.

Ahora bien, Freud muestra que ese sujeto experimentado también es un “auxiliador”⁶⁶, la expresión que utiliza en su obra original en alemán es “*Hilfreiche Individuum*”⁶⁷: la palabra *Hilfreiche* está compuesta por *Hilfreich*, que significa “útil”⁶⁸. Esto muestra dos cosas del individuo auxiliador: uno, que es alguien que presta asistencia o ayuda a otro; y dos, que específicamente la palabra auxiliador introduce la dimensión de peligro y necesidad de ser rescatado de algo. De este modo podríamos decir que el prójimo presta sus servicios para rescatar a alguien del peligro inminente. Frente al tema que nos concierne, resaltar esta palabra es fundamental, ya que muestra o advierte sobre la necesidad perentoria del niño de ser rescatado del apremio de la vida, de quedar en la impotencia y de su estado de urgencia.

Volviendo al asunto del prójimo que auxilia, vemos como Freud, en su *Proyecto de Psicología*, no utiliza el término madre sino prójimo, punto que también es relevante señalar, pues ahí Freud le quita peso a la idealización de la madre. Al afirmar que es alguien experimentado que da el objeto, nos indica que es alguien «cualquiera» que ocupa el lugar del prójimo en relación al bebé y, además, tiene “el *único poder auxiliador*”⁶⁹. Ahora bien, en estas palabras que subrayo, Freud muestra una relación de absoluta dependencia y poder que está marcada no solo porque el prójimo entregue el objeto físico al bebe, el seno, sino por el poder de significación del auxiliador; es decir, el poder descomunal que es adjudicarle al grito un sentido -algo que está implícito desde aquello que nos plantea Freud en el *Proyecto*- convirtiéndolo en llamado, poder absoluto tan descomunal que es indispensable que falle.

⁶⁶ *Íbid.*, 34. Etimológicamente significa, ‘ayudar, dar auxilio o asistencia’: latín *auxiliare* ‘auxilio’.

⁶⁷ Sigmund Freud, “Entwurf einer Psychologie”. *op. cit.*, 411.

⁶⁸ Günther Haensch, “Diccionario Compacto Heder Alemán- Español”. *op. cit.*, 263.

⁶⁹ Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.*, 376. Las cursivas son mías.

2. Capítulo 2 Necesidad, demanda y deseo en el contexto de los cuidados

La madre o el prójimo que auxilia tiene diferentes alternativas de respuesta ante el grito del bebé como resultado, en último término, de: si logró significar el grito o no y la lectura que realizó de este; disyuntivas que son la punta del iceberg de todo lo que significa atribuir o no, un discurso al bebé. Por ahora, tomando como ejemplo la situación del grito del niño, quiero ir paso a paso intentando marcar la relación que existe entre los cuidados dispensados al bebé con tres términos que están en juego en la constitución del sujeto: necesidad, demanda y deseo.

2.1 El grito que es tomado como grito: la necesidad

Lacan habló en su Seminario 5: *Las formaciones del inconsciente*, que existen tres tiempos lógicos no cronológicos que se relacionan entre sí, señalando las diferencias de cada uno; el primero que expuso fue la necesidad, marcando que está vinculada al orden de lo puramente fisiológico, asunto que como tal remite a hablar de lo que acontece en el organismo del bebé.

¿Cómo se encuentra o en qué estado está dicho organismo? Vimos en el Proyecto de Psicología que Freud habla de cierta cantidad de energía o tensión que se acumula en este, la cual requiere una vía de descarga para aliviar el malestar asociado a la acumulación; una de estas vías (fallida) es su grito, el berreo o el pataleo.

Desde esta explicación, la necesidad está asociada a un objeto específico, objeto que será alcanzado por la madre o el prójimo (auxiliador) contribuyendo al aporte de nutrientes y a la vivencia de la experiencia de satisfacción. En la escena del amamantamiento, por ejemplo, dicho objeto puede ser el seno de la madre del que fluye la leche que permite el cese momentáneo del hambre, reduciendo así la tensión y el malestar en el bebé.

Amamantar al bebé no significa únicamente aportarle los nutrientes que necesita. Si bien dicha acción del cuidado contribuye a la supervivencia como organismo vivo -ya que sin el alimento necesario morirá- la experiencia del amamantamiento tiene ciertas connotaciones en la *psique* del bebé, tal como ya se trabajó en el Proyecto de Psicología; cuando “el pecho aparece, la boca se llena de leche y entonces se produce un apaciguamiento de la necesidad biológica. Pero durante el amamantamiento, al mismo

tiempo, recibirá el calor del cuerpo materno, caricias en sus manitas, en sus piernitas, oirá una voz con cierto ritmo, su cabeza será sostenida a cierta altura, es decir, recibirá otros estímulos [...] La paradójica presencia materna alivia la tensión biológica, y genera placer. Pero, al introducir otros estímulos, ese llamado «plus» imprescindible en los intercambios madre-bebé, produce una estimulación que se articula con otro registro, el de las sensaciones en las zonas de intercambio”⁷⁰. Las palabras resaltadas en la referencia, muestran un valor doble en la experiencia del amamantamiento: por un lado, el aporte de nutrientes, y por el otro, el placer como plus que contribuye a la estructura psíquica del bebé.

Si bien estas dos experiencias están relacionadas, dado que el bebé obtiene placer al recibir el pecho de la madre y los nutrientes que reducen la tensión, no todo placer que recibe significa la erotización del niño necesaria para su constitución como sujeto; la diferencia está marcada por el lugar que ocupe el niño respecto al deseo de la madre.

La madre que toma el grito del niño como puro grito, prodigará sus cuidados respondiendo sólo en términos de necesidad ¿Qué ocurrió para que las cosas marcharan de esta manera? ¿Por qué no logró atribuir al grito unos significantes, quedando como sonoridad no articulada?, y, “¿qué sucede con la realidad psíquica de la madre al oír el llanto del bebé?”⁷¹ Quizá algunas posibles respuestas las podríamos hallar en las palabras de la psicoanalista Graciela Jaimsky (2008) quien habla del lugar que ocupa el bebé para la madre en la psicosis puerperal en su libro *Cuerpo y construcción psíquica: la seducción primaria en la relación madre-bebé*; dice: “el niño puede significar diferentes cosas en el posible repertorio representacional materno. Cuando una madre toma en brazos a su bebé, entran en juego distintas realidades. El hijo imaginado -gestado durante el embarazo- no es el mismo que aquél de la realidad externa [...] *El bebé, en tanto objeto de la realidad psíquica materna, puede ser fuente de placer o de sufrimiento para el psiquismo materno*”⁷². En esta referencia Graciela Jaimsky muestra que, en el repertorio representacional materno, existe el hijo imaginado de la gestación y el hijo de la realidad. Cuando el uno no coincide con el otro o no hay una conciliación entre estos, se produce la llamada psicosis puerperal.

⁷⁰ *Ibíd.*, 47.

⁷¹ Jaimsky Graciela, “Cuerpo y construcción psíquica: la seducción primaria en la relación madre-bebé” (Buenos Aires: Ediciones Continente, 2008) Pág. 51.

⁷² *Ibíd.*, 52. Las cursivas son mías.

La madre en duelo por la pérdida de su hijo imaginado, percibirá al organismo de la realidad como ajeno, como «algo» extraño fuera de ella; dice la psicoanalista, “cuando la depresión puerperal desemboca en un síndrome auténtico, comprobamos que el neonato es incapaz de imponer su presencia en el vacío dejado por su sosia imaginario; en este caso la melancolía asume la violencia de un luto insuperable. El reconocimiento del nacido como hijo parece imposible por la falta de una señal identificadora que le permita decir a la madre: «Esto es!». *Pese a la larga convivencia, los dos cuerpos continúan divididos por una extrañeza sin figuras* que en los casos extremos sólo la muerte, que anula el vacío de la nada, puede superar”⁷³. Para no ir más allá y evitar desviarnos de una posible explicación a la no lectura del grito por parte de la madre, podríamos decir que el bebé quizás ocupa en la realidad psíquica de ella una fuente de su sufrimiento -tal como lo afirmó la autora-. Un ejemplo de esto es la madre que, estando en psicosis puerperal percibe al bebé no como «alguien», no como un «sujeto», sino como «eso» ajeno, como «eso» extraño, un conjunto de órganos o un bulto de carne puesto ahí que emite sonidos; ubicado en ese lugar de órgano sobreagregado, la madre no podrá dirigirle o atribuirle un discurso, no podrá significar el grito en un llamado.

Decir que para la madre el niño no está involucrado en la dialéctica subjetiva, indica que ella, inicialmente, no pudo transmitirle su deseo, su falta; como el lugar que ocupa el niño no es el de su deseo (a partir del cual ella podría adjudicarle una subjetividad), los objetos de los cuidados que le dispense serán objetos de la necesidad que no entrarán al sistema de la demanda, a los objetos como dones.

Ahora bien, ¿qué podemos decir de los objetos de la necesidad? Al estar la necesidad limitada al orden de lo fisiológico, su objeto de satisfacción es único y específico. Si continuamos con el ejemplo del amamantamiento, dicho objeto sería la leche, para cuya necesidad fisiológica es el hambre. Estos objetos permitirán el sostenimiento del organismo desde lo fisiológico garantizando la supervivencia, pero el sujeto a devenir estará en peligro a causa de estar el niño ubicado en un lugar donde la madre no logró transmitirle su deseo.

Al afirmar que la necesidad se satisface, se colma con un objeto específico, es necesario aclarar que esta es diferente a la vivencia de satisfacción de la que habló Freud en su *Proyecto*, la cual se relaciona no sólo con la reducción de la tensión en el

⁷³ Vegetti Silvia, “El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre” (Madrid: Ediciones Cátedra, 1990) Pág.183. Las cursivas son mías.

organismo al recibir la leche, sino con toda la experiencia de placer asociada con la presencia del Otro primordial que llega acompañada de sus caricias, voz, y mirada.

Cuando la madre no le atribuye un sentido al grito, y este queda solamente en sonoridad, en ruido, ante el llanto del bebé no dudará en aproximarse para entregar el objeto específico de la necesidad. Desde luego, con el alcance de dicho objeto el malestar o la tensión en el cuerpo del niño se reducirá, experimentando cierta forma de satisfacción en lo fisiológico, pero, ¿es esto suficiente para que dicho sujeto logre vivir?

Las investigaciones sobre este tema realizadas por Rene Spitz (1958), registradas en su libro *El primer año de vida del niño*, y en varias de sus obras, señalaron que, especialmente durante los tres primeros meses de vida el bebé depende de **las experiencias de afecto de la madre para su sostenimiento en el mundo**; “observó en niños hospitalizados, alimentados adecuadamente pero no sostenidos en brazos, acunados, que en un primer momento lloran durante períodos muy prolongados, luego dejan de llorar, se aíslan y pueden culminar en marasmo y la muerte”⁷⁴. Spitz, mostró que la satisfacción de la necesidad o la provisión del alimento no son suficientes para que el niño viva, se requiere de otra cosa, de la presencia del otro acompañada de la voz que lo nombra y lo sostenga con su afecto. Lacan, más allá de Spitz, afirmó que lo esencial no es el afecto (el sostén afectivo) sino el deseo no anónimo del otro desde el cual ubica al niño como sujeto al que le dirige sus palabras. Así para que lo constituyente en el sujeto se de, se requiere de otra cosa más allá de lo afectivo y la entrega del objeto de la necesidad, esto es, la presencia del Otro que le nombra desde su deseo (su falta), y le atribuye un discurso al dispensarle los cuidados.

En este orden de ideas podríamos afirmar que, si bien el bebé podría vivir desde su corporalidad, desde lo biológico, con la lectura del grito en una necesidad el riesgo recae en su psiquismo, en la posibilidad de constituirse como sujeto, tal como la conocemos.

Viendo las cosas de esta manera, sería oportuno preguntarnos si la madre que toma el grito del niño como una necesidad y le provee, por ejemplo, el alimento respectivo al bebé, podría ser considerada como negligente o no. Si los cuidados, tal como lo señalamos anteriormente, consisten más que en la provisión del alimento y los nutrientes al bebé, asunto que argumentamos desde el *Proyecto de psicología* de Freud (recordemos que en tanto acción específica implican también lo que Freud llamó

⁷⁴ Velleda Cecchi, “Los otros creen que no estoy: Autismo y otras psicosis infantiles” (Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen, 2005) Pág, 37.

“inervación lingüística”), podríamos afirmar que, responder exclusivamente a la necesidad estaría más del lado de la negligencia que de los cuidados, tal como los podría definir el psicoanálisis.

2.2 La transmutación del grito en demanda

Vimos en los apartados anteriores que Freud, en el *Proyecto*, señala una vía para la descarga de la tensión que habita en el organismo del bebé, su berreo y pataleo. El estruendo que sale de su boca, su grito, tiene dos funciones diferentes en el encuentro originario con el prójimo, algo que muestra en la siguiente cita: “la inervación lingüística es originariamente una vía de descarga [...] es un tramo de la vía hacia la *alteración interior*, que constituye la única descarga mientras la *acción específica* esté todavía por descubrirse. Dicha vía cobra una función secundaria, pues **llama la atención del individuo auxiliador** (por lo común, el objeto deseo mismo) **sobre el estado anhelante y menesteroso del niño**, y a partir de entonces sirve para el *entendimiento* {comunicación}, siendo así incluida dentro de la acción específica”⁷⁵. Desde estas líneas sugiere dos cosas que quiero resaltar, primero, la inervación lingüística es una vía de descarga y segundo, cobra una función secundaria cuando el otro, es decir la madre, significa el grito, o, en términos de Lacan, lo convierte en demanda ¿Qué quiere decir esto? Que el otro, es decir el prójimo, es quien le otorga una significación al grito convirtiéndolo en un mensaje, una demanda y un llamado al cual asistirá o no.

Otro punto importante a subrayar, es que la inervación lingüística hace parte de la acción específica; notemos que dice “siendo así incluida dentro de la acción específica”, dando a entender que dicha acción no consiste sólo en entregar el objeto de la necesidad, sino que involucra el universo del lenguaje, y en esta vía, el sistema de la demanda.

Por tal razón, reconociendo la importancia de este punto con relación a los cuidados, considero necesario hablar sobre la transmutación del grito y su relación con el Otro al hablar de la noción de demanda; desde este momento, es preciso resaltar que, en último

⁷⁵ *Íbid.*, 414.

término, toda demanda, tal como lo mencionó Lacan, “es en el fondo demanda de amor”⁷⁶ y, podríamos decir, de reconocimiento del otro en tanto sujeto.

Ahora bien, ¿qué podríamos decir del grito? Chaumon (2000) menciona en su texto *El grito*, que dicho acto o expresión contiene para el sujeto un “enigma radical [...] insoportable interrogación”⁷⁷. Según lo señala este autor, debido a que el estruendo que sale del recién nacido adquiere el carácter de pregunta para la madre, de interrogación absoluta sobre su propio deseo, algunas quedan estupefactas ante la presencia del bebé cuya figura idealizada y amorosa pasa a “transformarse en monstruo salvaje, volverse quimera amenazante, exigente, imperioso, tirano absoluto”⁷⁸. Desde este punto de vista vemos que hay algo no soportable para la madre en el grito o el llanto del bebé, estamos hablando del carácter horroroso del estruendo que recae sobre ella.

Sobre dicho horror que suscita el grito en el sujeto, este autor menciona un ejemplo en ese mismo texto tomando de referencia la pintura de Munch llamada *El grito*. Dice que este cuadro muestra la imagen sonora del *Grito*, figura que emite algo que es imposible de eludir para el sujeto que lo mira, siendo imposible su huida. En un juego de analogías con relación al asunto de los cuidados, Chaumon señala que quien está frente al cuadro (que es el bebé) termina siendo el prójimo y, el grito que lo convoca, en suma, es su propio grito, no el del bebé. ¿Qué significa esto? Que quizá este le recuerda su desamparo originario, su desvalimiento, su total dependencia del Otro y, en suma, su angustia ante la palabra muda del auxiliador; “el sujeto se encuentra desamparado en razón de que en otro tiempo él se impuso silencio, él hizo callar ese llamado para preservar a la madre que no podía recibirlo [...] lo que se trata de reducir al silencio es su propia exigencia pulsional encarnada en el cuerpo enigmático del niño que ellos fueron, que son siempre”⁷⁹. Bajo esta óptica, podríamos suponer que, lo que anuncia entonces la presencia del bebé para la madre y su grito, es la angustia, su angustia ante el deseo del otro y ante la pregunta que considera estar dirigida hacia ella misma ¿*Che vuoi?* ¿Qué quieres?

⁷⁶ Jacques Lacan, “Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente” (1957-1958) (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1999) Pág. 390.

⁷⁷ Frank Chaumon, “El grito”, en *Essaim, Revue de Psychanalyse*, número 6, *Détours de la transmission*, París, 2000: 55-75. Pág. 2.

⁷⁸ *Ibíd.*, 2.

⁷⁹ *Ibíd.*, 8.

¿Dicha angustia ante el grito del bebe es la causa en la dificultad de algunas madres en responder al llamado, a la demanda? ¿Por qué algunas madres sí logran movilizarse y dispensar los cuidados y otras no? Atendiendo a lo dicho anteriormente sobre la inervación lingüística, por ahora, se podría pensar que mientras algunas no logran prodigar los cuidados al niño -esto es la ausencia de los cuidados-, otras bordean con los cuidados lo indecible del grito convirtiéndolo así en llamado.

Más allá del análisis que presenta Chaumon me interesa principalmente indagar por aquello que hace que la madre le otorgue un sentido al grito del bebé, y, explorar si es necesario dicha transmutación para que ella prodigue al niño sus cuidados. Una posible respuesta a estos cuestionamientos quizá podría explicarse en la siguiente referencia tomada de Eugénie Lemoine-Luccioni (1980) en su libro *El grito, el sueño del cosmonauta*; allí, revela que la madre, “cree que el niño habla porque ella habla, y sobre este malentendido inicial habrá de instaurarse el lenguaje”⁸⁰; apreciamos en estas líneas un tesoro importante. Lo primero que vemos, es que la madre que lee el grito del bebé, le atribuye a este una subjetividad similar a la suya, de tal manera que, si ella habla, el otro también puede hacerlo; cuando dice, “ella cree que el niño habla”, significa que le otorga un discurso a un sujeto que ella asume existe.

Segundo, la autora advierte de un malentendido sobre el que se instaura el lenguaje ¿Por qué nombrar como un malentendido que la madre confiera una subjetividad al hijo? Porque en efecto aún ahí, en cuanto Yo (*je*), no hay nada. No hay un sujeto, existe únicamente un organismo vivo cuya subjetividad está a devenir, pero también la expresión del «equivoco» marca el camino para entender que el lenguaje, la atribución de significantes siempre se dará sobre un mal entendido.

Volviendo a la pregunta, ¿a partir de qué, ella le atribuye una subjetividad al niño? Al respecto de la trasmutación del grito en mensaje, Lacan (1958) en su *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, plantea lo siguiente, “es preciso y suficiente con que el Yo (*je*) latente en el discurso del niño vaya aquí, a D, a constituirse en el nivel de este Otro que es la madre — que el Yo (*Je*) de la madre se convierta en el Otro del niño — que lo que circula por la madre en D, en tanto que ella misma articula el objeto de su deseo, vaya a M a cumplir su función de mensaje para el niño, lo cual supone, a fin de cuentas, que éste renuncie momentáneamente a su propia palabra, sea cual sea, *pero no hay*

⁸⁰ Eugénie Lemoine-Luccioni, (1980), “El grito, el sueño del cosmonauta” (España: Alfonso Impresores, S.A, 1982) Pág. 27.

problema, pues su propia palabra todavía está más bien en este momento en formación"

⁸¹. Esto muestra que la madre, desde su deseo y falta, le atribuirá una subjetividad al niño -admitiendo en él la división subjetiva-. A partir de ubicarlo en ese lugar, ella se convertirá en el Otro primordial teniendo como efecto la posibilidad de transmutar el grito haciendo de este un llamado, una demanda por parte del bebé.

Sólo a condición de transmitir su deseo al niño y por esta vía, de asumir que el grito proviene de un sujeto, le otorgará un discurso introduciéndolo en el mundo simbólico, el del lenguaje, asunto que también indica que, el mensaje del niño -que la madre le otorga- estará atravesado por su deseo. Ahora bien, cuando la madre o el prójimo le dirige sus significantes al niño, el mensaje del bebé es eso que le retorna del Otro. Si ella, por ejemplo, hace del mensaje una demanda, podríamos decir que quizás ésta es su propia demanda, una que ella siendo bebé, le dirigió al prójimo que una vez acudió en su auxilio.

En suma, el prójimo, o la madre cree que el niño habla porque ella habla, y con su decir le demanda algo: abrigo, leche, seno, e incluso estar con él (demanda su presencia). El objeto puede variar, no es específico, pero esto no es fundamental pues sabemos desde Lacan que toda demanda, "es en el fondo demanda de amor" ⁸². En este sentido podemos decir que transmutar el grito del niño en mensaje no significa que la madre corresponda a una lectura de una necesidad que interpreta del bebé. No se trata de alcanzar (o sustraer) el objeto específico de la necesidad; a nuestra comprensión, podríamos decir que, cuando el prójimo le otorga un significado al grito y llanto del bebé, está en juego el sistema de la demanda, los objetos de la demanda.

Me parece que este punto es fundamental y lo pongo de relieve, pues muestra que, "la madre, por medio de la introducción de la demanda y el deseo, dará paso al objeto humano que, a diferencia del objeto animal, aparece en pérdida, falta que puede ser definida en relación al pasaje de la necesidad a la demanda por efecto de lenguaje" ⁸³. Ella, o, a quien se le adjudique el papel de prójimo o auxiliador, a través de la articulación de su demanda y deseo, le asigna un lugar al bebé dirigiendo hacia él sus

⁸¹ Jacques Lacan, "Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente". *op. cit.*, 207. Las cursivas son mías.

⁸² *Ibíd.*, 390.

⁸³ Tomás Silvia, "La función materna: El otro como maître en las encrucijadas de la subjetividad" (Buenos Aires: Letra Viva, 2011) Pág, 61.

cuidados y, a través de éstos, pero especialmente con su deseo, la posibilidad de advenir como sujeto.

La demanda y el deseo posibilitan la presencia del Otro primordial, del Otro encarnado en el prójimo cuyos cuidados prodigados vendrán acompañados de todo lo que representa su presencia, “cuando la madre lo alimenta, el nutriente le llega junto con la palabra, con la mirada, con la voz; es decir, con la presencia del Otro”.⁸⁴

Acerca de esto que lo humaniza, el lenguaje (y el discurso que le atribuye la madre) también podemos añadir que bajo la óptica de la demanda el sujeto adviene de un acto de violencia. Al respecto, la psicoanalista Piera Castoriadis Aulagnier, en su texto *La violencia de la interpretación*, define la transmutación del grito en mensaje como violencia primaria. Dice puntualmente: “la madre asigna a las funciones corporales un valor de mensaje, veredicto de lo verdadero o falso del discurso mediante el cual ella le habla al *infans*; en todos los casos, su autonomía puede ser experimentada como negación de la verdad de un discurso que se pretende justificado por el saber materno acerca del cuerpo del niño, de sus necesidades, de su expectativa”⁸⁵. La madre tiene el poder de ser la porta voz, la sombra hablada y el agente que lo alimenta, lo nutre, y le dirige a su vez unos significantes; ella tiene no la última palabra sino la única de la cual dependerá absolutamente el bebé para acceder a algún tipo de existencia. Pero ¿qué ocurre si no se da esto? ¿Si la madre no dirige sus significantes al bebé y no hace de su porta voz? Seguramente la subjetividad de éste estaría en riesgo, ya que algo fallaría del orden del deseo de la madre, asunto que se explica con el hecho de que, como porta voz del bebé, esta asume (tal como lo mencioné anteriormente) que ahí, en ese organismo vivo hay un sujeto que desea, que la desea, y que le demanda cosas, su cuidado.

No cabe duda que todo lo dicho hasta aquí, deja la impresión de estar hallando las respuestas que nos direccionan al punto central de nuestro cuestionamiento, estas parecen dadas al mostrar que la transmutación del grito en demanda o mensaje, podría ser suficiente para movilizar al auxiliador a realizar la acción específica, sin embargo, convendría preguntar si basta únicamente con esto para que el prójimo le prodigue al bebé sus cuidados. Si bien, hay algunos casos en los que la transmutación no se da (asunto que profundizaré más adelante), hay otros en los que logra darse pero algo no

⁸⁴ *Ibíd.*, 51.

⁸⁵ Castoriadis-Aulagnier, “la violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado” (Buenos Aires: Amorrortu, 2004). Pág, 120.

marcha bien y termina por conducir al descuido (o falta de cuidado al niño), y a un prójimo que no advierte; en este caso podría decirse que algo falló o faltó en la transmutación que la madre realiza de dicho grito, algo que se articula con la demanda y que incluso está más allá de ésta (tal como lo mencionó Lacan en su *Seminario 5 Las Formaciones del Inconsciente*), hablamos aquí del deseo de la madre.

La pregunta que nos convoca en este punto es: ¿En dónde podríamos ubicar aquí la negligencia? ¿En aquella madre que no logró transmutar el grito del niño en mensaje, es decir, aquella que no logró escuchar y atribuir alguna significación al grito del bebé, o en la madre que logra hacerlo, que lo lee como demanda, pero algo falla en su respuesta, como si no pudiera responder a esa demanda? ¿Si toma el grito del niño como pura necesidad y no como una demanda, se darían los cuidados y, qué pasaría con el niño como sujeto?

2.3 Las diferentes lecturas de la demanda

A partir de lo desarrollado hasta ahora, encontramos que cuando la madre le otorga un sentido, un código al ruido que emerge de la boca del bebé, está en juego en la relación madre-hijo el Otro primordial, el del lenguaje. Así si ella lee el mensaje del niño y asume que le demanda cosas, es porque ella está en el lugar del Otro; campo al que se dirigen los significantes.

Una vez la madre transmuta el grito del niño, puede hacer diferentes lecturas que tendrán efectos en la subjetividad del bebé, dado que, a partir de estas, ella responderá de diferentes maneras. Puede, por ejemplo, no responder a la demanda, tratar de colmarla respondiendo en exceso, o responder como el que sabe que la demanda es demanda de otra cosa y, en este sentido no tratará de colmarla.

Teniendo en cuenta la importancia de las diferentes lecturas de la demanda y las respuestas de la madre en el terreno de los cuidados, intentaré hablar de cada una partiendo de la definición de la demanda proporcionada por Lacan.

La demanda, dice en su *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, “es lo que, de una necesidad, por medio del significante *dirigido al Otro*, pasa”⁸⁶. Lo primero que advertimos en estas líneas, es que algo de la necesidad, una parte, va dirigida al Otro por

⁸⁶ Jacques Lacan, “Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente” (1957-1958). *op. cit.*, 90. Las cursivas son mías.

vía significante; esos significantes dirigidos a dicho campo es lo que define la demanda. El resto de la necesidad, lo que no toma esta vía significante, es lo que se reduce a lo fisiológico, lo que conocemos como simple y pura necesidad.

Entonces, demanda y necesidad, aunque parezcan términos similares en realidad no lo son, ya que la demanda involucra al Otro primordial, el del lenguaje; "la demanda, no puede confundirse exactamente con la satisfacción de la necesidad, porque el propio ejercicio de todo significante transforma la manifestación de dicha necesidad. Al añadir el significante se le aporta un mínimo de transformación — de metáfora, por decirlo todo — que hace que lo significado sea algo más allá de la necesidad bruta, resulta remodelado por el uso del significante".⁸⁷

Como la demanda es lo que de la necesidad pasa por vía significante al Otro, precisamente por efecto significante las lecturas que se hagan de esta pueden variar al igual que las respuestas por parte del prójimo; "el sistema de las necesidades se introduce en la dimensión del lenguaje para ser remodelado, pero también para volcarse hasta el infinito en el complejo significante, y por eso *la demanda es esencialmente algo que por su naturaleza se plantea como potencialmente exorbitante*. No sin razón los niños piden la luna"⁸⁸. Cuando Lacan dice de la demanda que por efecto del significante "se plantea como potencialmente exorbitante", sugiere que tiene algo que excede todo límite, es lo desmesurado, lo inconmensurable ¿Estará en juego dicha propiedad en la dificultad de algunas madres para intentar responder a ella? ¿Si bien hay algunas madres que pueden leer el grito del niño como demanda, en la medida en que esta tiene algo de exorbitante algunas quedan paralizadas ante el llamado del niño?

Esto muestra que, una vez la madre significa el grito en un llamado, en demanda, bien podría responder de diferentes maneras: por un lado, están aquellas que no puede responder a la demanda quedando inermes, paralizadas ante el grito del niño, esto quizá por el mismo carácter desorbitante de la demanda -como ya lo mencioné anteriormente- y por el deseo (de la madre) que encubre; para ellas la demanda podría significar amenaza y confrontación de su falta, de su deseo, uno tal que no quieren admitir.

Por otro lado, están las madres que acometen dicha demanda tratando de colmarla, respondiendo de manera excesiva; estas intentarán llenar al niño de cosas, lo atiborrarán

⁸⁷ *Ibíd.*, 95.

⁸⁸ *Ibíd.*, 91. Las cursivas son mías.

sin percatarse que la demanda es demanda de otra cosa, incluso lo hostigarán de manera inconsciente con su presencia no dando paso a la falta.

Finalmente, en una tercera vía podemos encontrar a las madres que como saben que la demanda es demanda de otra cosa, no intentarán colmarla ni responder siempre a esta dando un espacio al deseo en el sujeto, a la falta.

Hasta ahora queda claro que la vía a la trasmutación del grito es desde la demanda; es la madre quien le atribuye un discurso al bebé; desde ahí toda demanda es demanda atribuida de la madre al bebé, ella se acercará al niño y con sus cuidados le dirigirá sus palabras, su mirada y sus caricias. La lectura realizada de su llanto va más allá del orden de lo meramente biológico, con los significantes que le asigna considerará que él quiere algo más, la pide a ella, a su presencia y a su amor. Si bien, ella le prodigará sus cuidados acompañados con palabras, con su presencia, atendiendo a su demanda de amor, surgen algunos interrogantes al respecto los cuales buscaré desarrollar en los próximos capítulos: ¿Responder a la demanda del niño es suficiente para que los cuidados no fallen? ¿Fallar o no en los cuidados depende de satisfacer completamente la demanda del bebé? ¿Se puede satisfacer la demanda completamente? ¿Al fallar en la respuesta a la demanda, podríamos hablar de negligencia?, o, ¿quizás dicha falla hace parte de la constelación y el terreno de los cuidados?

2.4 Lo que se pide cuando se demanda la luna

Lacan reiteró que la demanda se ubica en el campo de lo simbólico y como tal pasa por los desfiladeros del significante; decir que es una exigencia de otra cosa más allá de un objeto determinado, significa que no hay un objeto específico del cual obtenga su satisfacción, ya que, lo que se demanda no es el objeto en sí sino el amor del otro; "la respuesta a la demanda, la concesión de la demanda, es deferida a fin de cuentas a Otro más allá del que tienes delante [...] Toda satisfacción es concedida en nombre de cierto registro que hace intervenir al Otro más allá del que pide, y esto precisamente pervierte en profundidad el sistema de la demanda y de la respuesta a la demanda"⁸⁹; no es el objeto puesto al frente lo que se demanda, lo que está en juego en la respuesta del otro, es su amor, y su deseo.

⁸⁹ Jacques Lacan, "Seminario Libro 5: Las Formaciones del Inconsciente". *op. cit.*, 92.

Lacan habló de la articulación de demanda y deseo en su Seminario 5, afirmando que: “en el nivel de la demanda, hay entre el sujeto y el Otro una situación de reciprocidad. Si el deseo del sujeto depende por entero de su demanda al Otro, lo que el Otro demanda depende también del sujeto. Esto se expresa en las relaciones del niño con la madre por el hecho de que el niño sabe muy bien que tiene algo que puede rehusarle a la **demanda de la madre**, negándose por ejemplo a acceder a los requerimientos de la disciplina excremental. Esta relación entre los dos sujetos en torno a la demanda exige ser completada con la introducción de una dimensión nueva que hace que el sujeto sea algo distinto de un sujeto dependiente, y cuyo ser esencial lo constituye la relación de dependencia. Lo que se ha de introducir, y está presente desde el comienzo, latente desde el origen, es que *más allá de lo que el sujeto demanda, más allá de lo que el Otro demanda al sujeto, se encuentra por fuerza la presencia y la dimensión de lo que el Otro desea*”⁹⁰. En estas líneas nos percatamos de varias cuestiones esenciales que mencionaré a continuación:

Lo primero, es que la demanda va del bebé a la madre y de la madre al bebé, lo cual quiere decir que cada uno es demanda del otro. Lo que encontramos en esta relación de intercambios del lugar de la demanda, es que algo puede fallar, asunto que se concretiza en el niño que se rehúsa a responder o realizar lo que el Otro le demanda; el ejemplo específico lo muestra Lacan en el ejercicio de la disciplina excremental, en donde el niño puede resistirse a entregar a la madre los objetos que para ella son preciados. Ella le dirá, por ejemplo, «¡hazlo por tu mami que te ama!» mientras lo ubica en la bacinilla; lo que hay de fondo en esta frase tan comúnmente dicha por las madres, es que si el niño accede a su requerimiento significa para ella que él la ama, y que, a su vez, él acepta su amor. El lío está cuando ocurre lo que ella no espera, cuando después de cierto tiempo él se levanta de la bacinilla y justo, fuera de esta, le deja sus regalos por todos lados.

Cuando este se resiste en acceder a sus demandas, el mensaje que ella interpreta (uno de tantos), es que no es exclusiva para él, y que no la quiere obedecer. Digo esto dado que, en mi experiencia de trabajo con familias, he escuchado a madres decir lo siguiente ante la resistencia de sus hijos en el dominio excremental, «¡este niño no me quiere hacer caso, me quiere tomar del pelo, me la quiere velar!». Con estos

⁹⁰ *Ibíd.*, 367. Las cursivas son mías.

significantes que ellas le atribuyen, le asignan un querer, pero no cualquier tipo de querer, sino uno que va en dirección opuesta a lo que ella desea, a su deseo.

Otro ejemplo podría ser la situación en la que el bebé se rehúsa a recibir el seno de la madre e incluso lucha contra éste; al oír el llanto del bebé, ella intentará alcanzarle el seno para nutrirlo (o calmarlo), y quizá le dirá, ¿qué quieres bebé?, ¿por qué no comes?, para finalmente dirigirle el mandato, ¡come! El bebé podría sujetar el seno y acceder a sus requerimientos, o negarse a hacerlo (tal como lo indicó Lacan en su referencia).

Esto nos sitúa una vez más ante algo fundamental pues indica que, el sujeto, al no acceder a la demanda del otro (de la madre) toma un papel activo para que esta falle en los cuidados, y que en el «descuido» -o en el no responder de la demanda que implican los cuidados- quizá podría haber algo en juego de parte del sujeto, es decir del niño. Pero, ¿qué quiere decir esto? ¿Por qué el niño toma parte para que la madre falle al prodigarle sus cuidados? Porque cuando la demanda se satisface totalmente no da lugar al deseo, no da lugar a la subjetividad del niño; esta es la madre que está todo el tiempo ahí, encima, que no lo deja ni llorar. Podríamos decir que, en cierto modo, el niño frustra a la madre al no responder o acceder a todas las demandas que ella le dirige, y que el descuido es la manifestación o el atisbo de la subjetividad del *infans*.

La otra cuestión que advertimos en la referencia de Lacan, es que más allá de la demanda está en juego el deseo del sujeto; bien nos dice que, más allá de lo que el Otro demanda, está lo que este desea. Cuando Lacan afirma que toda demanda «es en el fondo demanda de amor», de lo que nos habla es del amor en su connotación de deseo. Desde esto, podríamos considerar que lo que está en juego en la trasmutación del grito del niño en demanda, es el deseo de la madre; en otras palabras, no hay demanda sin deseo.

3. Capítulo 3 Las paradojas de los cuidados

3.1 La erotización del cuerpo del niño: construir un cuerpo

En apartados anteriores se mencionó que los cuidados prodigados al bebé van más allá de suplir una necesidad nutricia, éstos participan en todo lo primordial del sujeto a partir del primer encuentro con el otro y las vivencias de satisfacción y de dolor experimentadas. Adicional a esto, hay algo más que se da en el contexto de los cuidados: la erotización del cuerpo del bebé y la inscripción de las marcas significantes.

Esta afirmación marca dos cosas: uno, que el bebé es susceptible en el encuentro con el Otro de experimentar sensaciones placenteras en todo su cuerpo, en particular en las que Freud denomina “zonas erógenas”⁹¹, las cuales se activan a través de estimulación externa; y dos, la palabra por parte del prójimo, la cual implica el deseo que amarra de significantes el cuerpo del niño desde las acciones del cuidado.

Para comprender estas premisas, mencionaré brevemente el trabajo realizado por Freud acerca del desarrollo de la sexualidad infantil introducida en 1905 en *Tres ensayos de teoría sexual*, y posteriormente en 1908 y 1920 en sus textos: *Sobre las teorías sexuales infantiles* y *Más allá del principio del placer*. En estos Freud resaltó la existencia de algo que acontecía en los niños durante sus primeros años de vida, la sexualidad infantil; algo que, en aquella época y aún en nuestro tiempo los adultos y la sociedad atribuyen únicamente a la pubertad. Freud da un vuelco a esta premisa para afirmar que la sexualidad acontece en la infancia desde los primeros meses de vida. Especificó que los adultos no tienen acceso al recuerdo de dichas expresiones debido a la amnesia que corresponde a ese período de vital, la cual denominó “amnesia infantil”⁹². Corroboró la construcción de su teoría a través de tres fuentes: la observación de las expresiones sexuales tempranas de los niños, los recuerdos de los neuróticos acerca de su infancia y el material de análisis de éstos (sus recuerdos inconscientes dentro del tratamiento analítico).

⁹¹ Sigmund Freud, “Tres Ensayos de Teoría Sexual” (1905), en *Obras Completas*, Vol. VII (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992) Pág, 166.

⁹² *Ibíd.*, 158.

Analizó al chupeteo como modelo de esta “práctica sexual infantil⁹³” resaltando que dicho “mamar con fruición⁹⁴” implicaba más que una acción asociada a la nutrición; “consiste en un acto de succión con la boca (los labios), repetido rítmicamente, que no tiene por fin la nutrición⁹⁵, y añade, “es claro, además, que la acción del niño chupeteador se rige por la búsqueda de un placer – ya vivenciado, y ahora recordado-. Así, en el caso más simple, la satisfacción se obtiene mamando rítmicamente un sector de la piel o de mucosa. Es fácil colegir también las ocasiones que brindaron al niño las primeras experiencias de ese placer que ahora aspira a renovar. Su primera actividad, la más importante para su vida, el mamar del pecho materno (o de sus subrogados), no pudo menos que familiarizarlo con ese placer. Diríamos que los labios del niño se comportaron como una *zona erógena*, y la estimulación por el cálido aflujo de leche fue la causa de la sensación placentera. Al comienzo, claro está, **la satisfacción de la zona erógena se asoció con la satisfacción de la necesidad de alimentarse**. El quehacer sexual se apuntala [*anlehnen*] primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella [...] **la necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento**”⁹⁶.

A partir de esta referencia y de las conclusiones de su teoría, resalto nuevamente aquello que denominó zonas erógenas, puntos del cuerpo del sujeto que le permiten experimentar placer a través de cierta estimulación. Hago énfasis en ese término ya que una de esas zonas son los labios del bebé, punto que se encuentra asociado con dos tipos de satisfacción – mencionadas por Freud- que parecen similares pero que discrepan entre sí: la satisfacción placentera (satisfacción sexual) y la satisfacción de nutrición; una corresponde al placer vinculado con la estimulación de la zona erógena y la otra con la nutrición.

Este asunto apunta a la cuestión del apuntalamiento de las pulsiones de conservación y las pulsiones sexuales experimentadas desde la infancia, que mencionó Freud en los textos referidos al inicio de este apartado; específicamente en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905) hizo alusión por primera vez a dichos conceptos, resaltando específicamente que la excitación sexual nace de tres fuentes: “a) como calco de una

⁹³ *Ibíd.*, 164.

⁹⁴ *Ibíd.*, 163.

⁹⁵ *Ibíd.*, 163.

⁹⁶ *Ibíd.*, 65. El resaltado es mío.

satisfacción vivenciada a raíz de otros procesos orgánicos; b) por una apropiada estimulación periférica de zonas erógenas, y c) como expresión de algunas «pulsiones» cuyo origen todavía no comprendemos bien (p. eje., la pulsión de ver y la pulsión de la crueldad)”⁹⁷.

De las cinco fuentes de la sexualidad infantil expuestas en su teoría, definió la excitación mecánica como la producción de una excitación sexual a través de “sacudimientos mecánicos del cuerpo, de carácter rítmico”⁹⁸; dijo específicamente: “la existencia de esas sensaciones placenteras, entonces, producidas por ciertos sacudimientos mecánicos del cuerpo, es documentada por el gran gusto que sienten los niños en los juegos de movimiento pasivo, como ser hamacados y arrojados por el aire, cuya repetición pide incesantemente [...] La madre que mece al niño inquieto para hacerlo dormir. Los sacudimientos de los carruajes”⁹⁹. Si bien Freud está construyendo su teoría acerca de la sexualidad infantil, razón por la cual posteriormente modifica algunos de sus supuestos iniciales, sus textos advierten hasta ahora que, en el escenario de los cuidados, tal como mencioné anteriormente, se introduce la erotización del cuerpo del bebé. Esto indica como lo describió Freud, que las pulsiones sexuales se apoyan en las pulsiones de conservación, permitiendo la asociación entre el placer erótico y placer nutricional; “las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas y sólo más tarde se independizan de ellas; ahora bien, ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto ”¹⁰⁰.

De esta afirmación no novedosa, pues ya vimos que Freud habló de esto en sus primeros escritos, quiero resaltar que dicho apuntalamiento o apoyo produce efectos importantes en la elección del objeto sexual que el bebé realiza. Eso significa que el objeto de satisfacción nutricional, que depende y concierne directamente a los cuidados, apuntala al de la satisfacción sexual y que, en el terreno de los cuidados, en las acciones involucradas en estos emerge algo más que está del lado del encuentro con el Otro y de

⁹⁷ *Ibíd.*, 182.

⁹⁸ *Ibíd.*, 183.

⁹⁹ *Ibíd.*, 183.

¹⁰⁰ Sigmund Freud, “Introducción del narcisismo”, en *Obras Completas*, Vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992). Pág., 84.

la erotización del cuerpo que termina influyendo en la elección de los primeros objetos sexuales.

Esto es importante mencionarlo pues muestra que el bebé experimenta un placer diferente a la satisfacción de la necesidad asociada con la acción de nutrirse. Inicialmente, la necesidad apoya a la pulsión, pero después ocurre en éstas una separación; dice Freud, “la necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia [...] de la necesidad de buscar alimento”¹⁰¹; de esta separación es fundamental marcar que, en el bebé se activará nuevamente la necesidad de repetir la satisfacción sexual, la cual está relacionada con la huella mnémica, la imagen del objeto de satisfacción y el deseo en el sujeto, y no con la satisfacción de la necesidad de nutrición.

Esto muestra que la satisfacción sexual que experimenta el bebé, la cual hace parte de su desarrollo sexual infantil, es introducida dentro del escenario de los cuidados; en otras palabras, las acciones del cuidado propician en el encuentro con el Otro la activación de las zonas erógenas en su cuerpo generando sensaciones placenteras. Esto significa que cuando el prójimo le alcanza el seno al bebé, le limpia su cola, o frota sus zonas genitales, si bien procura la higiene de su cuerpo y el cuidado en general, *también proporciona una satisfacción en el orden de lo sexual que estará acompañada con la necesidad de ser repetida*; dice Freud sobre esto, “por su situación anatómica, por el sobre aflujo de secreciones, por los lavados y frotaciones del cuidado corporal y por ciertas excitaciones accidentales (como las migraciones de lombrices intestinales en las niñas), es inevitable que la sensación placentera que estas partes del cuerpo son capaces de proporcionar se haga notar al niño ya en su periodo de lactancia, despertándole una necesidad de repetirla”¹⁰².

Eso que se busca repetir es la satisfacción asociada al placer erótico, la cual se ha separado de la satisfacción de nutrición (tal como lo señalo en referencias anteriores), asunto que es fundamental para mi tesis, pues, si partimos del hecho de que dicha satisfacción involucra un objeto que el bebé alucinará y que está irremediablemente perdido, esto muestra que todo intento de la madre por generar la satisfacción del deseo o colmar la pulsión del bebé, será fallido, y que, por más buena o “suficientemente

¹⁰¹ *Ibíd.*, 165.

¹⁰² *Ibíd.*, 170. Las cursivas son mías.

buena”¹⁰³ que sea, no le podrá suministrar al bebé dicho objeto de satisfacción; “ninguna madre, aunque sea suficientemente buena, puede proporcionar el objeto perdido”¹⁰⁴.

Antes de continuar con el desarrollo de las ideas expuestas hasta ahora, considero necesario hacer un paréntesis para precisar sobre el término «madre suficientemente buena» expuesto por Winnicott en su teoría; si bien dicha madre es aquella que, a través de la identificación con el bebé logra adaptarse a sus necesidades respondiendo a lo que este requiere para su sostenimiento y supervivencia, para que ocurra el paso de la etapa de total dependencia a la “dependencia relativa”¹⁰⁵ e independencia del niño, la madre debe dar cabida a la “falla gradual de la adaptación”¹⁰⁶ o la “desadaptación graduada”¹⁰⁷; puntualmente Winnicott afirmó que: “para que los procesos de la maduración adquieran realidad en el niño, y lo hagan en los momentos apropiados, es necesaria una provisión ambiental suficientemente buena [...] El proceso empieza con un alto grado de adaptación de la madre a las necesidades del infante y gradualmente se transforma en una sucesión de fallas de adaptación; esas fallas son también un cierto tipo de adaptación, porque están relacionadas con la creciente necesidad del niño de enfrentar la realidad, lograr la separación, y establecer una identidad personal”¹⁰⁸.

Advertimos, entonces, que la «provisión ambiental suficientemente buena» a la que hace alusión Winnicott, incluye el fallo gradual de la madre en la adaptación y las respuestas a las necesidades del niño, algo que sugiere que ella debe ser «apenas suficientemente buena» y no intentar colmar, llenar, todas las demandas del bebé.

Ahora bien, para tomar críticamente esta aproximación, se puede afirmar que el objeto con el que el bebé alucinará, el que estará involucrado en la satisfacción primera que buscará repetir, no podrá ser entregado por la madre, así sea suficientemente buena y responda a todas sus necesidades pues lo que está en juego es el deseo del niño. Al darle su pecho al bebé, la madre (a nivel inconsciente) puede albergar la fantasía de satisfacer, de colmar el deseo del bebé, sin embargo, dicha fantasía es un equívoco pues el objeto perdido y alucinado es diferente al objeto que ella proporciona en la realidad

¹⁰³ Winnicott Donald, “Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional” (Argentina: Editorial Paidós, 1993) Pág., 189.

¹⁰⁴ Nominé, Bernard. “Comentarios sobre el Seminario IV de Jacques Lacan. La relación de objeto” (Ecuador: Mistral y Cía, 1995) Pág., 5.

¹⁰⁵ Winnicott Donald, “Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional”. *op. cit.*, 114.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, 114.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, 114.

¹⁰⁸ *Ibíd.*, 126.

cuando lo nutre o lo alimenta. Sin embargo, es necesario que la madre crea en dicho engaño para que continúe prodigando sus cuidados al bebé e interprete sus movimientos, llanto y cambios corporales como si se tratara de un mensaje.

Adicional a lo ya dicho sobre la erotización del cuerpo del niño que se da en el terreno de los cuidados, encontramos que Freud afirmó a la madre como el primer agente seductor que, a través de dicha erotización “posibilitaría el desarrollo de un cuerpo erógeno en el *infans*”¹⁰⁹. Esto permite inferir que la madre no solamente es la que nutre, la que da alimento, sino también la que cumple un papel fundamental como seductora, así, “la madre en tanto objeto de la auto conservación, regula las necesidades del *infans*. En cambio, la madre, en tanto objeto sexual, da apertura a las zonas erógenas”¹¹⁰.

Con la entrega del alimento, el niño se sostiene desde lo fisiológico, pero con la erotización la madre marca los límites primeros y fundamentales en el cuerpo del *infans* y posibilita que construya un cuerpo; si bien el niño cuenta con un organismo, aún no existe en él una noción ni una vivencia de cuerpo, este se fabrica como efecto del discurso, de los significantes que van amarrados a las caricias que le dirige la madre dentro del terreno de los cuidados.

Si el bebé en un inicio no tiene un cuerpo, entonces, ¿qué es lo que recibe al nacer, con qué nace? Al respecto explica Colette Soler (2013), en *El en-cuerpo del sujeto*, tomando como referencia las palabras de Lacan, que, lo que el bebé recibe es un organismo, dado que el cuerpo es efecto del lenguaje, de los significantes que el otro (pensamos aquí en el prójimo o cuidador) le dirige al bebé posibilitando su inscripción en lo simbólico; “¿de quién son patitas divinas?” Dice la madre, apretándole los pies al bebé, acariciándoselos o besándolos mientras le pone los patines, o mientras se los seca; “¿de quién son esos ojos?, o ¿de quién es esta nariz?” Le pregunta al bebé mientras le dispensa sus cuidados, mientras lo baña, lo limpia, lo alimenta. Lo preponderante de esto, es que efectivamente en la fabricación del cuerpo es fundamental que la madre fantasee que este le pertenece a ella, y que, al mismo tiempo y en contraste con lo anterior, en ese organismo hay un cuerpo y un sujeto y por lo tanto, ya

¹⁰⁹ Jaimsky Graciela, “Cuerpo y construcción psíquica: la seducción primaria en la relación madre-bebé”. *op. cit.*, 14.

¹¹⁰ *Ibíd.*, 61.

hay una separación con respecto a ella, que ella misma -la madre- introduce; por eso le habla, le pregunta cosas, lo nombra y, en suma, le atribuye un discurso, un deseo.

A propósito del cuerpo del niño que la madre va construyendo al erotizarlo en la proporción de los cuidados, la psicoanalista Martine Menès en su artículo *Construir cuerpo*, habla de un ofrecimiento materno de significantes dados al bebé en el terreno de los cuidados que permiten la construcción de un cuerpo pulsional. Quiero señalar aquí, que este ofrecimiento es dado a partir del deseo del Otro y posibilita que el organismo sea sostenido, tomado como objeto de amor y erotizado; desde dicho deseo la madre asume que el niño le habla, que la escucha, que la entiende. Es a través de este que, al dar sus cuidados, por ejemplo, al bañarlo o cambiar los pañales, lo besa, lo mira, lo acaricia, le dirige su voz y, toca el cuerpo del bebé como quien va dando forma a eso que tiene enfrente.

Vemos entonces que cuando la madre alcanza el seno al bebé y lo acompaña con palabras, cantos, arrullos, y movimientos rítmicos, le da los significantes necesarios para la construcción del cuerpo que posteriormente vivenciará como tal; su voz, mirada y acciones maternas están articuladas con los significantes que permitirán en el niño la construcción del cuerpo. Dicho en palabras de Lacan, “la madre no es meramente la que da el *seno* [*sein*], sino también la que da la *signatura* [*seing*] de la articulación significante”¹¹¹. Estas líneas muestran como algo fundamental que la sola presencia de la madre o del prójimo no es suficiente para que el cachorro humano se constituya como sujeto si dicha presencia no va acompañada de la palabra articulada en las acciones dentro del contexto de los cuidados; ella es quien introduce los significantes en el cuerpo del niño, quien a su vez toma para ella calidad de significante.

Ahora bien, si traemos a colación lo que dijo Freud (1920) en *Más allá del principio del placer*, sobre las primeras impresiones asociadas con la pulsión sexual, recordaremos que de estas queda una huella en la vida anímica del sujeto la cual repercutirá en todo su desarrollo psíquico; hasta ahora sabemos que dicha huella mnémica o imagen del objeto que queda en el bebé y que está asociada a la vivencia de satisfacción, involucra el recuerdo de la imagen-objeto y la imagen-movimiento; como ya lo había anotado en el apartado en donde hablé sobre el *Proyecto de psicología*, puntualmente esta huella no solo se asocia con la imagen de un objeto, también

¹¹¹ Jacques Lacan, “Seminario Libro 6: El deseo y su interpretación” (1958-1959) (Buenos Aires: Editorial Paídos, 2014) Pág., 41.

involucra, como Freud lo señala, el recuerdo del movimiento implicado en el encuentro originario. Esto quiere decir que, por ejemplo, algo de los arrullos, del movimiento rítmico al sostener al niño en sus brazos, y de las caricias, harán parte de dicha huella. Lo anterior permite suponer que fragmentos de las acciones o movimientos que activan las zonas erógenas también harán parte de la imagen-movimiento asociada con la huella mnémica.

La erotización del cuerpo del bebé por parte de la madre no se da únicamente al tocarlo y estimular las zonas erógenas que involucran las acciones de los cuidados. Lo que muestra el psicoanálisis es que hay algo fundamental en las caricias, la mirada y la voz materna que hace que los cuidados dados sean diferentes; hablamos aquí del deseo materno, deseo del Otro que ubica al niño en un lugar específico; desde ahí la madre lo toca, le dirige su mirada, y su voz.

Al erotizar el cuerpo del niño la madre marca los límites, delimita los agujeros, las aberturas (ano, boca, pene, vagina, ojos, oídos); sólo con esa delimitación se «hace» un cuerpo el bebé. Se trata entonces de la posición de la mamá, de que esas caricias den vía al deseo, a la castración, dado que ese cuerpo que tiene que cuidar no le pertenece, es de otro, es del bebé, del «bebé sujeto», no de ella.

Adicional a todo lo anterior, quiero mencionar el aporte realizado por la psicoanalista Graciela Jaimsky sobre la erotización y la construcción del cuerpo, para resaltar la función del deseo desde Lacan en dicha construcción. En su texto, *Cuerpo y construcción psíquica: la seducción primaria en la relación madre-bebé*, tomando como base el término formulado por Winnicott: *Madre suficientemente buena*, propuso el de *Madre suficientemente sexual* para explicar que, si bien la madre es la que sostiene la experiencia de placer compartida entre ella y el *infans*, (por cuanto lo hace desde el deseo materno), precisa de *seguir sus ritmos y pausas* (algo que en suma sería leer acertadamente los movimientos y cambios corporales del bebé). La madre suficientemente sexual es aquella que desde la «identificación» con el bebé (concepto tomado de Winnicott), logra lidibinizar el cuerpo de este hasta cierto límite, lo «suficiente» como para producir una satisfacción “físico-afectiva”¹¹² que de paso a la vivencia de

¹¹² Jaimsky Graciela, “Cuerpo y construcción psíquica: la seducción primaria en la relación madre-bebé”. *op. cit.*, 74.

placer. A su decir, libidinizar al niño significa que, “queda marcado como un ser deseado”¹¹³.

Como ejemplo de esto Jaimsky (2008) referencia la siguiente situación descrita por Winnicott en su libro, *El mundo en pequeñas dosis*: “nunca dejo de asombrarme viendo cuán delicadamente conduce la situación una madre que no es ansiosa. La ven ustedes ahí, poniendo cómodo al bebé y organizando un encuadre en que la lactación puede suceder, si todo marcha bien [...] el bebé necesita de todas estas experiencias más bien tranquilas [...] y necesita que lo amparen con vivacidad, pero sin apresuramiento, ni angustia, ni tensión. Éste es el encuadre [...] Y entonces se produce una pausa, las encías dejan escapar el pezón, y el bebé se separa de la escena de la acción [...] ¿Advierten lo importante que es este último fragmento? [...] La madre comprende lo que al bebé le pasa, espera, ella espera. Pasados unos minutos, el bebé se vuelve otra vez hacia donde ella sigue estando deseosa de colocar el pezón, y entonces se establece un nuevo contacto”¹¹⁴.

Desde la perspectiva de Lacan, lo que menciona Jaimsky fundamentada en Winnicott sobre la identificación de la madre con el bebé y libinizar el cuerpo de este, podemos decir que, lo que está en juego desde un inicio es el deseo materno; todas las lecturas que ella hace de los movimientos corporales del bebé son supuestos que tiene de fondo dicho deseo. En este sentido, cuando la madre le alcanza el seno o lo pone en su boca y espera que se acerque, que lo agarre y lo succione, todos esos ritmos descritos en la referencia anterior (la pausa y la espera), son dados por el deseo de ella. Esto quiere decir que poner el seno y procurar satisfacer una necesidad (de nutrición en este caso) tienen de fondo el deseo materno.

Sobre la expresión «poner el seno en la boca del bebé» quiero aclarar que no remite exclusivamente a la búsqueda de la satisfacción de nutrición, y que hay algo que se desliga de esta. El ejemplo lo vemos en algunas madres que continúan colocando el pezón en la boca del niño en edad avanzada, aún percatándose que de este no puede alimentarse, que, de este, no salen los nutrientes que necesita desde lo fisiológico. De manera opuesta otras perciben como «extraño» amamantar al niño cuando se percatan que esta acción se desliga de la nutrición. Sin duda, dicha extrañeza podría contener, de

¹¹³ *Ibíd.*,72.

¹¹⁴ *Ibíd.*,74.

manera inconsciente, lo insoportable de un placer que emerge para la madre en esta zona, ligado con el fantasma edípico.

Vemos entonces que cuando hay una ruptura del apuntalamiento, del placer libidinal que se apoya en la satisfacción de la necesidad, y de la fantasía inconsciente que alberga la madre de satisfacer, de colmar el deseo del bebé, también emerge la ruptura de los cuidados; el «destete» para el ejemplo del amamantamiento, podría tener de fondo el propósito de evitar algo insoportable que se relaciona con el deseo de la madre.

Para cerrar este apartado, cabe precisar que, si bien es necesario que la madre desee al hijo tanto como para sostenerlo en su desvalimiento, erotizar su cuerpo, falicizarlo y dirigirle sus significantes, también es vital que logre dar su falta, ser no-toda madre, y ceder en su deseo a ese cuerpo que le pertenece a otro, al bebé; contrario a esto, podríamos pensar en una madre que goza del cuerpo del niño; que con la excusa de la limpieza o la nutrición, aún continúa poniéndolo a mamar o limpiándole la cola así tenga 7 años.

3.2 El lugar de la falla en los cuidados

Desde el *Proyecto de psicología* de Freud vimos que el asunto de los cuidados connota algo más que alcanzar al niño el objeto de sustento; en este apartado quiero dar un paso más para insistir en la importancia de la falla de éstos en el sostenimiento del sujeto y mostrar que, contrario a su definición lógica o común en donde el cuidador debe acudir en todo momento al grito del niño para solucionar aquello que en él acontece, una de sus características fundamentales consiste en que estos fallen; esto significa que parte del cuidado incluye el fallo de éstos y, que de su fracaso, depende en parte el éxito en la constitución del sujeto.

Sin duda, arribamos a una perspectiva diferente sobre la idea del fracaso en los cuidados que sugiere que, parte de la función del prójimo o auxiliador, es fallar; si esto no ocurre, si el cuidador no falla, no le permitirá al niño desear y, por ende, impedirá su existencia como sujeto del inconsciente haciendo de él un mero objeto de su deseo, un trozo de carne expuesto a su antojo. De hecho, que el cuidador no dé cabida a la falta en el sujeto desencadenará en éste la angustia ya que se encontrará a merced del deseo absoluto de la madre, quedando en riesgo su subjetividad.

Como muestra de esto, encontramos a madres o cuidadores excesivamente protectores que atosigan a sus hijos y, antes de que el niño berree, grite o patalee, ya están prestas a responder a lo que consideran que el bebé necesita o requiere, e incluso, a manera de ensayo y error le entregan diferentes objetos a modo de colmar su llanto. Si alcanzar el biberón no funciona entonces intuyen que puede tener frío o calor, conducta anticipada que en efecto muestra el deseo de la madre de ser el “portavoz”¹¹⁵ del niño, lugar desde el cual “ se presenta como el «yo hablante» o un «yo hablo» que ubica al *infans* en situación de destinatario de un discurso, mientras que él carece de la posibilidad de apropiarse de la significación del enunciado”¹¹⁶; en suma, es la madre la que habla todo el tiempo y la que le impone al bebé algo en conformidad con su propio deseo.

Ahora bien, al hablar sobre la falla de los cuidados es importante aclarar que ésta no ocurre de manera planeada o intencionada por el prójimo, ya que, por su propia falta en ser, por su constitución como sujeto del lenguaje, es inevitable que ocurra. Esto quiere decir que el prójimo está hecho para fallar y que, en efecto, independientemente del empeño y el esfuerzo que haga para otorgar al niño el cuidado que considera necesita, inapelablemente la significación que le atribuya a su grito o llanto nunca será exacta, más aún, su presencia permanente no garantizará el éxito de los cuidados.

Al respecto, Winnicott (1998) en su libro *Los bebés y las madres*, destaca que si bien las madres se convierten en el imprescindible “sostén”¹¹⁷ de sus bebés recién nacidos y, a través de la “identificación proyectiva”¹¹⁸ logran una conexión que le ayudará a responder a sus necesidades, “con el tiempo, el bebé comienza a necesitar que su madre falle en adaptarse, *siendo esta falla también un proceso gradual que no puede aprenderse en los libros*”¹¹⁹. No sólo la adaptación emocional de la madre con el niño es fundamental para su supervivencia y sostenimiento, sino también la falla de los cuidados, que, como se ha dicho anteriormente, ocurre así la madre esté muy atenta al bebé. Así las cosas, se puede concluir que la falla es necesaria. Pero, ¿qué significa y cómo podría darse de manera concreta esta falla en el terreno de los cuidados?

¹¹⁵ Castoriadis-Aulagnier (1975) “La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado”. *op. cit.*, 34.

¹¹⁶ *Ibid.*, 33.

¹¹⁷ Winnicott Donald, “Los bebés y sus madres” (Barcelona: Paidós, 1998) Pág., 23.

¹¹⁸ Winnicott Donald, (1965) “El proceso de maduración en el niño- estudios para una teoría del desarrollo emocional” (Barcelona: editorial Laila, 1975) Pág, 62.

¹¹⁹ Winnicott Donald, “Los bebés y sus madres”. *op. cit.*, 25. Las cursivas son mías.

Lo dicho hasta aquí supone de entrada que la falla de los cuidados no equivale a la ausencia de la madre, a la indiferencia total respecto al bebé o a la omisión del objeto de la necesidad; asunto que marca un precedente fundamental pues señala que, para que ocurra la falla en los cuidados, estos tienen que existir, es decir, tienen que ser dados por el otro. Una vez prodigados la diferencia frente a su falla o no, estriba en lo que se da.

En este orden de ideas podríamos pensar que, en la falla de los cuidados lo que se da se entrega de manera incompleta; dicha incompletud vale la pena resaltarla pues podría estar relacionada con la **incompletud del Otro**, esto es . Todo lo proveniente desde ese lugar, el del Otro, tendrá dicha connotación, por tal razón los cuidados siempre serán incompletos, siempre, de manera estructural tendrán una falla. Contrario a esto, al hablar de «omisión de los cuidados» estaríamos haciendo referencia a la ausencia absoluta de estos, a su no existencia ya que el otro no entregó lo más mínimo para sostener al bebé, lo necesario para que este sobreviva.

Teniendo esto claro, considero importante formular inicialmente, la probabilidad de que la ausencia sobre el fondo de presencia de la madre, o mejor, su alternancia presencia-ausencia forma parte esencial de los cuidados. Si bien lo expuesto podría mostrar algún tipo de incoherencia con relación a lo que significan los cuidados desde el sentido común, ya que desde la lógica de lo cotidiano estos no se relacionan con la ausencia del prójimo, el psicoanálisis señala la importancia de la ruptura de la sucesión presencia-ausencia para que lo constituyente en el sujeto se dé. Esto quiere decir que entre la alternancia presencia-ausencia y, la ausencia absoluta, está ubicado el rompimiento del ir y venir como algo importante para que aparezca el Otro barrado; paso fundamental para que el niño reconozca su propia falta.

Para tener claridad a este respecto, es necesario precisar la distinción entre la alternancia presencia-ausencia, el cambio de ritmo de dicha sucesión, y la ausencia total del otro materno, ya que todos conducen al sujeto por vías distintas. Si bien la primera lo direcciona (en cierta medida) hacia la constitución del sujeto, si no ocurre un rompimiento (por decirlo de alguna manera) entre dicha alternancia, el niño quedará supeditado a la madre; por su parte, la ausencia de los cuidados tiene efectos adversos para dicha constitución, e incluso para la supervivencia como organismo. Esta ausencia puede darse de dos formas: por un lado, cuando físicamente no hay prójimo; y por otro, cuando lo hay, pero en la absoluta indiferencia (la ausencia radical del Otro).

La falla en el terreno de los cuidados se ubicaría en el rompimiento del intervalo presencia-ausencia, en el cambio del ritmo marcado por el ir y venir de la madre; es importante que se de esta fisura, pues, tanto la ausencia total del otro como la radical presencia ponen en riesgo la constitución del sujeto.

Si bien sabemos que la ausencia del prójimo en el contexto de los cuidados atentaría incluso a la supervivencia del *infans*, ¿por qué afirmar que la presencia permanente del otro también pondría en riesgo al sujeto? La respuesta está en la imposibilidad del fallo en los cuidados. El otro, desde la presencia **permanente** buscará la satisfacción absoluta de la necesidad del bebé, lo atiborrrará de todo lo que supone necesario al punto de impedir su demanda; al intentar colmarla antes de que sea planteada impedirá que el bebé se constituya como deseante. Por esta razón se podría afirmar que el éxito absoluto en los cuidados, la satisfacción absoluta de la necesidad iría en contra de lo constituyente en el sujeto.

Al hablar de la ausencia-presencia de la madre, de su ir y venir, Chaumon en su texto *El grito*, expresa en esencia que, “lo que es mortífero no es la separación en sí, la ausencia en sí, sino el caos del cual ella es agente si faltan las piedrecitas del deseo del Otro situado en buen lugar” ¹²⁰. Para Lacan, esta ecuación presencia- ausencia estaría relacionada con la madre como agente simbólico. Cuando ella, como agente simbólico no responde al llamado del niño, es decir, cuando se rompe el intervalo presencia-ausencia, se convierte en objeto real, en aquella de quien depende el acceso del niño a los objetos; estos, hasta ahora objetos reales de satisfacción pasan a ser objetos simbólicos, objetos del don de la madre. De esta manera el autor hace notar que la ausencia sobre el fondo de presencia de la madre, esto es que falte la madre, impide que el niño sea devorado por la boca de ese gran cocodrilo que es ella misma; una presencia total conduciría al éxito absoluto de los cuidados y a lo adverso en el sujeto, así como una ausencia radical de estos.

La paradoja que encontramos aquí es que la presencia permanente de la madre, que busca la satisfacción de la necesidad del bebé y, obtener a través de esto el éxito de los cuidados, no podrá lograrse totalmente; así ella insista en atiborrrarlo de todo lo que supone necesario y de mostrarse como una presencia absoluta y constante, los cuidados siempre fallarán, ya que por estructura del sujeto es imposible que se de la satisfacción

¹²⁰ Frank Chaumon, (2000) “El Grito”. *op. cit.*, 5.

absoluta; por otro lado, es necesario que fallen, pues esto está en la vía del advenimiento del sujeto.

En el rompimiento de las escansiones presencia-ausencia en la que está implicada la falla, adviene en alguna medida el sujeto. Decir que la ausencia no se relaciona necesariamente con la falla de los cuidados, y que contrario a esto es preciso que ocurra (con intervalos de presencia), muestra que los cuidados se brindan sobre un fondo de presencia-ausencia.

Para comprender mejor esto, es preciso traer a colación el juego simbólico del *fort-da*, expuesto por Freud en *Más allá del principio del placer y la interpretación de los sueños*. Allí describió la escena de un niño de 18 meses que fue abandonado por la madre durante unas cuantas horas. Cuando ella se marcha éste construye un juego simbólico a través de los objetos que tiene a su alrededor. En principio arroja dichos objetos a un rincón o debajo de la cuna y profiere la expresión “o-o-o-o” que es interpretada como *fort* (se fue); esta también es enunciada posteriormente con el juego de un carretel de madera que atado a un piolín, lanza dentro de su cuna sosteniendo uno de los extremos, de tal modo que al tirar nuevamente del piolín el carretel vuelve a aparecer ahora acompañado de la expresión *Da* (acá está).

Con este juego del “desaparecer y volver”¹²¹ Freud mostró que la insistencia en repetir un acto que no es placentero (como la pérdida de su objeto amado) tiene de base el placer que recibe con la aparición del objeto ausente (la aparición del carretel); sin embargo, vale la pena resaltar que la lectura que realiza Lacan va más allá de esta, ubicando en la alternancia presencia-ausencia y, más precisamente en el rompimiento de dicha escansión, algo fecundo en la constitución del sujeto. Así, afirmó que esto es lo que da paso al sujeto a través de la intervención del lenguaje al permitir o propiciar el *fort-da*. Articulación de fonemas de los que dice Lacan: “lo importante no es que el niño pronuncie las palabras *Fort-Da*, que en su lengua materna equivale a Lejos/Aquí [...] Lo importante es que hay allí, desde el origen, una primera manifestación del lenguaje. Mediante esta oposición fonemática el niño trasciende, lleva a un plano simbólico, el

¹²¹ Sigmund Freud, “Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del Yo”, en *Obras completas*, Vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992) Pág., 14-15.

fenómeno de la presencia y de la ausencia. Se convierte en amo de la cosa, en la medida en que, justamente, la destruye" ¹²².

A propósito del cambio de ritmo ligado al rompimiento del ir-venir del otro en el terreno de los cuidados, también podemos añadir que lo favorable, lo que está en el camino a lo constituyente del sujeto es una presencia no devoradora, ni totalitaria; una tal en la que el prójimo supone una subjetividad en el bebé. Recordemos que algo fundamental de la caricia, el cambio de pañales, y el acunar del bebé, es que estos vienen acompañados con las palabras que la madre le dirige al niño; al hacerlo, al hablarle atribuye a ese organismo un cuerpo, y un sujeto; esto es más importante incluso que las horas que la madre decide pasar con el bebé, dado que, "estos cuidados no se miden por el número de horas dedicadas a los hijos. El psicoanálisis nos enseña que la presencia **sin palabra y sin deseo** puede ser bastante más dañina que una ausencia que sabe regalar sin embargo unas (pocas) palabras adecuadas" ¹²³; el problema en sí no es estar presente, es estarlo sin suponer un sujeto en el otro, en el bebé.

Teniendo en cuenta todo lo desarrollado hasta este momento, el interrogante central ahora sería, ¿a qué hace referencia la falla en los cuidados? Una respuesta es que dicha falla está relacionada con el malentendido o el equívoco de la lectura del grito que realiza la madre del *infans*. Recordemos que, en líneas anteriores, al hablar de la demanda, subrayamos que esta implica una falla, un malentendido por cuanto quien la interpreta o realiza la trasmutación del grito, está inscrito en el lenguaje; lo cual supone que la demanda implica ya la falta introducida por el lenguaje. De ese «equívoco» emerge el sujeto, pues su falta es imposible de satisfacer e imposible de descifrar de manera absoluta por el otro de la demanda. Ese espacio de la falta es el que permite que advenga el sujeto y es el que da lugar al malentendido.

Miremos esto con más detenimiento dando respuesta a la siguiente pregunta, ¿qué ocurriría en el sujeto si no se diera la falla en los cuidados? En la vía a una posible respuesta a este interrogante tendríamos que pensar en una madre o un prójimo que suple todas las necesidades del bebé; esto, sabemos, es difícil que acontezca porque siempre está la posibilidad del equívoco, pero si encontráramos a una madre que intenta responder a todas las necesidades del bebé, hablaríamos de una «sin fallas», es decir,

¹²² Jacques Lacan, "Seminario Libro 1: Los escritos técnicos de Freud" (Barcelona: Paidós, 1981) Pág, 257.

¹²³ Recalcati Massimo, "Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno" (Barcelona: Editorial Anagrama, 2018) Pág, 20. El resaltado es mío.

una que está del lado del ideal de la madre absolutamente buena, total, sin falla, y no de la suficientemente buena. En realidad, estos ideales, como lo señala Levin, no operan en la realidad, lo que sucedería aquí es que, “el niño como puro objeto de su goce respondería «armónicamente» a su demanda alienante. Si tomamos el decir de Winnicott de una madre «suficientemente buena», podría darnos cierta ilusión idílica de ser «buena madre» en oposición a una supuesta mala madre. No hay función ni funcionamiento materno ideal. Tampoco lo hay del padre y del hijo. En realidad, **se trataría de una madre deseante y demandante**, y de un niño-hijo que al desear le demanda incondicionalmente a ella nuevamente su amor”¹²⁴. En suma, si la madre fuera absoluta, sin fallas, pondría en riesgo el advenimiento del sujeto pues estaría en juego su constitución como sujeto deseante. Es necesario, entonces, que la madre no sea absoluta, que, dé paso a su falta, y que, desee y demande al niño.

Si bien todo este asunto es por demás complejo de entender, una precisión importante es que la ausencia o, más precisamente el juego ausencia-presencia de la madre, articulado a la introducción de la oposición significativa implica la falta fundamental en el *infans* de la cual dependerá su constitución como sujeto, por cuanto esta muestra la relación del sujeto con el deseo; precisamente, la instauración del deseo está articulada a la incompletud y la búsqueda constante en su vida de eso perdido fundamentado por la falta; el sujeto se movilizará en el mundo desde su deseo, desde la búsqueda constante por experimentar la satisfacción primera, esa que, sabemos, no volverá a repetirse.

En el juego del *fort-da* Lacan explica cómo emerge o se instaura la «incompletud» en el sujeto a partir de la presencia-ausencia de la madre; su ir y venir da paso a la operación del *fort-da*; cuando ella se marcha, dice Lacan que, el niño, “primero fija su atención en el punto desde donde lo ha abandonado”¹²⁵; ella ya no está en el lugar que antes estuvo junto a él. Esto es un asunto esencial, pues muestra que sólo se puede advertir la falta de algo que antes estuvo presente, que no hay ausencia sin presencia, o al decir de Lacan, “no hay *fort* sin *da* y, valga la expresión, sin *Dasein*”¹²⁶.

¹²⁴ Levin, Esteban. "La función del hijo: espejos y laberintos de la infancia" (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000) Pág, 59. El resaltado es mío.

¹²⁵ Jacques Lacan, "Seminario Libro 4: La relación de objeto" (Buenos Aires: Paídos, 2008) Pág, 28.

¹²⁶ Jacques Lacan, "Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis" (Buenos Aires: Paídos, 2010) Pág., 247.

Para efectos de lo que nos interesa hablar en este momento, quiero poner de relieve lo que señaló Lacan sobre **la ausencia** de la madre, el *fort* que introduce una hiancia en el sujeto; dice específicamente que, el juego resulta ser “la respuesta [...] a lo que la ausencia de la madre vino a crear en el lindero de su dominio, en el borde de su cuna, a saber, un *foso*, a cuyo alrededor sólo tiene que ponerse a jugar al juego del salto”¹²⁷. A partir de dicha ausencia es que el niño lanza el carretel sobrepasando los límites de su cuna; el trozo de madera, que no es la madre sino una parte de sí mismo que aún sostiene de un extremo, cae en ese *foso*, en el más allá del “trazado centrífugo”¹²⁸ creado por la hiancia en el sujeto -brecha fundamental para la constitución de la subjetividad- que emerge como efecto del rompimiento de la escansión presencia-ausencia de la madre.

Entre otras cosas, esto también muestra que la alternancia ausencia-presencia del otro propicia algo fundamental en la constitución del sujeto con su ingreso al universo del lenguaje; al vocalizar los dos fonemas *fort-da*, da paso esencial a la humanización. Dice Lacan: “mediante esta oposición fonemática el niño trasciende, lleva a un plano simbólico, el fenómeno de la presencia y de la ausencia”¹²⁹. Específicamente, al hablar del cambio del ritmo del ir-venir de la madre, cuando se rompe la escansión y ella cambia de estatuto (pasa a ser real), estaríamos hablando en el terreno de los cuidados de un otro que falla, que logra separarse del niño tanto como para no suplir todas las demandas que considera el bebé le dirige (ni lo que supone necesita) dando de esta manera paso a **la falta**.

En este punto sería importante hablar del caso mencionado por Lacan (1956) en el Seminario 4: *La relación de objeto*, sobre una niña que se encuentra institucionalizada debido al contexto de la guerra. Traigo a colación este caso no para hablar de la fobia - tema central del caso- sino de lo que acontece en el ritmo de las idas y venidas de la madre, antes de la manifestación de la fobia.

Las visitas de la madre, que tenían una relativa frecuencia, son interrumpidas por una enfermedad; tras recuperarse la madre retoma sus visitas. Encontramos en esta historia dos puntos fundamentales: lo primero que expone Lacan es que cuando la madre “va a ver a su hija -la presencia-ausencia es regular-se entrega cada vez a pequeños juegos

¹²⁷ *Ibíd.*,70.

¹²⁸ *Ibíd.*,70.

¹²⁹ Jacques Lacan, “Seminario Libro 1: Escritos técnicos de Freud”. *op. cit.*, 257.

de aproximación [...] En suma, se ve su función de madre simbólica”¹³⁰; el segundo aspecto que señala, es un cambio de ritmo en el ir-venir de la madre producto de una enfermedad y el tiempo de la post-operación; de esta variación, dice: “la madre no es ya la madre simbólica, ha faltado, pero no ocurre nada. Vuelve a venir, vuelve a jugar con su hija y todavía no pasa nada”¹³¹. Lo que vemos aquí, es que cuando se rompe el ir y venir de la madre, se produce un punto de viraje fundamental para la constitución del sujeto; ahí ella cambia de estatuto, pasa a ser real e introduce de esta manera la falta del Otro. Esto señala algo fundamental sobre el lugar de la falla en el terreno de los cuidados: no estaría ubicada en la alternancia presencia-ausencia del que cuida, sino en la ruptura o en el cambio de ritmo de ese ir y venir. Ahí, cuando el agente cambia de estatuto y pasa de simbólico a real.

Que falte la madre, no da paso a la fobia; esto es algo que aclara Lacan al afirmar que: “la madre aparece primero como alguien que podría faltar, y su falta se inscribe en la reacción y en el comportamiento de la niña –la niña está muy triste, hay que animarla, pero de todos modos no hay fobia”¹³²; que falte, lo que produce en la niña es tristeza, desconsuelo. Aún así, es necesario que la madre falte porque si el Otro está siempre presente, no habría espacio para el sujeto deseante. Con el rompimiento de la escansión presencia-ausencia se dará paso al Φ , es decir, el significante de la castración. En el contexto de los cuidados es importante que el que cuida esté atravesado por la castración, de no hacerlo es imposible que el sujeto a devenir asuma la castración.

Lo dicho hasta aquí nos permite mostrar un punto de vista o idea diferente sobre los cuidados al resaltar que, la ausencia del prójimo, alternada con presencia en dicho contexto, lejos de ser desastrosa cumple una función fundamental en la constitución del sujeto en tanto la madre se inscribe en el registro de lo simbólico y, posteriormente con la ruptura de su ir y venir, en real. Sobre este tema, Lacan mostró que la madre, a partir de las idas-venidas toma posición como agente de la frustración del niño, pues obstaculiza que acceda al objeto real de su deseo, el seno materno. Sobre este objeto dice que, “puede empezar a ejercer su influencia en las relaciones del sujeto mucho antes de que haya sido percibido como objeto [...] Sólo en función de una periodicidad en la que pueden aparecer agujeros y carencias, podrá establecerse cierta forma de relación del

¹³⁰ Jacques Lacan, “Seminario Libro 4: La relación de objeto”. *op. cit.*, 74

¹³¹ *Ibíd.*, 75

¹³² *Ibíd.*, 75

sujeto que no requiere en absoluto admitir, ni siquiera por su parte, distinción de un yo y un no yo"¹³³; el niño, aún sin diferenciar entre los objetos, vivencia la falta de estos sin atribuir, claro, a dicha falta el significante de abandono o carencia.

Al hablar de la frustración como una forma de la falta señalada por Lacan, primero es necesario subrayar que, el *infans* "se encuentra en una posición de deseo con respecto al seno como objeto real" ¹³⁴. Si bien el objeto de la frustración es real, Lacan reitera que la falta en la frustración es imaginaria, algo que muestra desde una relectura de Winnicott, quien afirma lo siguiente: "si todo va bien, el niño no tiene forma de distinguir lo que corresponde a la satisfacción basada en la alucinación a priori vinculada con el funcionamiento del sistema primario, y la aprehensión de lo real que lo colma y lo satisface efectivamente. Por lo tanto, se trata de que la madre enseñe progresivamente al niño a experimentar las frustraciones y, al mismo tiempo, a percibir, en forma de cierta tensión inaugural, la diferencia que hay entre la realidad y la ilusión. **Esta diferencia sólo puede instalarse por vía de una desilusión**, cuando, de vez en cuando, la realidad no coincide con la alucinación sugerida del deseo"¹³⁵; desde estas líneas podemos distinguir que, el niño no diferencia, inicialmente, entre la satisfacción alucinada de la que lo satisface en la realidad; la ausencia (sobre un fondo de presencia), el más-menos, marca una diferencia en la relación del sujeto con el objeto pues es la vía a la **desilusión**, la cual, reitera su importancia de que ocurra de manera progresiva, tal como es imprescindible que ocurra la falla progresiva de los cuidados.

Lo anterior señala que, el par presencia-ausencia (pero principalmente la ausencia o el cambio del ritmo de dicha alternancia) da paso a la falta del objeto desde la frustración y al encuentro del sujeto con la desilusión; esta no solamente por la imposibilidad de acceder al objeto, sino por que a través del cambio del ritmo de las idas y venidas de la madre surge el interrogante sobre lo que ella desea, y en este camino, el develamiento de su falta; así, descubre que el Otro está incompleto y, que, en suma, eso que le falta lo va a buscar a otro lado.

En el intervalo más-menos también hay algo nodal que conduce al registro de lo simbólico, el llamado al otro en su ausencia. Es dicha ausencia la que da apertura al llamado, a la palabra y a la introducción del sujeto en el lenguaje; solamente cuando ella

¹³³ *Ibíd.*, 68.

¹³⁴ *Ibíd.*, 64.

¹³⁵ *Ibíd.*, 36-37. El resaltado es mío.

se ha marchado es que emerge el *fort* (se fue), acompañado posteriormente del *da* (acá está); dicho esto en palabras de Lacan, "en la oposición del más y el menos, presencia y ausencia, está ya virtualmente el origen, el nacimiento, la posibilidad, la condición fundamental, de un orden simbólico"¹³⁶, y la aparición de la madre como agente de la frustración, como agente de dicha falta; una de las tres formas propuestas por Lacan, las otras dos son la castración y la privación.

Ahora bien, **¿qué ocurre si dicho agente no responde, si no atiende a la llamada del niño?** Dice Lacan que la madre como agente simbólico cae, cambia de estatuto y pasa a ser real; esto significa que, "si antes estaba inscrita en la estructuración simbólica que hacía de ella un objeto presente-ausente en función de la llamada, ahora se convierte en real [...] Hasta entonces existía en la estructuración como agente, distinto del objeto real que es el objeto de satisfacción del niño. Cuando deja de responder, *cuando de alguna manera responde a su arbitrio*, se convierte en real, es decir, *se convierte en una potencia*"¹³⁷. Desde su función como potencia le permite al niño el acceso a los objetos del mundo, puesto que, el objeto hasta entonces real, articulado a una satisfacción real, ahora pasa a ser objeto simbólico y adquiere valor de don del amor de la madre. Dice Lacan en sus palabras que este objeto, "vale como testimonio del don proveniente de la potencia materna. El objeto tiene desde ese momento dos órdenes de propiedades de satisfacción, es por dos veces *objeto posible de satisfacción* - como antes, satisface una necesidad, pero también simboliza una potencia favorable"¹³⁸; siguiendo estas líneas podemos concluir que el objeto de la satisfacción, el seno, no solamente es un objeto que satisface desde lo nutricional al bebé, ahora, como objeto de don, simboliza el amor de la madre; es el objeto de la demanda.

Este punto arroja luz sobre la relevancia de la falla y el lugar de la falta en el terreno de los cuidados, pues indica que una de las funciones maternas consiste en *dar paso a la llamada* del niño propiciada por el cambio del ritmo de la alternancia presencia-ausencia. También muestra que es necesario que opere la no respuesta a dicho llamado, pues al no responder, la madre como agente de la frustración, como agente simbólico, pasa a ser potencia (pasa a ser real), generando así efecto de apertura y acceso del niño a los objetos del mundo; la caída del otro como agente simbólico es algo primordial que

¹³⁶ *Ibíd.*,70.

¹³⁷ *Ibíd.*,70. Las cursivas son mías.

¹³⁸ *Ibíd.*,71. Las cursivas son mías.

permite al niño acceder a los objetos al entrar en la metonimia del objeto; hablamos aquí del Otro como . A

Desde esta perspectiva podemos considerar que, el terreno de los cuidados incluye la «no respuesta» del otro a la llamada del niño, algo que Lacan señala de la siguiente manera: “*cuando deja de responder, cuando de alguna manera responde a su arbitrio, se convierte en real, es decir, se convierte en una potencia*”¹³⁹; entre otras cosas, dicha afirmación muestra que la madre ha estado, ha respondido, pero que, justamente, al hacer valer su arbitrio y dejar de responder de un momento para otro, da paso al interrogante en el niño por lo que ella desea; para el niño, ella puede estar y no estar, responder o no, a veces quererlo, y a veces no. De esta manera con su no respuesta se introduce ahí su amor, y en el trasfondo, el deseo.

Ahora bien, bajo la óptica del psicoanálisis que la madre atiende o no al llamado (que supone le dirige el niño) – que responda o no-, no es algo que ocurra de manera intencional, consciente; por más presta que esté en responder a todo, inevitablemente fracasará, fallará al dar sus cuidados suponiendo lo que no es, dando por ejemplo el pecho cuando no lo tiene que dar, pero sobre todo, y esto es lo más importante, tendrá que ausentarse y que regresar; si todo va más o menos bien, la madre se ausentará para regresar y no sólo por algún azar, sino porque siente que otra cosa, que algo quiere su presencia que no es ya el bebé.

Contrario a esto, del lado de una respuesta totalitaria a la necesidad o la presencia absoluta del otro procurando el «éxito de los cuidados», se da el obstáculo para que opere todo lo que ya mencioné ocurre como efecto del rompimiento del par presencia-ausencia; fondo sobre el cual se dan los cuidados. Es preciso entonces que se de lugar a la frustración, al intervalo presencia-ausencia, al cambio de ritmo de esta alternancia, y a la falla en la respuesta del otro que evidencia su arbitrio, su capricho; que el niño no acceda a su objeto.

Respecto a esto hemos reiterado en diferentes momentos que, prodigar los cuidados al bebé no consiste únicamente en responder al requerimiento de sus necesidades, también involucra dar cabida a su demanda y deseo; los cuidados que realizan la acción específica para el bebé, no existen por sí mismos sino que están inscritos en el lenguaje, es decir, en la demanda y el deseo en la relación con el Otro.

¹³⁹ *Ibíd.*,70. Las cursivas son mías.

Si el deseo, tal como lo demuestra Lacan y Freud, se define por su insatisfacción, esto implica que, para que el sujeto viva y no sea destituido, algo de las demandas y del deseo debe quedar insatisfecho; urge, entonces, *la incompletud, la falta en el sujeto* para que este exista, esa que se da por efecto de la falla en los cuidados prodigados por el prójimo cuando aún es un organismo desválido, que no puede sostenerse por sí mismo para sobrevivir.

En oposición a dicha urgencia, encontramos los cuidados recalcitrantes de la madre toda madre, de aquella omnipresente que no da espacio a la falla, a la falta; estos serían la manifestación de un problema serio para la constitución del sujeto, ya que ella intentará responder a todas las demandas del bebé -así su respuesta sea errada- no dando espacio al hecho determinante de la intermitencia: dejar de responder, para responder de nuevo y así relanzar el juego simbólico de más y menos, de presencia y ausencia; de otro lado, esto indica que es necesaria la falla de los cuidados soportada en la alternancia de la madre, por el rompimiento de su ir y venir.

Ya hablé anteriormente de la frustración, del paso del agente simbólico al real, como potencia y, del objeto real, al simbólico como don, que será don de amor de la madre, del Otro primordial. Dijimos que, el rompimiento del ritmo del par presencia-ausencia sobre el que se dan los cuidados es esencial para el advenimiento del sujeto como efecto del lenguaje. La frustración del acceso a los objetos termina, entonces, significando la imposibilidad de obtener el amor del Otro; en suma, es una frustración de amor, no es una falta relacionada con la insatisfacción sino con la pérdida del Otro, dado que los objetos, que antes eran objetos de la necesidad, pasan a ser objetos de la demanda de amor a la madre. Sobre ella, vale la pena resaltar que, “por más que haga, que atiborre o que prive, que se preocupe o que desatienda, sea por sus rechazos o por sus dones, ella es la figura de las primeras angustias. Esto es una gran verdad clínica: la figura de las primeras angustias con un doble matiz, una obscura amenaza y un insondable enigma. Amenaza y enigma se reparten aquí. Por eso *las faltas de la madre* están siempre presentes en el corazón del discurso del inconsciente”¹⁴⁰.

¿Cómo conceptualizar la negligencia teniendo en cuenta las formas de la falta propuestas por la teoría lacaniana? ¿Cuáles no respuestas de la madre podrían estar relacionadas con el descuido del prójimo, la negligencia? En dirección a la solución de

¹⁴⁰ Colette, Soler. “Declinación de la angustia” (Bogotá: Gloria Gómez, 2007) Pág., 137.

estas preguntas, quisiera iniciar explicando que Lacan desarrolló la teoría de las tres formas de la falta de objeto: castración, frustración y privación, para poner de relieve que el sujeto está incompleto y, que, aquello a lo cual no pudo acceder, le fue negado y renunció, es la vía para su devenir como tal; su lugar en el mundo, por lo tanto, y su relación con los otros es desde la falta, desde la pérdida que dio paso a su deseo; pérdida que está de manera inexorable en todo sujeto introducido en el lenguaje dado que la falta primordial es constitutiva del deseo; al decir de Lacan, la falta del objeto "no es negativa sino el mismo motor de la relación del sujeto con el mundo" ¹⁴¹.

Ahora bien, adicional a la falta desde la frustración, Lacan habló de otras formas de falta: la castración y la privación, las cuales no son equivalentes y se diferencian desde los agentes que operan, el tipo de objeto y el tipo de falta; lo esencial de estas es que también están en la vía de la constitución del sujeto, y por lo tanto es necesario que se den.

Para efectos de lo que me interesa hablar en este apartado, quiero resaltar que la falta en la madre es la que permite operar la articulación entre castración, frustración y privación, dado que desde dicha falta estructural ella ubica al niño en un lugar conforme a su deseo. Ante esta formulación surge la pregunta, ¿cuándo los cuidados y las acciones específicas de la madre son indispensables y cuándo, al contrario, saturan al bebé impidiéndole la demanda y el deseo y por ende la existencia del sujeto? La respuesta más sencilla es: cuando no da lugar a la falta. Si, por ejemplo, desde la castración no da paso a la función del padre poniendo al niño imaginariamente como el falo, haciéndolo parte integral de ella condenado a ser su pitilín. O desde la privación no da paso a la interdicción del padre imaginario, a la separación entre ella y el niño.

Puesto que la presencia absoluta del Otro tendría como resultado el rotundo éxito de los cuidados, a costa de la obstrucción de la constitución del sujeto, de la inscripción de la falta y del deseo, es necesario que se dé la separación madre-hijo, la renuncia de la madre por ubicar al niño en el lugar de objeto de su goce, de su deseo. No se trata de renunciar en dar los cuidados al niño, sino de ceder en su deseo de ser toda-madre y hacer de ese niño su objeto de goce; de darle un lugar desde su falta.

Para cerrar este apartado vale la pena precisar que por estructura hay siempre un fallo inherente en los cuidados debido al malentendido, al equívoco por efecto del

¹⁴¹ Jacques Lacan, "Seminario Libro 4: La relación de objeto". *op. cit.*, 38.

lenguaje y, a la falta estructural en el sujeto, pero que más allá de este, para la constitución del sujeto, para articular la falta en sus diferentes modalidades incluida la castración, es clave que la madre se ausente, y con ella sus cuidados (por lo menos los de ella); que se ausente y regrese, que haya intervalo.

3.3 Los atributos de la falla en los cuidados

Considerando lo dicho anteriormente, podemos afirmar que, es necesario relativizar el carácter nocivo de la falla del prójimo y el fracaso de los cuidados, ya que por más presto que esté para alcanzar (o sustraer) el objeto del cuidado al *infans*, por su constitución como sujeto del lenguaje inexorablemente fracasará en la lectura de su estado; fracaso necesario para el advenimiento del sujeto.

Adicional a esto, quiero resaltar que, en la entrega de los cuidados del prójimo al *infans* la falla puede darse a pesar de su buena voluntad o experiencia, ya que este hace parte de un complejo que lo ubica como la fuente tanto del placer como del displacer; esto implica que no todas las acciones de los cuidados producen efectos placenteros, también pueden generar sensaciones de displacer relacionadas con el dolor. Como algunos ejemplos podemos mencionar la situación de un niño que al sufrir una raspadura es atendido por su cuidador quien limpia o lava su herida con desinfectantes; el bebé que debe tomarse un horrible jarabe produciéndole molestia; o al quitarle tal o cual objeto con el que disfruta al meterlo en la nariz o en el oído, con riesgo de que se le quede adentro. Estas acciones de los cuidados que están acompañadas por sensaciones de displacer, permiten concluir que, el resultado de estos no solamente tiene efectos placenteros como efecto de la reducción de la tensión, también incluyen el aumento de esta y la sensación de displacer.

Otro asunto a contemplar es que, si en el encuentro primordial con el Otro (como lo vimos en el capítulo 1, a propósito del complejo del *nebenmensch*) están presentes tanto lo íntimo, propio y familiar, como lo ajeno y extraño, podemos colegir que la falla en los cuidados es algo inevitable, y que el prójimo está hecho para fallar en su tarea de cuidador, afirmación que nos conduce a plantear los siguientes interrogantes: ¿cuándo se puede decir que los cuidados son un éxito o un fracaso?, y, ¿cuándo podemos hablar del fracaso del prójimo y de la falla de los cuidados? Para aclarar un poco estos cuestionamientos, es necesario subrayar que existe, por un lado, la falla o el fracaso en los cuidados, y por otro *la pretensión* del éxito de éstos.

Hasta ahora he hablado más de la falla en los cuidados, la cual contribuye al surgimiento del sujeto; en este momento quiero resaltar que el éxito tendría como consecuencia el efecto contrario, es decir, atentaría contra lo constituyente del sujeto. Miremos esto con más detenimiento: la falla, la cual no se correlaciona necesariamente con la ausencia de la madre (ya que ésta puede estar presente y fallar), hace parte del complejo del prójimo y por lo tanto ocurre, tal como se mencionó en párrafos anteriores, más allá de su buena voluntad y experiencia; el éxito absoluto en los cuidados va en contra de la constitución del *infans*, ya que involucra el deseo devorador de la madre y sus demandas, obturando el paso a la falta y al deseo en el sujeto.

Hablar de la falla en los cuidados también nos direcciona a exponer nuevamente el asunto de la acción específica (desarrollada en el capítulo 1), ya que hablar de dicha falla podría movernos a pensar en la falla de dicha acción ¿Es posible que exista una falla en la acción específica?, y ¿fallar en la acción específica significa fallar en los cuidados?

Para intentar esclarecer la relación entre estos dos conceptos -falla y acción específica- es preciso mencionar lo que Freud resaltó en el *Proyecto de Psicología* sobre su finalidad; “una cancelación de estímulo sólo es posible mediante una intervención que elimine por un tiempo en el interior del cuerpo el desprendimiento {desligazón} de Q_n , y ella exige una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como *acción específica*, sólo se puede producir por caminos definidos [...] Esta sobreviene mediante *auxilio ajeno*: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño”¹⁴². Estas líneas muestran que dicha acción consiste en una intervención en el mundo exterior por parte del prójimo para proveer, suministrar o sustraer el objeto que contribuye en la disminución de la tensión o excitación en el bebé. Se podría decir que dichas intervenciones son acciones que se relacionan con los cuidados, y uno de sus resultados es la vivencia de satisfacción o la de dolor. Adicional a esto, es fundamental recalcar que la falla de los cuidados, en alguna medida, es algo necesario (pero no suficiente) para lograr lo estructurante en el sujeto, lo cual significa que en el contexto asociado con éstos están presentes las dos vivencias, de satisfacción y de dolor.

¹⁴² Sigmund Freud, “Proyecto de psicología para neurólogos”. *op. cit.* 362.

Sobre la falla de la acción específica desde la anterior cita de Freud, podemos deducir que la acción específica no se efectúa cuando el prójimo no realiza una acción puntual que genere el efecto de descarga de tensión en el bebé. En dicho caso, habría que señalar si la falla fue efecto de la lectura errada que realizó el prójimo del llanto y grito del bebé.

Lo que quiero señalar desde las líneas anteriores, es que la falla de la que se habla en el terreno de los cuidados, alude a un equívoco de la lectura del prójimo en la trasmutación del grito del niño; uno tal, en el que el psiquismo del bebé no es puesto en riesgo, ni el sostenimiento biológico, ni la supervivencia; ¿cuándo estaría en riesgo la constitución de su subjetividad? Es la pregunta que suscita el orden de las ideas desarrolladas hasta ahora.

Una posible respuesta la podemos encontrar desde el siguiente planteamiento: si la falla es inevitable, por cuanto el que realiza la trasmutación del grito es el sujeto inscrito en el lenguaje (lo cual sugiere que los cuidados fallarán) el problema (por llamarlo de alguna manera) no está en la falla sino en otra cosa diferente: lo que pone en riesgo algo de la constitución del sujeto; hablo aquí del éxito o la búsqueda del acierto a lo que la madre asume le dirige el bebé, pues, tal como se mencionó en líneas atrás, dicho éxito es un obstáculo para que opere la demanda y el deseo en el sujeto; ¿cuál podría ser el resultado de esto? Un ejemplo -quizá osado- que me atrevo a mencionar sobre estos sujetos a quienes los cuidados han sido todos resueltos, son los autistas. No estoy diciendo que exclusivamente el resultado sea este, ya que hacerlo sería un atrevimiento de mi parte ante un tema del cual, aún se está escribiendo e investigando, digo que quizá, un posible resultado es este.

3.4 La madre como ausencia: alienación-separación

Sin duda, como ya vimos, el cambio del ritmo del ir y venir de la madre es puesto de relieve por Lacan como parte fundamental de la función materna para que la ley del padre medie en la ligazón madre-hijo-falo. Desde su planteamiento, “ella es el primer objeto simbolizado, y su ausencia o su presencia se convertirá para el sujeto en el signo del deseo al que se aferrará su propio deseo, y que hará o no de él, no simplemente un niño satisfecho o no. Sino un niño deseado o no deseado”¹⁴³; lo que el niño desea no es

¹⁴³ Jacques Lacan, “Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente”. *op. cit.*, 265.

a la madre, sino ser el deseo de ella. Esto lo lleva a elaborar todo un proceso sobre sus idas y venidas, o más precisamente sobre su ausencia y presencia, asunto del cual Lacan planteó lo siguiente, “¿qué desea el sujeto? No se trata simplemente de la apetición de los cuidados, del contacto, ni siquiera de la presencia de la madre, sino de la apetición de su deseo”¹⁴⁴.

A partir de Freud (a propósito del juego simbólico del *fort-da*) encontramos las primeras explicaciones de lo que, en cierto momento, podría acontecer en el bebé enfrentado a la ausencia sobre el fondo de presencia de la madre y su aparición después de cierto tiempo. Si bien con este juego -del que ya hablé en apartados anteriores- mostró que la insistencia en repetir un acto que no es placentero (como la pérdida de su objeto amado) tiene de base el placer que recibe con la aparición del objeto ausente (la aparición del carretel), Lacan va más allá de esto, señalando ahí el efecto de dos operaciones fundamentales para la causación del sujeto, estas son: la alienación y la separación.

Desde este juego infantil el niño es quien domina la situación al disponer de los elementos y construir una estrategia psíquica para mediar con la insoportable desaparición de la madre. Sumado a esto, Freud mencionó un punto esencial que considero importante precisar del que no hablé anteriormente: el bebé asume que así como la madre desapareció él también ha desaparecido; dicho esto en sus palabras: “un día que la madre había estado ausente muchas horas, fue saludada a su regreso con esta comunicación: «¡Bebé o-o-o-o!»; primero esto resultó incomprendible, pero pronto se pudo comprobar que durante esa larga soledad el niño había encontrado un medio *para hacerse* desaparecer a sí mismo. Descubrió su imagen en el espejo del vestuario, que llegaba casi hasta el suelo, y luego le hurtó el cuerpo de manera tal que la imagen del espejo «se fue»¹⁴⁵; en las palabras subrayadas notamos que en la desaparición o borramiento de sí mismo, él opera como agente, por eso dice Freud: «hacerse desaparecer así mismo». Este transitivo, «hacerse», equivale a una acción que tiene como efecto ser algo diferente de lo que es; en este caso, podríamos decir que no solamente la imagen del niño se va, sino que él mismo pasa a ser ausencia.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, 188.

¹⁴⁵ Sigmund Freud, “Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del Yo”, en *Obras completas*, Vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992) Pág., 15. Las cursivas son mías.

Adicional a esto, encontramos aquí un punto que Lacan (1964) puso de relieve en su Seminario 1: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, del cual es necesario hacer precisión, este es: la constitución del sujeto en el campo del Otro; nacemos alienados al Otro, de esto depende no solamente la subsistencia biológica del *infans*, también su existencia como sujeto y, como tal, de su división necesaria. Al hablar del *fort-da* puntualizó lo siguiente en relación con la alienación: “el ejercicio con ese objeto se refiere a una alienación y no a un presunto dominio, sea cual fuere, que mal podría aumentar una repetición indefinida, cuando la repetición indefinida de que se trata pone de manifiesto la vacilación radical del sujeto”¹⁴⁶. Lacan señaló (de manera opuesta a Freud) que el niño no repite dicha situación por la ganancia de placer que obtiene al hacer aparecer el objeto con el que profiere la expresión *Da* (acá está), o porque pasa de un papel pasivo a uno activo ejerciendo un dominio sobre la vivencia penosa que le resultó la ausencia de la madre; en las palabras que resalto de la referencia, Lacan da a entender que todo el ejercicio con ese objeto es efecto de la alienación del sujeto con el Otro y no un presunto dominio resolutivo a la falta de la madre.

Lacan también señaló que en el *Fort-Da* está en juego la constitución de la subjetividad como efecto de la entrada del sujeto al campo del Otro y, al sometimiento de su deseo por el deseo del Otro. Cuando el niño lanza el objeto que tiene en sus manos, el cual, “es como un trocito del sujeto que se desprende pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo”¹⁴⁷, este pasa al límite de su dominio y cae en el foso dibujado por el trazado centrífugo que ha creado la ausencia de la madre; desde ese más allá que es su propio espacio (su cuna, su dominio), el objeto, que es como un trozo amputado del cual se desprende, es traído al campo en el que surge como sujeto dividido por efecto de la cadena significativa, el campo del Otro. Dicho con palabras de Lacan, “el sujeto nace en tanto que en el campo del Otro surge el significante. Pero debido justamente a este hecho, eso que antes no era nada, nada sino sujeto a punto de advenir, queda fijado como significante [...] por nacer con el significante, el sujeto nace dividido”¹⁴⁸.

Ahora bien, al hablar del sentido de la grieta (de la hiancia utilizando el término de Lacan) como algo fundamental en el sujeto, vale la pena evocar a Giorgio Agamben (2002) en su libro *Lo abierto: El hombre y el animal*, donde postula que existe una

¹⁴⁶ Jacques Lacan, “Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. *op. cit.*, 247. El resaltado es mío.

¹⁴⁷ *Ibíd.*, 70.

¹⁴⁸ *Ibíd.*, 206-207.

“frontera móvil”¹⁴⁹, una cesura en la que algo del hombre viviente cae para efecto de su humanización, es decir, para el surgimiento del hombre hablante. Este autor precisa que, en el viviente, están las dos posibilidades: lo humano y lo animal; con la caída en la cesura de lo no-humano prevalece su humanización; nos dice de manera precisa, “sin esta íntima cesura, probablemente no sea posible la decisión misma sobre lo que es humano y lo que no lo es”¹⁵⁰. Con la parte que cae en la grito, en la falla, se humaniza el viviente (utilizando el término de Agamben); lo opuesto de esto sería lo no-humano, la parte animal. Ahora bien, *desde el terreno de los cuidados quizá podríamos suponer que esta parte no-humana hace referencia a lo que puede emerger de aquél infans que está ante la presencia totalitaria de la madre, ubicado como puro objeto de goce.*

La segunda operación que encontramos en el camino a lo constituyente del sujeto, es la separación. De esta afirmó Lacan que se da como resultado del interrogante por el deseo del Otro, conduciendo al desamarre del sometimiento del sujeto a dicho deseo. Si bien, “no hay sujeto sin que haya, en alguna parte, *afanisis* del sujeto, y en esa alienación, en esa división fundamental, se instituye la dialéctica del sujeto”¹⁵¹, *el sujeto tendrá que encontrar la manera de zafarse de la demanda y del deseo del Otro*; ahora bien, esto en el terreno de los cuidados es algo nodal pues significa, en cierta medida, *que el sujeto buscará hacer fracasar los cuidados*, en otras palabras, esto es algo que alude a buscar el descuido del Otro.

¿Cómo podría el bebé, de manera inconsciente, lograr dicho fin esencial de modo que algo de su existencia pueda quedar a salvo del deseo apabullante de la madre? Si bien es necesario que ella, como la madre de los pequeños cocodrilos que carga en su boca, tal como dice Lacan, “habiéndolos apetecido en un primer momento, haya renunciado a tragárselos dejando de lado la tentación de cerrar la boca”¹⁵², desde el punto de vista del niño también es necesario que acontezca una renuncia a ser el deseo de la madre, su falo o pitilín.

Esta renuncia trae de suyo oponerse también a sus demandas; dicho esto en palabras de Lacan, “en el nivel de la demanda, hay entre el sujeto y el Otro una situación

¹⁴⁹ Agamben Giorgio, “Lo abierto: El hombre y el animal” (2002) (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2006) Pág., 35.

¹⁵⁰ *Ibíd.*, 35.

¹⁵¹ *Ibíd.*, 229.

¹⁵² Tomas Silvia, “La Función materna: El Otro como maître en las encrucijadas de la subjetividad”. *op. cit.*, 31.

de reciprocidad. Si el deseo del sujeto depende por entero de su demanda al Otro, lo que el Otro demanda, depende también del sujeto. Esto se expresa en las relaciones del niño con la madre por el hecho de que *el niño sabe muy bien que tiene algo que puede rehusarle a la demanda de la madre, negándose por ejemplo a acceder a los requerimientos de la disciplina excremental*¹⁵³; quiero con esto poner de relieve que, si bien la ley del padre opera como interdicto del incesto en la relación madre-hijo, en la elección de identificación que el niño realiza con las insignias del padre como salida del Complejo de Edipo, desde la postura del hijo podríamos suponer que este hace algo para intentar escabullirse del deseo de la madre. Así lo muestra Lacan en la anterior referencia al expresar que el niño conociendo el deseo de la madre, se niega a acceder a sus requerimientos, a su demanda.

El ejemplo que nos proporciona Lacan, es el del niño que está en edad de dominar o controlar sus esfínteres; la madre quien ha tomado un tiempo para dar a conocer su requerimiento (mostrándole el espacio donde debe depositar lo que ella le solicita), espera que éste le comunique de alguna manera su disposición para ir al baño. Cuando el bebé logra articular «pipi o caca» y, le extiende sus brazos, ella le hace ver de alguna manera su agrado. Miremos con más detenimiento esta escena:

En un primer momento, diremos que esta situación no se reduce al dominio de los esfínteres como un proceso meramente cognitivo de aprendizaje en el que el niño hace lo que la madre quiere para hacerla feliz, para complacerla. Más allá de esto, de ser un requerimiento, una petición para obtener el excremento del niño, lo que se postula es que la demanda de la madre es demanda de amor; aquí también es esencial recordar que dicha demanda pone en juego algo del deseo de la madre, que, en suma, es acceder a lo que le falta, el falo. Podemos ver, entonces que, cuando el niño niega entregar su excremento, sus desechos a la madre, en realidad lo que hace es intentar escabullirse de su demanda y del lugar en el que ésta le ha ubicado como objeto fálico.

A propósito de la separación del Otro, del rechazo del niño a la demanda del Otro, podemos añadir algo crucial sobre los cuidados tomando como referencia lo señalado por Lacan en el Seminario 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Recordemos que ahí, hablando del juego simbólico del *fort-da*, dijo que el bebé está representado en el carretel y que él mismo, como en una suerte de automutilación, se

¹⁵³ Lacan, Jacques. "Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente". *op. cit.*, 376. Las cursivas son mías.

arroja fuera o arroja una parte de sí. Ese «hacerse» – ya que es él quien lanza dicho carretel- habría que entenderlo literalmente; ahí el bebé, a través de la introducción del corte del lenguaje, *se hace, se construye, se fabrica en esa pérdida*; esto, en términos de cuidados plantea el asunto del bebé activo. Cuando él mismo «lanza el alimento fuera del plato», «bota la papilla», en suma, se desprende de los cuidados para «hacerse»; así, de alguna manera al rechazar los cuidados él mismo se le sustrae a la madre, llegando a establecer incluso cierta alternancia: ahora sí quiso, ahora no se le dio la gana, planteándole -en cierta medida- dificultades a la madre.

3.5 Una aproximación a la conceptualización de los cuidados

Antes de finalizar este capítulo, quiero hilar algunas características mencionadas hasta ahora sobre los cuidados, para tratar de llegar a una posible conceptualización de estos desde la teoría psicoanalítica. La intención no es volver a hablar sobre lo dicho hasta ahora, más bien, tomar lo explorado como soporte para llegar a un primer planteamiento de este tema esencial.

En el capítulo 1 hablamos del encuentro primordial que mencionó Freud en su *Proyecto de psicología* y resaltamos que ahí, en ese primer acercamiento del sujeto o prójimo con el organismo humano que acabó de nacer se encuentra lo fecundo o nodal para el advenimiento del sujeto. Hablo aquí del surgimiento del sujeto y no de su supervivencia biológica, esto es preciso resaltarlo dado que los cuidados (ya lo sabemos) van más allá de suplir necesidades nutricias. Estamos hablando de dos tipos de nacimiento, por así decirlo, uno biológico y otro el de la subjetividad. Una madre puede dar a luz a un bebé, pero nada garantiza que ahí, en ese cuerpo vivo emerja una subjetividad tal como la conocemos. Ejemplo de esto son los niños con autismo o marasmo; para que emerja el sujeto en ese cuerpo vivo, es necesario que se den ciertas cosas dentro del contexto de los cuidados, principalmente que la madre ubique al niño en el lugar de su deseo y, a través de este signifique su grito en un llamado.

No es suficiente que el prójimo (la madre o su sustituto) le alcance el seno o el biberón al bebé, o que esté presente en todo momento si no lo nombra y no lo involucra en su demanda y deseo. Me explico; cuando el auxiliador acude a aquello que considera un llamado emitido por el bebé, cuando le atribuye una demanda, en realidad lo que hace es asignarle una voz y un querer.

Cuando lee el grito del niño, lo hace desde su deseo; ella, en suma, desea que ese otro puesto enfrente, logre ser sujeto, logre desear. Es importante tener presente que esta es la apuesta de la madre por la subjetividad del bebé, algo que es parte sustancial dentro del terreno de los cuidados pues es lo que la moviliza a prodigarlos; dicha apuesta, lo vemos, es sostenida por el deseo materno y tiene las más hondas repercusiones en el *infans*, pues, a partir de su deseo ella le atribuirá al organismo que siente en su vientre, una subjetividad y un cuerpo con el cual fantaseará. Sin esto lo más probable es que se abstenga de buscarle un nombre, preparar todas las cosas necesarias para recibirlo, y prodigarle como tal sus cuidados.

Constatamos entonces que los cuidados no solamente inician desde que el niño es dado a luz, también podríamos decir que estos involucran que la madre (o prójimo) le asigne un nombre al bebé, e incluso prepare todo el escenario para su recibimiento. El involucramiento de la madre con el hijo comienza desde una relación imaginada con la construcción del cuerpo del niño que ella funda a partir de su deseo. Hacia dicho cuerpo imaginado la madre le dirige lo que la psicoanalista Piera Aulagnier llamó “sombra hablada”¹⁵⁴; nos dice en sus palabras, “precediendo en mucho al nacimiento del sujeto, hay un discurso preexistente que le concierne: especie de sombra hablada y supuesta por la madre hablante, tan pronto como el *infans* se encuentre presente, la proyectará sobre su cuerpo y ocupará el lugar de aquél al que se dirige el discurso del portavoz [...] En un primer momento, el discurso materno se dirige a una sombra hablante proyectada sobre el cuerpo del *infans*. Ella le demanda a este cuerpo cuidado, mimado, alimentado, que confirme su identidad con la sombra”¹⁵⁵. A partir de esta sombra hablada ella le dirigirá un discurso al bebé cuando este está en su vientre e imaginará un cuerpo al que incluso le asignará un sexo, ideales, gustos, y todos los significantes de su propio discurso.

Desde esta sombra hablada ella cree saber lo que el niño requiere o necesita; incluso después de su nacimiento buscará una correspondencia entre esta y el cuerpo imaginado del *infans*. A partir de la sombra hablada interpretará sus movimientos, sonidos, gesticulaciones, haciendo de estas un mensaje; al respecto Piera Aulagnier dice que, “la madre designa a las funciones corporales un valor de mensaje, veredicto de lo

¹⁵⁴ Castoriadis-Aulagnier, “la violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado”. *op.cit.*, 119.

¹⁵⁵ *Ibíd.*, 118.

verdadero o de lo falso del discurso mediante el cual ella le habla al *infans*; en todos los casos, su autonomía puede ser experimentada como negación de la verdad de un discurso que se pretende justificado por el saber materno acerca del cuerpo del niño, de sus necesidades, de su expectativa”¹⁵⁶.

Poner en el bebé un deseo hace que la madre exprese, entre muchas otras cosas, lo siguiente: el bebé quiere tete, quiere abrigo, o está cansado y quiere dormir, incluso, puede formular preguntas como ¿qué quiere el bebé? En todo caso, atribuirle una voz muestra que ahí, en ese organismo humano reconoce a un sujeto. Esto es fundamental dado que dirigirle unos significantes a su grito, llanto o berreo, apunta a darle un lugar y, con eso hacerlo receptor de sus cuidados involucrados en el sistema de la demanda.

Esto nos advierte, una vez más, que los cuidados no consisten únicamente en alcanzar o sustraer el objeto de la necesidad (cobija, biberón etc.), lo crucial de ese conjunto de acciones es que están acompañadas de las manifestaciones del deseo, de la voz, la mirada, la caricia de la madre que lo sostiene y abriga con sus palabras, ella lo nutre no sólo con el alimento sino con su afecto; diremos entonces que ahí, en ese trozo de carne, ella ve a un sujeto que le demanda cosas, lo que significa que le asigna, incluso, un deseo que cree le está dirigido a ella.

Sumado a esto diremos que la trasmutación del grito en mensaje ratifica que “la madre no es meramente la que da el *seno* [*sein*], sino también la que da la *signatura* [*seing*] de la articulación significante. Esto no sólo depende del hecho de que hable al niño, ya que es muy obvio que le habla mucho antes de poder suponer que entiende algo, así como él entiende algo mucho antes de lo que ella se imagina”¹⁵⁷. Darle un sentido, un mensaje a su grito es una acción esencial para que el auxiliador se movilice en función del bebé desvalido y que dé el objeto, no como mero objeto de la necesidad, sino como don, objeto de la demanda incluido en el orden simbólico. Sin embargo, no significa que dichos cuidados sean siempre exitosos.

Con todo lo anterior, vemos que la definición de los cuidados, desde la teoría psicoanalítica, es diferente al uso común de la palabra. Para conocer un poco de qué va esta diferencia traeremos su significado etimológico; esta viene del latín *cogitare* y significa “pensar [...] prestar atención (a algo o a alguien), asistir (a alguien), y poner

¹⁵⁶ *Ibíd.*, 120.

¹⁵⁷ Jacques Lacan, “Seminario Libro 6: el deseo y su interpretación”. *op. cit.*, 41.

solicitud (en algo)”¹⁵⁸. Para el psicoanálisis, y según nuestro recorrido a lo largo de este capítulo, lo esencial en la conceptualización de los cuidados es que apuntan no solo a «poner solicitud o prestar atención», sino que permiten la humanización y el advenimiento del organismo humano como sujeto.

4. Capítulo 4 ¿Mujer=madre?

4.1 La pregunta por la mujer y la madre desde el psicoanálisis

Este apartado se centra en lo fundamental de las aportaciones de Freud y Lacan a la conceptualización de la mujer; el camino es amplio y conduce a diversos temas como la construcción de la identidad sexual, el deseo de la mujer y de la madre, y el goce de lo femenino, entre otros muchos temas. Abarcarlo todo implicaría un trabajo amplio y profundo, teniendo en cuenta la teoría y la construcción histórica entre el psicoanálisis y lo femenino, motivo por el cual se dará mayor relevancia a mencionar asuntos que se relacionan con la pregunta central que guía mi tesis.

Iniciar este capítulo hablando sobre la pregunta por la mujer desde el psicoanálisis tiene la intención de esclarecer si, ¿ser mujer implica a la vez ser madre? ¿Cómo se involucra el deseo de la mujer en la relación madre-hijo? y, ¿cómo se relaciona el deseo de la mujer con la función materna y el terreno de los cuidados?

Desde el psicoanálisis la pregunta por la mujer es un interrogante sobre el querer de la mujer (su deseo y goce) y no lo que ella significa, es decir, no busca conceptualizar qué es una mujer; más bien, es un interrogante formulado de la siguiente manera, ¿qué quiere una mujer? Esta es una pregunta nodal para este discurso del cual su precursor no pudo articular una respuesta puntual; lo que encontramos en la construcción de la teoría psicoanalítica, es que Freud se ocupó de cómo sucede o surge lo femenino. Así lo expuso en su *conferencia nº 33 La feminidad* (1933) en su texto *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*, en donde dice lo siguiente: "el psicoanálisis, por su

¹⁵⁸ Corominas Joan. "Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana" (1954). Vol I (Madrid: Editorial Gredos, 1974) Pág., 977.

particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer-una tarea de solución casi imposible para él-, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual" ¹⁵⁹. En estas líneas escritas tres años después de su texto *Sobre la sexualidad femenina* en 1931, Freud advierte que su trabajo teórico sobre la mujer se centró en resolver el enigma de cómo se deviene mujer partiendo de la premisa inicial de la disposición bisexual en el niño.

En Freud está, como en Lacan está el atributo simbólico del objeto. Desde Freud existe un objeto como una primacía, el Falo. Este es un atributo que señala la diferencia sexual, y que, en forma simbólica se le atribuye a otros objetos (hijo, auto, brillo en la nariz, tacones) representaciones de orden fálico.

Su indagación sobre el desarrollo sexual de lo femenino quedó registrada en varias de sus obras abonando así el terreno para marcar varios puntos de viraje relacionados con la construcción de dicha noción desde la diferencia anatómica de lo sexos y así postular su teoría sobre el desarrollo subjetivo; como si poseer un cuerpo trazara algo fundamental en la construcción de la identidad sexual del sujeto.

Lo primero que viene a señalar, es que para el niño y la niña ubicados en la fase preedípica existe el universal del pene -algo que muestra que el referente biológico (o cultural) de lo femenino no existe en los primeros años de vida-; frente a las teorías sexuales creadas por los dos sujetos, explica que el niño logra "atribuir a todos los seres humanos, aún a las mujeres, un pene" ¹⁶⁰. Por su parte la niña, quien también comparte esta teoría, elabora la fantasía de poseer un pene más pequeño que el del niño el cual posteriormente crecerá; el inicio del Edipo, dice Freud, estará marcado para ella por el desengaño de esta conclusión al descubrir que la madre no tiene lo que ella busca; desde este descubrimiento, de la falta de la madre, asume la castración dual atribuyéndole a ella el sentimiento de culpa.

Descubrirse sin falo -castrada- la conduce a la envidia por tenerlo, por poseer aquello que le falta; ese paso es la vía para que acontezcan dos cosas fundamentales al hablar de la mujer desde el psicoanálisis freudiano: uno es el "sentimiento de inferioridad"

¹⁵⁹ Sigmund Freud, "Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis" (1932-1936), en *Obras Completas*. Vol. 22 (Buenos Aires: Amorrotu, 1991) Pág., 108.

¹⁶⁰ Sigmund Freud, "Sobre las teorías sexuales infantiles" (1908), en *Obras Completas*. Vol. 9 (Buenos Aires: Amorrotu, 1989) Pág, 192.

¹⁶¹ y el otro hace referencia al cambio del objeto de amor que inicialmente era la madre; dicho cambio de objeto que opera desde la falta fálica, establece las bases para el intercambio simbólico, la ecuación que Freud destina a la mujer en el atravesamiento del Edipo que significa el intento de conseguir aquello que le falta; dice con sus palabras, "la libido de la niña se desliza- sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene=hijo- a una nueva posición. Ella resigna el deseo del pene para reemplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer" ¹⁶².

Para que ocurra dicho deslizamiento simbólico de la fórmula falo-hijo, Freud añade que la niña debe renunciar a la "masculinidad"¹⁶³ y aceptar ser la receptora del amor del padre de quien obtendrá simbólicamente aquello que le falta a través del hijo. Sobre esta renuncia el psicoanalista expresó de manera puntual que, "el conocimiento de la diferencia anatómica entre los sexos fuerza a la niña pequeña a apartarse de la masculinidad y del onanismo masculino, y a encaminarse por nuevas vías que llevan al despliegue de la feminidad";¹⁶⁴ esas vías son: la renuncia a la masculinidad, el cambio del objeto de amor, y la aceptación de la fórmula falo-hijo; dicho recibimiento del hijo a través del intercambio simbólico apunta a la **elección** de la maternidad. Subrayo especialmente la palabra elección para reiterar que existen diferentes formas en las que el sujeto se ubica frente al falo, algo que muestra, entre otras cosas que mujer y madre no son significantes equivalentes, parte de su disparidad entraña las formas de mediar con su falta, asunto que habla del deseo y el lugar que un niño ocupa para la madre y para la mujer.

Por su parte, Lacan, quien difiere de Freud, explica que el devenir de lo femenino es una elección inconsciente que el sujeto realiza según el lado o la posición en la que se ubique respecto del predicado fálico, a su deseo.

Si bien el falo es un significante del cual todos los sujetos están castrados y su vía de acceso es el lenguaje, dice Lacan de La mujer que ella "no toda es"¹⁶⁵, conclusión a la que llega una vez toma el universal del falo para decir que del lado femenino no hay

¹⁶¹ Sigmund Freud, "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos" (1923-1925), en *Obras Completas*. Vol. XIX (Buenos Aires: Amorrotu, 1989) Pág. 272.

¹⁶² *Ibíd.*, 274. El resaltado es mío.

¹⁶³ *Ibíd.*, 274.

¹⁶⁴ *Ibíd.*, 274.

¹⁶⁵ Jacques Lacan, "Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente". *op. cit.*, 89.

universal ya que en todas las mujeres está la excepción ¿Qué significa esto? Que la mujer se afirma desde su excepción, que no hay universal de lo femenino y que todas son diferentes. Así, “al negar la excepción en la mujer, surge un universal negado que llamará: «no existe el todo, no existe el todo de la mujer»”¹⁶⁶. Si no existe el artículo definido singular que la nombre, es decir, si no se la puede nombrar desde «La» mujer, ¿qué existe entonces? Lacan viene a ratificar que esta se inscribe desde todas las posibilidades de la pluralidad y el artículo indefinido; desde ahí podemos decir por ejemplo que existen las mujeres y una mujer; en concordancia a esta afirmación, la pregunta que emerge es, ¿ser mujer y ser madre son equivalentes o existe alguna diferencia desde la teoría lacaniana? Para dar respuesta a este interrogante, es necesario recordar que, respecto al sujeto femenino Lacan señala que hay diferentes formas de ubicarse frente al falo, estas son: ser el falo para el Otro o tener el falo.

Si el sujeto elige la primera vía, ser el falo, emergerá la mujer (aunque ya sabemos que La como tal no existe), ya que lo femenino está planteado bajo la fórmula “ella es sin tenerlo”¹⁶⁷, algo que hace notar Lacan en las siguientes palabras, “ese ser sin tenerlo es lo que da a la posición femenina su trascendencia y lo que nos permitirá articular más tarde la relación que la mujer tiene con el Falo”¹⁶⁸.

Que la mujer ocupe el lugar del falo para el Otro – esto es, ser el falo- significa que ella pasa a ocupar el lugar de la falta; más exactamente diremos que, “una mujer que se constituye del lado de ser el falo, asume su falta de tener. Es a partir de su falta de tener reconocida que logra ser el falo, lo que le falta a los hombres”.¹⁶⁹ Al señalar que, “no hay solución para una mujer del lado del tener”¹⁷⁰, se pone de relieve una postura diferente a la propuesta por Freud la cual indica que la mujer no se define desde la elección de la maternidad, desde el lado del tener, sino del no tener; así, su deseo será el deseo de otra cosa más allá del hijo; “un deseo muy alejado a toda búsqueda del tener, y que no es tampoco la aspiración de ser lo que es la demanda de amor. Es definido como el equivalente, si no de una voluntad, al menos de un objetivo de goce. Pero se trata de un goce específico, exceptuado del carácter «discreto» y entonces limitado del goce

¹⁶⁶ Graciela, Brodsky. “Clínica de la Sexuación” (Bogotá: Net Educativa, 2004) Pág., 30.

¹⁶⁷ Jacques Lacan, “Seminario Libro 6: El deseo y su interpretación” *op. cit.*, 240.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, 240.

¹⁶⁹ Miller Jacques-Alain, “De mujeres y semblantes” (Buenos Aires: Cuadernos del Pasador, 2000) Pág, 96.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, 96.

propriadamente fálico. Por otra parte, es más que un simple deseo, es una aplicación, un «esfuerzo» que rivaliza y por el cual arriesgaría gustosa la fórmula: gozar tanto como él desee”¹⁷¹.

Dado que una mujer es “capaz de ir hacia el no tener y es capaz de realizarse como mujer en el no tener”¹⁷² asumiendo de esta manera su falta, el sacrificio de los tesoros más preciados será una de sus posibilidades ante la traición dada por aquél para quien ocupa el lugar de la falta; al decir de Lacan, esta es “una mujer, una verdadera mujer”¹⁷³, aquella que no duda en privarse así misma y al otro de lo más valioso de sí. Como ejemplo propuesto por Lacan encontramos a Madeleine en su acto de quemar las cartas de Gide y a Medea quien sacrifica a sus hijos ante la traición de Jasón.

En una relectura que realiza Miller (1993) de lo postulado por Lacan sobre Medea, expuso en su libro *De mujeres y semblantes* que, el acto de sacrificar a sus hijos significó “el sacrificio de lo que tiene de más precioso para abrir en el hombre el agujero que no se podrá colmar”¹⁷⁴; los hijos de Medea no eran únicamente sus hijos, también eran los de Jasón; en las cartas que quemó Madeleine estaba expuesta el alma de Gide, estas a las que simbólicamente también destinó como su hijo “no tenían copia”¹⁷⁵.

Si el sujeto toma la segunda vía, tener el falo, lo que advendrá será la madre y el hijo pasará a ser el sustituto de aquello que a ella le falta; será su objeto fálico. Esta es la mujer postiza de la que habló Lacan para referirse a aquella que se muestra completa, sin falta; es la que “esconde su falta de tener y hace la parada, hace la ostentación de ser la propietaria a quién no le falta nada ni nadie”¹⁷⁶. Aquí, de este lado, el niño estará inscrito en la dialéctica fálica del tener haciendo parte de su propiedad, disponiendo de él para velar su falta.

Vemos que desde la óptica lacaniana mujer y madre son dos posiciones diferentes; la primera, privilegia el ser con respecto al falo y la segunda el tener ¿Que la madre se asuma como teniendo el falo, significa que imaginariamente se siente colmada dado que el niño ocupa el lugar de su falta? ¿No hay madre sino fálica?, y, ¿qué connotación tiene dicha posición en el contexto de los cuidados?

¹⁷¹ Colette Soler, “Lo que decía Lacan de las mujeres”. *op. cit.*, 42.

¹⁷² Miller Jacques-Alain, “De mujeres y semblantes”. *op. cit.* Pág., 94-95.

¹⁷³ Jacques Lacan, “Los escritos II: Juventud de Gide, o la letra y el deseo ” (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003) Pág., 740.

¹⁷⁴ Miller, Jacques-Alain, “De mujeres y semblantes”. *op. cit.*, 93.

¹⁷⁵ Jacques Lacan, “Los escritos II: Juventud de Gide, o la letra y el deseo ”. *op. cit.*, 743.

¹⁷⁶ Miller Jacques-Alain, “De mujeres y semblantes”. *op. cit.*, 96.

Por ahora podemos afirmar que, en el terreno de los cuidados está en juego la relación del sujeto con la falta, y en esta vía, la elección que realiza según las diferentes formas de ubicarse frente al falo. Dicha relación, la cual involucra directamente su deseo, da el matiz de la dinámica madre-hijo en el terreno de los cuidados que tiene de fondo la dialéctica fálica del tener o ser el falo.

Finalmente podemos decir que la pregunta por la mujer desde el psicoanálisis abre el panorama para cuestionar cuál es el sujeto que cuida y qué es lo necesario en este para sostener en los cuidados a un niño. Lo que encontramos hasta ahora en nuestra exploración teórica es que hay dos formas de goce, el goce del Otro y el goce fálico y, así mismo dos formas diferentes de ubicarse frente al falo; quien se espera que prodigue los cuidados al bebé es aquel sujeto que elige la vía del goce fálico, esa es la madre, pero, es necesario que esta sea no-toda, que su deseo no sea todo el deseo de hijo.

4.2 Estrago materno y el niño como falo

Antes de dar paso a este tema nodal para el psicoanálisis es fundamental aclarar que nos situaremos en este apartado del lado de la estructura subjetiva de la madre más que del niño, por tal razón únicamente se ahondará en aquellos temas que son relevantes para cumplir el propósito de esta tesis.

Vimos en el apartado anterior que mujer y madre no son términos similares para la teoría psicoanalítica, uno u otro emerge en el sujeto según su posicionamiento frente al predicado fálico. Frente a esto cabe preguntar si, ¿ser madre implica siempre estar en la posición de tener el falo?, y, ¿qué significa en el terreno de los cuidados que el niño esté ubicado como sustituto simbólico del falo? Cuestiones que marcan la pauta para indagar acerca del deseo en el sujeto, específicamente del deseo materno, el lugar que ocupa el bebé para la madre y, sobre todo, cómo entra en juego dicho deseo en el contexto de los cuidados.

Antes de que el niño nazca, la madre (o quien asuma la función materna) realiza una apuesta sobre aquello que crece en su vientre, ahí donde no hay sujeto ella considera que existe uno. Le asigna un nombre, escoge su ropa, idealiza un rostro, le atribuye un cuerpo, destina características a su personalidad (o su forma de ser), e incluso, idealiza y fantasea un futuro posible para este; ahora bien, este conjunto de acciones que hacen parte de los cuidados previos al nacimiento del bebé son esenciales,

ya que posibilitan o muestran que ahí, donde hay una bola de carne, exista un sujeto para ella; es a partir del deseo materno que el bebé representa algo para ella, un sujeto, haciendo que se movilice y le prodigue sus cuidados. Dicho deseo es fundamental para lo estructurante en el sujeto, pero no es algo imprescindible para que los cuidados se den, ya que con la ausencia del deseo materno también se pueden dar, pero de manera autómata.

Respecto al lugar que puede llegar a ocupar el hijo para la madre, lugar relacionado con el objeto de su falta, vimos en el apartado anterior a este capítulo la fórmula que Freud designó como una de las salidas del complejo de Edipo para la niña, la ecuación falo=hijo. El hijo toma valor de símbolo y como tal de intercambio, por lo tanto, puede ser dado por aquél que lo posee. Dicho con palabras de Freud, “la libido de la niña se desliza —sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica prefigurada pene = hijo— a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y con este propósito toma al padre como objeto de amor¹⁷⁷. Desde aquí, el deseo de falo se desliza por el deseo de hijo, ese es el lugar que viene a ocupar desde esta postura freudiana el hijo para la madre, el lugar de la falta; este le simboliza una forma, un medio de acceder a aquello de lo que fue castrada.

Lo planteado hasta ahora indica que por estructura es indispensable que el sujeto, en un inicio, esté en el lugar del falo para la madre (ya que desde ahí ella dará sus cuidados), sin embargo, podríamos pensar que es desde este mismo lugar como falo en donde se da el descuido; me explico. Si la madre existe como tal únicamente desde su posición fálica, como teniendo el falo, esto podría indicar que la madre negligente también entró en la dinámica de ubicar al niño como objeto fálico, pero este, desde el descuido y la negligencia, pasa a ser el falo a denigrar, golpear, quemar y no alimentar. Todo esto, claro, estaría cimentado sobre la afirmación de que la madre es únicamente como teniendo el falo, la madre fálica, algo que daría paso a la pregunta, ¿es saliendo de dicha posición fálica que se da el fallo de los cuidados?, y, ¿en algún momento debe salir de dicha posición para que lo constituyente en el sujeto se de?

Respecto al deseo de la madre desde la óptica del psicoanálisis lacaniano, sabemos que en la relación del niño con dicho deseo está en juego el objeto fálico; dice Lacan con sus palabras, “tratemos de precisar muy bien cuál es la relación del niño con

¹⁷⁷ Sigmund Freud, “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925), en *Obras Completas*, Vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992) Pág, 274.

lo que está en juego, a saber, el objeto del deseo de la madre [...] este objeto hemos planteado que es el falo, como eje de toda la dialéctica subjetiva”¹⁷⁸. Ubicar al niño como dicho objeto de deseo materno - objeto al que nombra Lacan como el eje de toda la dialéctica subjetiva- es la antesala para que ocurra lo fundamental en el *infans*, y advenga de ahí el sujeto.

Hablamos aquí no del nacimiento biológico, sino del surgimiento del sujeto; del deseo como potencia de la madre que hace que en esa bola de carne emerja un sujeto, algo que ocurre si el niño ocupa el lugar del deseo materno.

Adicionalmente, esta referencia de Lacan también muestra que existe una relación, un vínculo entre los cuidados que prodiga la madre al hijo y el lugar que este ocupa para ella en conformidad con su deseo; al dirigir su deseo al bebé ella dona su falta; algo que explica de la siguiente manera la psicoanalista Silvia Tomas (2011), en su texto *La función materna*: "si el recién nacido sobrevive es gracias a que llega a ocupar el lugar privilegiado de objeto de deseo para alguien (la madre). Solo si alguien, deseando hacerlo, se ocupa de él y satisface sus necesidades básicas, el niño podrá sobrevivir [...] De lo contrario perecerá o quedará sumido en las tinieblas exteriores a la cultura (psicosis infantil, retardo mental)"¹⁷⁹.

Cuando la madre ubica al niño en el lugar de su deseo, lugar primero y estructural en el que es ubicado todo sujeto, significa también que lo pone a su disposición; al respecto Colette Soler (2004) en su libro *Lo que decía Lacan de las mujeres*, formuló una pregunta que llamó mi atención y se relaciona con lo que hablamos en este momento: "¿De qué modo una madre hace uso de su hijo?"¹⁸⁰ La psicoanalista plantea dos posibles vías: uno, "el niño órgano"¹⁸¹, y dos, el "niño falo"¹⁸². En el primero, el cuerpo entero del niño está a disposición de la madre para gozar de este en su totalidad; aquí, ella erotiza o no el cuerpo desde los cuidados; en todo caso lo toma para sí y dispone de este a su manera. Frente al niño como falo nos dice que, "no está tanto al servicio del erotismo de su madre, sino de su narcisismo, moldeado como él lo es por sus significantes, prometido para asumir sus quimeras y sus sueños, y hasta las

¹⁷⁸ Jacques Lacan, "Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente". *op. cit.*, 205.

¹⁷⁹ Santos Luis, "Masculino y Femenino en la Intersección entre el Psicoanálisis y los Estudios de Género" (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009) Pág , 70.

¹⁸⁰ Colette Soler, "Lo que decía Lacan de las mujeres". *op. cit.*, 124.

¹⁸¹ *Ibíd.*, 124.

¹⁸² *Ibíd.*, 25.

prescripciones secretas de su discurso”¹⁸³. Desde ese lugar (niño falo) lo que vemos es que el niño podría significar la realización de los ideales de la madre, ella le da forma con sus palabras al dirigirle y donarle su falta. El niño que ocupa el lugar de órgano para la madre (tal como lo muestra Colette Soler), viene a ocupar el lugar de otro objeto diferente al fálico, este, del cual hablaremos más adelante es el objeto *a*.

Ahora bien, líneas arriba dijimos que el deseo materno es necesario para que el bebé se humanice, para que emerja en él el sujeto. Teniendo esto claro podemos hablar de algunas características de dicho deseo al que Lacan se refirió como algo devorador si no hay intervención de la Ley; ¿qué quiso decir con eso? Que de no tener un límite, algo que lo frene, las consecuencias psíquicas hacia el sujeto serán adversas. Por eso se refirió al deseo de la madre sin mediación de la Ley como algo devorador; en ese sentido el bebé podría estar expuesto todo el tiempo a su capricho a tal punto de quedar enajenado, fusionado con ella. Expuesto esto en palabras de Lacan, “el papel de la madre es el deseo de la madre. Esto es capital. El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. No se sabe qué mosca puede llegar a picarle de repente y va y cierra la boca. Eso es el deseo de la madre¹⁸⁴”.

Si bien hasta ahora vimos que el deseo del Otro materno es necesario para que lo constituyente en el sujeto se de, en estas líneas Lacan nos advierte sobre dicho deseo, que este siempre producirá estragos si no está presente el palo que frene el movimiento al cierre. ¿Qué significa esto en el contexto de los cuidados? Que su presencia absoluta atiborará al bebé de todo lo que ella considere que necesita; así, introducirá el biberón en su boca antes de que este la abra, escogerá en todo momento su ropa, pondrá en él sus palabras (hablará por él todo el tiempo, o lo pondrá a hablar sólo para su satisfacción narcisista), lo falicizará a tal punto de no descuidarlo ni un segundo; en suma, él estará a merced de su excesiva protección y atención abnegada pues ella ocupa el lugar de madre toda.

¿Cómo se funda este límite necesario para que el sujeto a devenir logre escabullirse del riesgo de estar ante la madre toda? La respuesta, dice Lacan, está en

¹⁸³ *Ibíd.*, 125.

¹⁸⁴ Jacques Lacan, “Seminario Libro 17: El reverso del psicoanálisis” (1969-1970) (Buenos Aires: Paídos, 2008) Pág., 118.

el falo, el retenedor, la estaca o el palo que se pone en la boca del cocodrilo para que esta no se cierre, de lo contrario no daría lugar a la “metáfora paterna que concierne a la función del padre”¹⁸⁵. Esta función, proporcionada por el agente de la ley, marca el límite para que la madre no termine tragando a la cría. Si bien Lacan realizó toda una elaboración teórica al respecto, para efectos de la tesis me interesa hablar no de los efectos de esta metáfora en la estructura subjetiva del niño, sino de la forma de entrar en escena el agente de la Ley desde las ausencias de la madre.

El padre, como agente de la Ley, interviene a manera de doble interdicción en la relación madre-hijo dirigiendo a cada uno un mensaje cuyos efectos intervienen en lo estructurante en el sujeto: “no te acostarás con tu madre”¹⁸⁶ y “no reintegrarás tu producto”¹⁸⁷. Las ausencias de la madre, sobre el fondo de presencia, originan en el niño el interrogante por lo que ella desea; el rompimiento de dicho par (ausencia-presencia) es motivado por la interdicción del padre y la búsqueda de otra cosa conforme a su deseo, a su falta; así, si el niño “no se convierte pura y simplemente en el objeto del deseo de la madre, es en la medida en que el objeto del deseo de la madre está afectado por la interdicción paterna”¹⁸⁸, pero también, el descubrimiento por parte del niño de dicho objeto - que va más allá de él - y la interdicción del padre en el mensaje que le dirige, produce un desalojamiento de su lugar o posición como súbdito de la madre.

Vemos que el deseo devorador de la madre, el que produce estragos en la subjetividad del niño, habla de una madre tal que no da paso a la función del agente de la Ley, al padre; con su presencia absoluta, impide que el niño se interroge por el deseo materno, algo que, en consecuencia tiene como efecto que no sea “desalojado [...] de aquella posición ideal con la que él y la madre podrían satisfacerse, en la cual él cumple la función de ser su objeto metonímico”¹⁸⁹.

El par presencia - ausencia motivado por la interdicción del padre sobre el deseo de la madre marca algo constituyente en el sujeto, ya que la madre, como agente simbólico de la frustración, introduce con su no respuesta al llamado del hijo un cambio de registro, algo imprescindible para el acceso del niño al mundo de los objetos; la

¹⁸⁵ Jacques Lacan, “Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente”. *op. cit.*, 165. El resaltado es mío.

¹⁸⁶ *Ibíd.*, 208.

¹⁸⁷ *Ibíd.*, 208.

¹⁸⁸ *Ibíd.*, 209.

¹⁸⁹ *Ibíd.*, 209

madre, como agente simbólico pasa a ser real, y el objeto, hasta ahora real (el pecho) pasa a ser objeto simbólico, de don, que simbolizan el amor materno; como objeto real respondía a los meros cuidados, a la satisfacción de necesidades, ahora como objetos de don pasan a ser los objetos de la demanda, permitiéndole a su vez al niño su relación con el mundo y salir de la ilusión de ser el objeto que satisface a la madre, de ocupar el lugar del objeto metonímico.

La cuestión esencial de todo esto, es que, el rompimiento de este ir y venir de la madre es algo necesario en el contexto de los cuidados, su ausencia hace parte de su función materna; sin embargo, la ausencia totalitaria también produce estragos, esta es, diremos, la madre que no le nombra dado que el bebé no le representa algo, o no lo desea. En todo caso, hay algo que la ocupa diferente de él, más allá de él.

En este orden de ideas, lo que encontramos hasta ahora es que, si el deseo del Otro materno no tiene un límite generará estragos en la subjetividad del organismo a devenir -en el párrafo anterior hablamos de los efectos de este freno que da paso la madre desde su presencia-ausencia-. Si bien este deseo es necesario para que acontezca lo estructurante en el sujeto, no es algo imprescindible para que los cuidados sean prodigados; aunque el prójimo alcance el biberón al niño de forma automática respondiendo únicamente a las necesidades orgánicas, no obstante estará presente en el sujeto el peligro de la ausencia de deseo del Otro materno. El siguiente ejemplo sirve para ilustrar la amenaza a la cual quiero hacer alusión:

Este caso fue descrito por la psicoanalista Catherine Mathelin (1998) en su libro *La sonrisa de la Gioconda: Clínica psicoanalítica con bebés prematuros*.

En la experiencia de su trabajo con dichos bebés narra la historia de una pequeña llamada Anna quien nació con 23 semanas de gestación y un peso de 728 g. Como norma del hospital las madres reciben acompañamiento de análisis después del trabajo de parto. En la primera entrevista que realizó la psicoanalista a la madre de esta bebé, observó que ella no formuló una pregunta que realizan comúnmente todas las madres: ¿Sobrevivirá mi bebé? ¿Qué pasará con mi bebé? Adicional a esto, olvidó sobre el escritorio una foto de la bebé que la psicoanalista le entregó como parte de la estrategia de análisis para crear o sostener el lazo con su hija. Cuando la madre es dada de alta, visita a Anna 2 veces por semana. Durante dichas visitas que duran 10 minutos la psicoanalista observa que la madre permanece al lado del bebé sin dirigirle sus palabras. No la nombra, no le habla, no pregunta por ella ni sus posibilidades de vida y, en ocasiones cuando se refiere a ella la llama «la niña». Al advertir la psicoanalista el

peligro en el que se encuentra la bebé, pues no hay alguien que le otorgara con su deseo la posibilidad de existir, resuelve entrevistar a la madre.

Esta le comenta que se percató de su estado de gestación cuando ya estaba avanzado, pero aún así decidió interrumpir su embarazo. Manifestó que no quería tener a la niña porque el trabajo que le demandaba la crianza de sus dos hijas le generaba suficiente carga; el nacimiento prematuro de Anna en realidad fue el resultado de la práctica fallida de la interrupción del proceso de gestación. Posterior a este encuentro la madre de Anna continuó con sus visitas ocasionales al hospital, y se negó a seguir con su proceso de análisis.

Mathelin describe especialmente el esfuerzo del personal médico para que la niña con tan bajo peso y pocas posibilidades de vida lograra sobrevivir. Señala que una parte fundamental que acompaña todo el proceso de recuperación involucra la cercanía de los bebés con sus padres. En el caso de Anna esto no aconteció por parte de ninguno de los dos. Así que, aferrándose a la vida Anna pasaba sus días con la mirada fija al motor de un ventilador. Era percibida por el personal del hospital como la niña tranquila, que no lloraba y con la que todos querían estar porque no costaba esfuerzo cuidarla.

Cuando Anna es dada de alta después de varios meses de recuperación y es entregada a la madre por el personal del hospital, la psicoanalista se percató que aún se dirige a ella como la niña. Díez días después de su salida el personal del hospital recibe el cuerpo de Anna sin vida; el diagnóstico de su fallecimiento fue muerte súbita.

Encontramos en la historia de Anna lo apremiante del deseo del Otro materno desde el cual la madre prepara de manera inconsciente un lugar para que el sujeto pueda existir. Si bien con la ausencia de dicho deseo la amenaza a la subjetividad del niño o del organismo a devenir sujeto es inminente (desde su subjetividad y no tanto desde lo biológico), el caso de Anna muestra cómo con su desvalimiento y al no encontrar una significación para el Otro, falta el soporte necesario para su sostenimiento; la muerte súbita fue su único camino.

Continuando con el tema que nos ocupa del niño como objeto fálico, encontramos tres caminos diferentes respecto a este lugar en el contexto de los cuidados:

Uno, cuando el niño no es ubicado como falo; en esta vía la madre o el prójimo prodiga sus cuidados al niño de manera automática respondiendo a sus necesidades biológicas. Esta es la cuidadora experta, aquella cuyo niño está tan bien cuidado que ni una congestión tiene cabida (un ejemplo que podría ilustrar a la cuidadora experta es la

madre del autista).

Dos, una vez el niño es ubicado como falo es imprescindible que la madre lo saque de ahí y no disponga de él como su pitilín, dando espacio a la mediación de la Ley, a la interdicción del padre. Esta madre, con sus idas y venidas y su no respuesta al llamado del niño permite que opere todo lo fecundo que emerge en la falla de los cuidados (asunto del que hablé en el segundo capítulo de la tesis).

Tres, si la madre no lo saca de ahí, de la relación imaginaria de satisfacción mutua, no dando paso a que opere la Ley de la que es agente el Padre, su deseo pasará a ser un deseo devorador que produce estragos en la subjetividad del niño; el resultado en la estructura del sujeto será, por ejemplo, un psicótico en quien faltó consistencia de la metáfora paterna.

Lo adverso, entonces, a la subjetividad del *infans* y en donde peligra como sujeto, ocurre desde dos vías; por una parte, cuando no es ubicado como objeto fálico por el Otro materno, y, por otro lado, cuando es puesto en este lugar, pero la madre no da paso a la mediación de la Ley, en cuyo caso hablaríamos del deseo como estrago.

¿Qué está en juego en la madre que no es «madre toda» y permite que la interdicción del padre opere en su deseo? Es la pregunta central para comprender el cambio de posición entre la madre y la mujer; la respuesta desde Lacan está en que, en la madre debe existir algo del ser mujer para que su ausencia esté presente. Para explicar esto traigo a colación las palabras de Colette Soler (2004) en su texto *Lo que decía lacan de las mujeres*, donde nos recuerda que existe una “divergencia entre el ser madre y el ser mujer. Las dos se refieren sin duda a la falta fálica, pero de modos diferentes. El ser madre resuelve esta falta por el tener, bajo la forma del niño, sustituto del objeto fálico que le falta. Sin embargo, el ser mujer de la madre no se resuelve enteramente en el tener fálico sustitutivo, como ya lo dije. Como precisamente su deseo diverge hacia el hombre, la mujer aspira a ser o a recibir el falo: serlo, por medio del amor que faliciza, recibirlo, por medio del órgano del cual goza; pero en los dos casos, es al precio de no tenerlo”¹⁹⁰. Es por lo tanto necesario que, aquello relacionado con «ser mujer» esté en la madre para permitir que esta se ausente y no sea toda-madre por el bien del *infans*.

¿Hasta dónde eso que es no toda madre en ella, eso que está del lado de la

¹⁹⁰ Colette Soler, “Lo que decía Lacan de las mujeres”. *op. cit.*, 121.

mujer, puede interferir con ser madre (con su función materna)? Este es un interrogante fundamental ya que “la variedad de las figuras de la madre se despliega entre los dos extremos y va desde la madre demasiado madre que encierra al niño, hasta la madre demasiado mujer, ocupada en otras cosas, hasta ser a veces tan Otro, que allí uno no se puede reconocer. Todavía faltaría introducir aquí muchos matices”¹⁹¹. Lo que encontramos en estas líneas es que podrían existir diferentes formas del ser madre partiendo del fundamento de que solamente existe madre desde el tener fálico, teniendo el falo; está la madre fálica que permite la interdicción de padre, la madre-toda, y aquella en la cual se escapa algo del ser mujer, cuyo deseo es diferente al deseo de hijo; al decir de Lacan, esta es “una mujer, una verdadera mujer”¹⁹², aquella que no duda en mostrar su falta y sacrificar sus bienes más preciados.

Esto nos advierte nuevamente de las diferentes caras o versiones de la madre; ¿qué podemos añadir sobre esta y su deseo? Con base en la exploración teórica realizada hasta ahora, diremos que llevar a un bebé en el vientre y darlo a luz, no es algo exclusivo de ser madre; ahí, hay dos cosas que se relacionan, pero no significan lo mismo para la teoría psicoanalítica, estas son: el deseo de estar embarazada y el deseo de hijo, de tener el falo más del lado de ser el falo.

El punto al que quiero llegar es que el deseo podría estar relacionado primero con la posición como mujer y no necesariamente como madre, marcando una diferenciación en los cuidados prodigados al niño desde la gestación. Si bien es indiscutible que con el hecho de estar embarazada y dar a luz ya hay algo de madre en la mujer, hay en ella algo esencial de ser madre, esto no es suficiente para constituir un sujeto.

Por un lado, está la madre fálica que transmite su deseo -incluso desde el embarazo; esta da los cuidados al niño que asume crece en su vientre, y también, como parte de su función materna, permite que opere la castración dando paso al agente de la Ley; por el otro, podemos encontrar aquella para la cual el niño desde el vientre es una bola de carne, un conjunto de órganos del cual no supone la existencia de un sujeto.

En este orden de ideas, el cuestionamiento al que quiero llegar es al siguiente: ¿Puede esta madre durante su embarazo prodigar sus cuidados al bebé si no lo ubica

¹⁹¹ *Ibíd.*, 115.

¹⁹² Jacques Lacan, “Los escritos II: Juventud de Gide, o la letra y el deseo”. *op. cit.* 740.

en su deseo, si este no ocupa para ella el lugar de falo; cuidados que en lo concreto son: asistir a controles prenatales, consumir la suficiente carga de nutrientes y suplementos, no ingerir sustancias tóxicas contraproducentes para el desarrollo biológico del bebé – como Sustancias Psicoactivas- ni medicamentos sin formulación médica, otorgarle un nombre, y realizar todos los preparativos para recibir al bebé en su nacimiento? Si bien la respuesta es afirmativa, lo cual indica - como se ha señalado anteriormente- que la madre, o quien cuida lo puede hacer de manera mecánica, automática, sin dirigirle sus palabras (incluso sin nombrarlo) respondiendo a lo meramente orgánico alcanzando al niño únicamente el objeto de la necesidad, sin la posibilidad de dar paso al objeto de la demanda, es necesario poner de relieve que, en esta vía peligra la subjetividad del organismo a devenir sujeto; incuestionablemente ocurrirá algo adverso en la estructura psíquica del *infans*, puesto que "para el ser viviente es vital encontrarse con el deseo de la madre y ser sostenido por este a punto tal que cuando este encuentro no ocurre, o sea, el *infans* no cuenta con otro que lo libidinice, puede morir o caer en el marasmo o autismo" ¹⁹³. Esto, es precisamente lo que vimos en el caso anteriormente mencionado de Anna, caso en el que faltó soporte primordial para su sostenimiento: que el Otro materno la acogiera en su deseo.

En síntesis, en la relación de la madre con el niño en la cual esta no pudo transmitir su deseo, y no lo ubicó como falo, no hay nada que separar -hablando de la castración- ya que todo vínculo está del orden de lo orgánico en donde no se transmite nada, pero sí se dan los cuidados: lo viste, le cambia los pañales, lo alimenta, pero no le habla con la mirada, ni le dirige sus palabras ya que no lo puede ver como humano; el niño será «el muy bien cuidado» y ella «la cuidadora experta», que no dará espacio para introducir la falta.

Si hacemos uso del significado de la palabra estrago, la cual viene del latín *strages*, *stragare* y significa: "ruinas, devastación, matanza"¹⁹⁴, diremos que la devastación de la subjetividad del niño está en la no transmisión del deseo materno, más allá de la mecanización de los cuidados a través de los cuales ella termina también tragándose.

¹⁹³ Tomas Silvia, "La Función materna: El Otro como maître en las encrucijadas de la subjetividad". *op. cit.*, 114.

¹⁹⁴ Corominas Joan, "Breve diccionario etimológico de la lengua castellana" (Madrid: Editorial Gredos, 1976) Pág., 257.

4.3 Función materna

El psicoanálisis se ha ocupado de definir y describir teóricamente la incidencia de la función materna en la estructura psíquica del sujeto como algo nodal que posibilita la realización de la metáfora paterna y la introducción simbólica de la función del padre; aquí ocurren varias cosas en las que es necesario ahondar para conocer cómo se relaciona esta función materna con el terreno de los cuidados, sin embargo, sabemos que este es un tema con enorme cantidad de cuestiones que no podemos abarcar del todo, por tal razón, tomaré únicamente las vías que considero aportan al propósito de esta tesis.

Al hacer una relectura de la teoría lacaniana encontramos que dicha función involucra ubicar al niño en el lugar de falo - esto es, transmitirle su deseo- y posteriormente, permitir que opere la castración y la interdicción del padre que tiene como efecto en la madre, la renuncia a ubicar al niño en dicho lugar. Sabemos que para que emerja el sujeto en el *infans* es esencial, que eso que crece en el vientre de la madre le represente algo, es decir, que ella considere que hay un sujeto al ubicarlo en el lugar de objeto fálico para que lo constituyente en el sujeto se de. Lo que está en juego en esta dinámica madre-hijo es el deseo que la convoca, deseo que es el significante de su propia falta; una vez el niño es falicizado, es preciso que ella, la madre, lo saque de ahí dando paso a la castración, a que opere la interdicción del agente de la Ley.

Para evitar ser devorado por la boca del cocodrilo, por el bien del sujeto es necesario que sea introducida la función del padre a través de la metáfora paterna ¿Qué papel cumple en todo esto la función materna cuando es el padre quien debe intervenir como Ley? Esta función, nos dirá Lacan, es la que da lugar, da paso al establecimiento de la Ley, a la interdicción del padre; “el padre se afirma en su presencia privadora, en tanto es quien soporta la Ley, y esto ya no se produce de una forma velada sino de una forma mediada por la madre, que es quien lo establece como quien le dicta la ley”¹⁹⁵. En este sentido, se plantea que su función es esencial ya que es ella con la introducción de la falta, quien muestra al hijo que hay otro que tiene lo que ella desea; otro que no es él, y que está más allá de él.

Al respecto, plantea Silvia Tomas (2011) en su libro *La Función materna: El Otro*

¹⁹⁵ Jacques Lacan, “Seminario Libro 5: Las formaciones del inconsciente”. *op. cit.*, 200.

como *maître en las encrucijadas de la subjetividad*, que "la posición materna es una posición fálica, desde allí la madre demanda y desea al hijo pero además será nodal para este hijo que sea no toda madre, no toda fálica, sino que tenga acceso a otro goce y que este goce sea descargado más allá del hijo"¹⁹⁶. La forma de mostrar su acceso a un goce Otro es a través de su ausencia, este es el segundo punto central de todo lo tocante a la función materna que quiero precisar, la importancia de sus idas y venidas las cuales tienen un significado específico para el niño, a saber, el falo. Eso lo explica Lacan (1957-1958) en su Seminario 5: *Las formaciones del inconsciente*, en donde enfatiza sobre el sentido que adquiere para el niño el rompimiento del ir y venir de la madre: si ella no está, si se ausenta, es porque hay algo más que la colma, hay otra cosa que ella desea, y no es él.

Con el cambio del ritmo de sus idas y venidas, la madre adquiere valor de símbolo o como tal de significante. En la metáfora paterna, el significante deseo de la madre, será intercambiado por el significante del Nombre del Padre, y ya sabemos que esto es crucial para la estructura psíquica de un sujeto.

Hay en todo esto una cuestión esencial que es necesario subrayar: los cuidados que se dan sobre el fondo de presencia-ausencia de la madre posibilita que los objetos pasen de ser puros objetos de la necesidad a constituirse como objetos de la demanda, del don de amor de la madre; por tal razón, su ausencia -sobre el fondo de presencia- es el escenario fundamental en el que se dan los cuidados. Para que esto ocurra, para que se de dicho intervalo (más, menos), es perentorio, por el bien del niño, que la madre no sea toda madre y que su deseo y goce no esté dirigido exclusivamente hacia él. La madre devota, abnegada, la que realiza sacrificios en nombre de su hijo, en realidad ya conocemos a título de qué los asume, a saber, de su falta fálica. Finalmente, a favor del sujeto esperamos que no exista un amor como el de la madre, tan exclusivo hacia su hijo que termina siendo un estrago para él.

4.4 La madre y el objeto a

Sabemos hasta ahora que, en la vía del deseo de la madre, el niño puede estar ubicado como objeto fálico simbolizando un camino de acceso o aproximación a su falta. Otro

¹⁹⁶ Tomas Silvia, "La Función materna: El Otro como maître en las encrucijadas de la subjetividad". *op. cit.*, 21.

posible lugar que viene a ocupar el niño en dicha relación es la del objeto *a*, concepto medular en el psicoanálisis que cumple una función específica en la fórmula del fantasma propuesta por Lacan como ($\$ \ll a$), en donde el sujeto tachado es sostenido por el objeto que moviliza su deseo, este es el objeto *a*. Dicha fórmula es fundamental dado que revela la relación del sujeto con su deseo, o más específicamente, con su pérdida en tanto sujeto hablante.

El aporte del psicoanálisis lacaniano es amplio para la comprensión de la función del objeto *a*. De ser el objeto de deseo pasó a ser definido como la causa del deseo y, posteriormente a simbolizar el agujero y la falta en ser en el sujeto; también es necesario nombrar su propiedad como objeto “pulsional y parcial”¹⁹⁷ descrito de esta manera en varios de sus seminarios. Para evitar confusiones sobre el uso de este concepto, es importante tener claro el extenso camino realizado por Lacan en su formalización ya que en las líneas siguientes me referiré a este en su propiedad de causa del deseo.

¿Qué función cumple el objeto *a* como causa del deseo? Para tener una mayor comprensión de esto quizá convenga explicar primero que, como causa no significa que este objeto es lo que se desea en sí. Lacan señaló en varios de sus escritos que como valor de causa dicho objeto simboliza la falta, la ausencia de lo condenado a perderse con la entrada del sujeto en el mundo de lo simbólico.

Para explicar un poco esto, haré uso nuevamente de la situación del *fort-da* mencionada por Lacan en su Seminario 11: *Los 4 conceptos fundamentales del psicoanálisis* ya que, en dicho juego simbólico, Lacan asevera que aquello que cae es el objeto *a*. Refiriéndose al carretel dice que este “no es la madre reducida a una pequeña bola por algún juego digno de jíbaros - es como un trocito del sujeto que se desprende, pero sin dejar de ser bien suyo, pues sigue reteniéndolo [...] Con su objeto salta el niño los linderos de su dominio transformado en pozo y empieza su cantilena [...] en el carrete, en él hemos de designar al sujeto. A este objeto daremos posteriormente su nombre de álgebra lacaniana: el *a* minúscula”¹⁹⁸. No es que el objeto *a* simbolice el carretel, lo que muestra Lacan es que este viene a representar la ausencia de aquello que cae y que está irremediabilmente perdido, tal como lo indica en los aportes

¹⁹⁷ Le gaufey Guy, “El objeto *a* de Lacan” (1996) (Buenos Aires: El cuento de plata, 2013) Pág., 15.

¹⁹⁸ Jacques Lacan, “Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis”. *op. cit.*, 70.

posteriores a este seminario. De ahí que el objeto simbolice la falta en ser en el sujeto y, como tal, “la causa por la cual el sujeto se identifica a su deseo ¹⁹⁹”.

Frente al agujero causa de deseo en la madre, el niño cumple dos posibles funciones: como falo que vela la falta a nivel imaginaria, o como objeto *a* positado, pulsional, de goce, que obtura la falta, el agujero de la madre.

El niño que está en el lugar de falo velando la falta a nivel imaginaria, ocupa el lugar del objeto menos phi, el cual implica en alguna medida la castración y el registro del orden simbólico. En esta vía el objeto tiene dos posibles destinos: uno, es el niño falo que restaura la unidad narcisista de la madre la cual se resiste a admitir la castración y soltar al niño de su lugar como objeto fálico; dos, el niño falo que inicialmente es puesto en ese lugar pero que posteriormente es depuesto ante el sometimiento de la castración y la operación de la interdicción del padre.

El niño que está en el lugar del objeto *a* es tomado por la madre como puro real, como el bulto de carne o el conjunto de órganos en el que ella no supone un sujeto. Como no supone ahí un sujeto, no lo ubica en su deseo, y la relación madre-hijo es desde lo meramente orgánico nada de la castración tocará al niño ya que no hay nada que separar. Si esta da los cuidados, no serán más que objetos de la necesidad, no entrarán en la dinámica de la demanda, en el intercambio simbólico como objetos de don de amor de la madre.

¿Cómo el bebé llega a ocupar dicho lugar de objeto *a* para la madre?, y ¿qué significa esto, de manera concreta, en el contexto de los cuidados? Una vía para el entendimiento de estos interrogantes quizás lo encontramos en las palabras de Lacan (1988) en su escrito *Dos notas sobre el niño* en donde lo propuesto por la Sra. Jenny Aubry sobre la articulación entre el síntoma en el niño y la subjetividad de la madre; dice: “[...] esta vez, el niño está involucrado directamente como correlativo de un fantasma. Cuando la *distancia entre la identificación con el ideal del yo y la parte tomada del deseo de la madre no tiene mediación (la que asegura normalmente la función del padre), el niño queda expuesto a todas las capturas fantasmáticas. Se convierte en el «objeto» de*

¹⁹⁹ Jacques Lacan, “Seminario Libro 20: Aún” (1972-1973) (Buenos Aires: Paidós, 2008) Pág., 164.

la madre y su única función es entonces revelar la verdad de este objeto. *El niño realiza la presencia de eso que Jacques Lacan signa como el objeto a en el fantasma*²⁰⁰.

Desde lo propuesto en esta referencia se plantea que, cuando no hay una distancia, cuando no media el agente de la Ley entre la identificación con el ideal del yo y el objeto a -este es la parte tomada del deseo de la madre- dicho objeto del fantasma materno es puesto en el lugar del ideal del yo; en esta vía el niño pasa a ocupar el lugar de la captura fantasmática de la madre convirtiéndose en el objeto resto para ella, aquél involucrado con su fantasma; esto es: el objeto a.

Si la madre no dirige su deseo al niño ubicándolo como su objeto fálico, el niño puede llegar a ocupar el lugar de objeto a del fantasma materno, de resto, quedando expuesto a su devastación; miremos esto con detenimiento. En el apartado anterior vimos que, en la relación del niño con la madre el agente de la Ley cumple la función de mediar entre la madre (con su deseo) y el niño; si bien la función materna desempeña la labor importante de posibilitar la metaforización de su deseo, antes de que esta ocurra, existen dos alternativas para el niño respecto a dicho deseo materno: una, que el niño quede ubicado como falo, dos, que ocupe el lugar del objeto a. Si falta eso esencial que interviene en la relación madre-hijo, podríamos suponer que algo primordial de la función materna falló.

Que la madre no ubique al niño como falo, como el palo que tranca la boca del gran cocodrilo para que no se cierre, tendrá como efecto su estrago. Esto significa que el deseo de la madre (por el falo) es el que salva al niño de ser devorado al quedar como objeto a. Ahí, ante el riesgo de la pérdida de su subjetividad, preso como resto, como objeto a, el estrago es inminente.

¿Cómo funciona u opera la mediación del agente de la Ley en todo esto? A este respecto, Lacan (1957-1958) en el *Seminario 5: Las formaciones del inconsciente*, habla de las idas y venidas de la madre como algo necesario para que la metáfora paterna se realice. Estas dan apertura en el niño al interrogar por el significado de la ausencia de la madre formulando la pregunta por su deseo; el niño concluye que si la madre se ausenta es a causa de algo que la convoca, un deseo de algo diferente a satisfacer el deseo del hijo. Ahí, en ese instante del descubrimiento del deseo de la madre, juega un papel fundamental la intervención de la interdicción, la intervención del padre, dirigido no

²⁰⁰ Jacques Lacan, "Intervenciones y textos II" (Argentina: Ediciones Manantial, 1988) Pág. 56. Las cursivas son mías.

sólo al hijo sino también (y especialmente) a la madre, bajo el mandato específico de “no reintegrarás tú producto”²⁰¹ y “no te acostarás con tu madre”²⁰². Entonces, tenemos que la intervención del padre es necesaria para que el niño cambie su lugar de súbdito de la madre y logre la identificación con las insignias paternas. Dicho momento privativo del complejo de Edipo (llamado así por Lacan), es decisivo respecto al lugar que ocupará el niño para la madre, “si el niño no franquea ese punto nodal, es decir, no acepta la privación del falo en la madre operada por el padre, mantiene por regla general — la correlación se basa en la estructura — una determinada forma de identificación con el objeto de la madre”²⁰³, esto quiere decir que estará para ella como su objeto metonímico y al mismo tiempo como súbdito del cual dispondrá según su capricho.

En suma, arribamos entonces que las ausencias de la madre, acompañadas de presencia (o más precisamente el cambio de ritmo de sus idas-venidas), son imprescindibles para que la mediación del padre se de y, que el niño no sea ubicado como objeto *a*. Esto, podríamos decir, no es algo difícil dado que inicialmente su deseo es ser el deseo de ella, conseguir alguna forma de existencia así sea como muñeco ventrílocuo de la madre, como súbdito.

Alba Flesler (2011) en su libro *El niño en análisis y las intervenciones del analista*, señala la diferencia entre el niño en el lugar de sujeto y aquél ubicado como objeto en el fantasma materno. Resalta que el bebé tiene parte en su existencia como sujeto si logra responder al Otro; afirma puntualmente, “podríamos decir que los padres dan la vida y también el intervalo primero y necesario. Pero la existencia, en cambio, la gana el sujeto, si responde. A partir de esto, parece justo afirmar que el sujeto *responde* al Otro en el intervalo de su falta, en tanto el objeto *realiza* la presencia cuando falla la falta”²⁰⁴. Responder como sujeto significa escapar de ese lugar de objeto dispuesto para él por la madre, “es instaurar la lógica de no identidad con el objeto que el Otro le propone ser al niño”²⁰⁵.

Esta afirmación advierte de un lugar ya preparado para el niño antes de su existencia como organismo vivo fuera del cuerpo de la madre, lugar que, podríamos

²⁰¹ *Ibíd.*, 208.

²⁰² *Ibíd.*, 208.

²⁰³ *Ibíd.*, 191.

²⁰⁴ Flesler Alba, “El niño en análisis y las intervenciones del analista” (Buenos Aires: Paídos, 2011) Pág. 67.

²⁰⁵ *Ibíd.*, 92.

decir, se conoce a través de los significantes que la madre (o los padres) le dirigen al hijo. Si bien el niño quizá toma parte activa en la elección de su existencia como sujeto (tal como lo postula esta psicoanalista), no podemos ignorar que hay un lugar reservado ya sea para su humanización o para su existencia como objeto del fantasma materno. Esto es fundamental ya que, ser tratado como humano implica ser visto como tal y tener un lugar para su humanización, la cual inicia atribuyendo a ese organismo vivo una subjetividad. Lo opuesto a esto, es el lugar del niño como realizador del objeto del fantasma materno, como objeto *a*, como resto.

Si bien, hasta ahora vimos algunas vías posibles que explican cómo el niño pasa a ocupar el lugar de objeto *a* en el fantasma de la madre, quiero en este momento añadir un camino más que considero tiene gran relevancia. Este es, la falla en la falicización del cuerpo del niño. Al respecto, el psicoanalista Ricardo Rodolfo (1989) en su libro *El niño y el significante: un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*, expone a través del caso de "M' hijo del doctor" ²⁰⁶ (el doctor esperado de la familia, universitario exitoso, el niño de mamá) que la falicización al niño falla cuando la madre no posibilita la separación, cuando no saca al niño de ese lugar; "en una falicización exitosa, por mucho que el hijo tenga que luchar contra ciertos inconvenientes nacidos de ella, reconocemos sin duda la producción de *un salto diferencial* que aleja enormemente este derrotero de la posición del niño como fantasma y no otra cosa de la ecuación pene=niño al pie de la letra [...] Se trata de lo fallido de un investimento fálico, sin dar espacio a efectos de metáfora, de sustitución, de discontinuidad. La conclusión es que este muchacho ha sido escasamente falizado por su madre y, por otra parte, en relación con lo paterno existe un notorio vacío. En la desesperación de esta carencia de significantes, él se cuelga como puede a un fantasma tal como ser el «pitolín» de una mujer" ²⁰⁷.

Aquí, en estas líneas, el autor advierte de una falicización exitosa y de otra que no lo es ¿Qué alude a una u a otra? ¿Cuándo el investimento fálico es exitoso y cuando es fallido? La respuesta quizá la encontramos en lo que significa falicizar a un hijo, la cual tiene de fondo el deseo materno, dar paso a la castración, donar la falta materna; dice el psicoanalista que ahí también está en juego: "la *cesión* de libido narcisista, una transferencia de narcisismo de mucha magnitud, un verdadero cambio en el *destino* del

²⁰⁶ Ricardo Rodolfo. "El niño y el significante: un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana" (Argentina: Paídos, 1989) Pág, 95.

²⁰⁷ *Ibíd.*, 95.

narcisismo"²⁰⁸. Desde esta perspectiva encontramos que la madre debe ceder a su narcisismo, a algo de ella misma para que la falicización a su hijo sea exitosa y, que este exista como sujeto. Ceder a su narcisismo implicaría ceder a su propia imagen idealizada para desplegar su libido al otro; es salir de la captura idealizada de su propia imagen para mirar al otro y dirigirle unos significantes que posibiliten su existencia como sujeto, uno tal con el cual ella se pueda lucir. En el contexto de los cuidados este niño falicizado es el niño deseado por ella, el que la enorgullece, con el que brilla, es el sujeto que puede mostrar y, con quien, a través de los cuidados, intentará restituir algo del narcisismo materno.

Ahora bien, en apartados anteriores hablé sobre la diferencia entre el deseo de la madre y el deseo de la mujer ¿Por qué lo menciono en este momento? Porque considero que existe una relación entre la madre que logra falicizar exitosamente al *infans* y la posición de mujer, ya que para que la madre logre separarse del niño permitiendo que opere la metáfora del deseo materno por el nombre del padre, debe dar espacio o cabida a la posición de mujer haciendo que la madre sea no toda (no toda madre). Al respecto, Rudolfo señala que lo fallido de un investimento fálico está del lado de lo que falla como madre, de la separación de esta con el niño no dando espacio al funcionamiento de la metáfora paterna.

4.5 El niño como objeto a en el contexto de los cuidados

¿Qué significa en el contexto de los cuidados que el niño esté en el lugar de objeto a como resto, como real o más precisamente, qué significa que el niño “quede expuesto a todas las capturas fantasmáticas” de la madre, como dice Lacan? En los apartados anteriores dijimos que el objeto a causa de deseo es lo que moviliza al sujeto (en este caso la madre) a la búsqueda de lo relacionado con su falta; el niño que es ubicado en el lugar de causa de deseo vela la falta materna a nivel imaginario, el agujero en el sujeto.

Contrario a esto, el niño como objeto a resto, objeto plus de goce, despojo pulsional, obtura el agujero, la falta primordial; como la madre no le atribuye una subjetividad, lo cual significa que no supone en este un sujeto – pues no admite en él la división subjetiva- es tomado como puro real, como una bola de carne o un conjunto de órganos sobre el que no se interroga, es decir, no formula la pregunta por lo que este

²⁰⁸ *Ibíd.*, 98.

desea y, tampoco se cuestiona a sí misma sobre su propio deseo ya que él está en el lugar de colmar su falta.

Si la falta está taponada, saturada, no hay espacio para la pregunta, para el interrogante que tiene de fondo el deseo, por tal razón, el niño no es puesto ahí como pregunta sino como respuesta, ¿qué significa esto en el contexto de los cuidados? Que si la madre logra dar los cuidados lo hará mecánicamente como dispensadora de higiene sin preguntarse, qué quiere el otro.

También significa que los objetos de los cuidados dispensados serán objetos de la necesidad, y no entrarán a la dialéctica de la demanda como objetos del don de amor de la madre. Ya que el niño es visto de manera parcial, como organismo (bulto de carne, conjunto de órganos) y no desde la completitud imaginaria que proporciona el estadio del espejo (como el niño falo), el niño estará para ella como heces, boca, objeto mirada, grito; ella realizará todos los rituales de limpieza: lo bañará, alimentará, le limpiará la cola, pero difícilmente podrá erotizarlo más allá de realizar estas acciones dirigidas a dicho objeto de su captura fantasmática.

Para el niño como objeto a plus de goce, real, los cuidados operan como meros objetos de la necesidad sosteniéndolo desde lo biológico; la madre se saturará saturando al niño como dispensadora de cuidados, limpiándolo, alimentándolo todo el tiempo, no dejará pasar ningún descuido impidiendo de esta manera el espacio para la falta en el niño, ni en ella; dice Lacan en *Dos notas sobre el niño* que, “el niño aliena en él todo acceso posible de la madre a su propia verdad, dándole cuerpo, existencia e incluso la exigencia de ser protegido”²⁰⁹. Esto permite pensar en la madre como la cuidadora experta, en aquella que protegerá a su hijo evitando a toda costa que se enferme; cuidará su cuerpo, y a su vez, este será el niño muy bien cuidado.

Como el niño obtura la falta de la madre, esto es que falte la falta, a su vez la imposibilita para que transmita su deseo (su falta) como lo nodal que constituye al sujeto. Puesto ahí como el relleno real, se presenta a su vez como el objeto que aparece en la angustia; “la angustia surge cuando un mecanismo hace aparecer algo en el lugar que llamaré, para hacerme entender, natural, a saber, el lugar (- φ), que corresponde, en el

²⁰⁹ Jacques Lacan. “Intervenciones y Textos II” *op. cit.*, Pág., 56.

lado derecho, al lugar que ocupa en el lado izquierdo, el *a* del objeto del deseo. Digo *algo* – entiendan *cualquier cosa*" 210.

El niño como objeto *a* real pulsional, plus de goce, es quien "realiza la presencia [...] como el objeto *a* en el fantasma" 211, es él, el que se da, no como falta sino apareciendo en lo real; frente a esto dice Lacan también en *Dos notas sobre el niño*, "en suma, en su relación dual con la madre el niño le da, como inmediatamente accesible, aquello que le falta al sujeto masculino: el objeto mismo de su existencia, apareciendo en lo real" 212; al decir que el niño le da a la madre el objeto de su existencia, lo que muestra es que es él mismo el que aparece como objeto *a* real de goce; él se da como real. ¿Qué significa esto? Si tenemos en cuenta que para el psicoanálisis lacaniano el fantasma opera como defensa ante el develamiento de una verdad traumática para el sujeto, operando como "un simulacro de goce que lo preserva del peligro de gozar"213, podríamos afirmar que la madre goza en su escena fantasmática de algo que le es más aceptable, más soportable y, que la protege del peligro del goce (real). De hallarse la madre con el *a* en lo real, sería la *tyche*, el encuentro con el objeto *a* que colma, tapona la falta, vía que conduce a la angustia.

Al respecto del niño "como pedazo de carne", afirma Colett Soler (2004) en su libro *Lo que decía Lacan de las mujeres*, que "el recién neonato no es al principio un sujeto, sino un objeto. Objeto real, en las manos de la madre, quien, mucho más allá de lo que exigen los cuidados, puede usarlo como una posesión, muñeca erótica para gozar y hacer gozar [...] Hay también madres que no son más que ponedoras de objetos que abandonan y para quienes, a falta de ser un sustituto fálico, el niño es sólo un pedazo de carne"214. Dicho pedazo de carne es el niño objeto *a* pulsional real del que la madre goza y del cual dispondrá sin cuestionamiento obrando desde su propio capricho.

Al Lacan hablar sobre la función de la madre, dice en *Dos notas sobre el niño*: "sus cuidados están signados por un interés particularizado, así sea por la vía de sus propias carencias" 215; esta referencia permite pensar que la madre ubica inicialmente al niño desde sus carencias, desde su falta – su deseo; que dispensa sus cuidados con la

210 Jacques Lacan, "Seminario Libro 10: La angustia" (Buenos Aires: Paídos, 2006) Pág., 52.

211 Jacques Lacan. "Intervenciones y Textos II". *op. cit.*, 56.

212 *Ibíd.*, 56.

213 Nasio Juan David, "El placer de leer a Lacan: El fantasma". (Argentina: Editorial Gedisa, S.A, 2007). Pág.,71.

214 Colette Soler, "Lo que decía Lacan de las mujeres", *op. cit.*, 113.

215 Jacques Lacan, "Intervenciones y Textos II", *op. cit.*, 56-57.

marca de su «interés particularizado» en el que ubica al niño como objeto *a causa* de deseo; sin embargo, es desde este que busca obturar esa carencia con el objeto *a real* pulsional de goce; así, en la captura fantasmática el niño satura en lo real la falta en la madre.

5. Conclusiones

Como resultado del camino recorrido al abordar los diferentes temas expuestos en los cuatro capítulos, encontramos un amplio panorama sobre lo indispensable en el terreno de los cuidados que implica lo constituyente del sujeto. Para la psicología, como para la concepción popular de la crianza, la negligencia es vista como falta de cuidados y estos siempre se han asociados con la ausencia de la madre, con una madre descuidada. El psicoanálisis encuentra que la cuestión es mucho más compleja.

Para profundizar en esto, primero quiero hacer énfasis en el estado inicial de desvalimiento del bebé que lo liga a una total dependencia con un prójimo experimentado, quien realiza la acción específica sin la cual no se daría la vivencia de satisfacción ¿Qué moviliza o no al auxiliador a realizar dicha acción?

Lo que encontramos en todo lo planteado, es que el lugar en que el bebé es ubicado por parte de la madre se articula con el tipo de objeto puesto en juego en los cuidados -objeto de la necesidad u objeto de la demanda, de los dones de amor de la madre-. La madre puede dispensar los cuidados al bebé, sin ubicarlo en el lugar de su deseo (de su falta); en dicho caso, el niño podría estar sostenido desde lo biológico, recibir todo lo nutricional y necesario para la supervivencia como organismo, pero su constitución como sujeto estaría en peligro.

Lo indispensable de los cuidados para la supervivencia del niño y para que se dé lo estructurante en el sujeto involucra inicialmente el deseo de la madre, a través del cual podrá realizar una lectura del grito, ubicando en este una demanda, un llamado. En oposición a dicha lectura del grito, es decir, cuando es tomado solamente como un grito, señala que el niño está ubicado en el lugar del objeto que obtura, que taponar el agujero causa del deseo de la madre; este es, el objeto a pulsional real, plus de goce. Desde ahí ella dispensará los cuidados de manera mecánica, dirigidos al organismo vivo puesto en frente, a ese bulto de carne o conjunto de órganos en el que no ubicará un sujeto. Ahora bien, algo muy distinto a dispensar los cuidados, sería la omisión de estos. En tal caso, no hablaríamos de negligencia ya que está no se relaciona con la ausencia de cuidados sino con el <<descuido>> de otro hacia el bebé. Es decir, de algunos cuidados que fallaron.

Este es un punto nodal al hablar de los cuidados desde el psicoanálisis, pues para que lo constituyente en el sujeto se desarrolle, es necesario dar lugar a la falta. La

ausencia de la madre (el cambio de ritmo de su alternancia presencia-ausencia) es indispensable para que se dé cabida al deseo en el sujeto.

A partir del desarrollo teórico realizado, frente a la división madre – mujer, podríamos decir que la primera implicaría una posición que privilegia el tener con respecto al falo, lo cual nos plantea varias preguntas en el contexto de los cuidados: ¿No hay madre sino fálica? o, dicho de otra manera, ¿el ser madre -más allá de ser la genitora- implica siempre el asumir tener el falo? o, desde la perspectiva freudiana, ¿asume al bebé como sustituto del falo?, ¿qué lugar tienen ahí los cuidados? Por ejemplo, ¿contribuyen a darle brillo fálico al bebé? Una madre obsesionada en cuidar a su bebé, ¿se obsesiona en ese objeto narcisista (“su” falo, el de la madre)?

Para dar respuesta a estos interrogantes, podríamos pensar en la madre que tiende a velar la falta del bebé – en la perspectiva freudiana, a tomarlo como “su majestad el bebé” y ocultar o no tomar en cuenta la impotencia y precariedad absoluta del niño; esta podría tender a magnificarlo, idealizarlo y negar en él los efectos de la castración o cualquier restricción.

Los cuidados velarían o incluso serían manifestación parcial de su impedimento, del impedimento de la castración del bebé, y velarían la castración de la madre. Por eso temen tanto que los cuidados puedan fallarle, en algún momento o en cierta medida. Ahora bien, en términos de negligencia podríamos preguntarnos: Una madre negligente, ¿es descuidada con el falo?

Acá viene otro asunto relevante que se desarrolló durante los capítulos: es absolutamente necesario, por estructura, ocupar ese lugar de falo de la madre, para que, a partir de este comienzo, opere la castración y sea destituido de este lugar. En ese sentido, los cuidados también comienzan a perder su dimensión fálica o fetichista. Esto conduce a pensar en que la madre -desde su función materna- en algún momento debe salir de dicha posición fálica. Salir de dicha posición implicaría, incluso, el fallo gradual de los cuidados.

Ahora bien, el escenario de la alternancia presencia-ausencia de la madre sobre el que se dan los cuidados y el cambio de ritmo de sus idas y venidas, revela que todo podría marchar por buen camino para el bebé y el sujeto a devenir; ya que, por esta vía, obedeciendo a su arbitrio -tal como lo mencionó Lacan al hablar de la no respuesta de la madre ante el llamado del niño- ella posibilita que se articule la falta en sus diferentes modalidades, dando paso al sujeto deseante. Esto es clave para el psicoanálisis al hablar de cuidados o falta de cuidados, pues señala que la falla inherente a estos no es

suficiente para que acontezca lo estructurante en el sujeto, es necesario el rompimiento de la escansión presencia- ausencia de la madre que se da en este escenario para dar paso al deseo en el sujeto.

Esto quiere decir que los cuidados son todas aquellas cosas que realiza el prójimo o auxiliador, que contribuyen a que emerja un sujeto en el bebé; y esto alude, específicamente, a un acto de lenguaje e involucra el deseo de la madre. Cabe precisar, entonces, que el cuidado y la acción específica en la que se inscribe el bebé es un acto de lenguaje que, como ya lo mencionamos anteriormente, implica varias lecturas posibles del grito; dicha multiplicidad de lecturas nos permite formular una característica fundamental acerca de los cuidados: que se pueda atribuir tal o cual demanda implica una falla, esto significa la posibilidad de mal entendido y que, en efecto, siempre habrá equívoco.

Si bien el trabajo realizado en la presente tesis intenta acercar potenciales conjeturas respecto a los cuidados, mi intención es poner en evidencia el panorama para posibles nuevos interrogantes, dando lugar a la reflexión y a futuros trabajos que aborden en profundidad los diferentes aspectos planteados.

Bibliografía

AGAMBEN, GIORGIO. "Lo abierto: El hombre y el animal" (2002) (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2006).

ALKOLOMBRE, PATRICIA. "Deseo de hijo. Pasión de hijo: Esterilidad y técnicas reproductivas a la luz del psicoanálisis (Buenos Aires: Letra Viva, 2008).

ALZAR, MANUEL, "Diccionario ideológico de la lengua española" (Barcelona: Bibliograf, 1995).

CASTORIADIS-AULAGNIER. "La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado". (Buenos Aires: Amorrortu, 2004)

COLETTE, SOLER. "Lo que decía Lacan de las mujeres" (Colombia: Editorial No Todo, 2004)

COROMINAS, JOAN. "Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana". Vol. I (Madrid: Editorial Gredos, 1974)

CHAUMON, FRANK. "El Grito". En *Essaim, Revue de Psychanalyse*, número 6, (Détours de la transmission, París, 2000).

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, "Diccionario esencial de la lengua española" (Madrid: Espasa Calpe, 2006)

EUGÉNIE LEMOINE-LUCCIONI (1980) "El grito, el sueño del cosmonauta" (España: Alfonso Impresores, S.A, 1982)

FLESLER, ALBA. "El niño en análisis y las intervenciones del analista" (Buenos Aires: Paídos, 2011)

FREUD, SIGMUND. "Proyecto de psicología para neurólogos", en *Obras completas*, Vol. I. (Buenos Aires: Amorrortu, 2008).

FREUD, SIGMUND. "Entwurf einer Psychologie". En *Gesammelte Werke*. (1885-1938) (Frankfurt am Main: Fischer Verlag, 1987)

FREUD, SIGMUND. "La interpretación de los sueños". En *Obras Completas*. Vol. V (Buenos Aires: Amorrortu, 1992).

FREUD, SIGMUND. "Tres Ensayos de Teoría Sexual". En *Obras Completas*, Vol. VII (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992).

FREUD, SIGMUND. "Sobre las teorías sexuales infantiles". En *Obras Completas*. Vol. IX (Buenos Aires: Amorrortu, 1989).

FREUD, SIGMUND. "Introducción del narcisismo". En *Obras Completas*, Vol. XIV (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992).

FREUD, SIGMUND. "Más allá del principio del placer. Psicología de las masas y análisis del Yo". En *Obras completas*, Vol. XVIII (Buenos Aires: Amorrortu, 1992)

FREUD, SIGMUND. "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos". En *Obras Completas*. Vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 1989).

FREUD, SIGMUND. "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos". En *Obras Completas*, Vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu Editores, 1992).

FREUD, SIGMUND. "El Yo el Ello y Otras Obras". En *Obras Completas*. Vol. XIX (Buenos Aires: Amorrortu, 1989).

FREUD, SIGMUND. "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras Completas*. Vol. XX (Argentina: Amorrortu, 1992).

FREUD, SIGMUND. "Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis". En *Obras Completas*. Vol. XXII (Buenos Aires: Amorrortu, 1991).

FREUD, SIGMUND. "Entwurf einer Psychologie". En *Gesammelte Werke*. (1885-1938) (En *Gesammelte Werke* (Frankfurt am Main: Fischer Verlag, 1987).

GÓMEZ DE SILVA, GUIDO. "Breve Diccionario Etimológico De La Lengua Española". (México: Fondo de Cultura Económica, 1988).

GRACIELA, BRODSKY. "Clínica de la Sexuación" (Bogotá: Net Educativa, 2004).

GÜNTHER, HAENSCH. "Diccionario Compacto Heder Alemán- Español" (Barcelona: Heder Editorial, 2008).

JAIME, SANTAMARÍA. "El prójimo: la máquina del mal". Tesis de Investigación, Escuela de Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura, 2014.

JAIMSKY, GRACIELA. "Cuerpo y construcción psíquica: la seducción primaria en la relación madre-bebé" (Buenos Aires: Ediciones Continente, 2008).

LE GAUFÉY GUY. "El objeto a de Lacan" (1996) (Buenos Aires: El cuento de plata, 2013).

LEVIN, ESTEBAN. "La función del hijo: espejos y laberintos de la infancia" (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2000).

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 1: Los escritos técnicos de Freud" (Barcelona: Paidós, 1981).

LACAN, JACQUES. "Los escritos II: la significación del falo" (1958-1959) (México: Siglo Veintiuno Editores, 2003).

LACAN, JACQUES. "Intervenciones y textos II" (Argentina: Ediciones Manantial, 1988)

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 4: La relación de objeto" (Buenos Aires: Paidós, 2008).

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 5: las formaciones del inconsciente" (1957-1958) (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1999).

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 6: el deseo y su interpretación" (1958-1959) (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2014).

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 10: La angustia" (Buenos Aires: Paidós, 2006).

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis" (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2010)

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 17: el Reverso del Psicoanálisis" (1970) (Buenos Aires: Editorial Paidós, 1999).

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 17: El reverso del psicoanálisis" (1969-1970) (Buenos Aires: Paidós, 2008).

LACAN, JACQUES. "Seminario Libro 20: aún" (1972-1973) (Buenos Aires: Editorial Paidós, 2008).

MATHELIN, CATHERINE. "La sonrisa de la Gioconda. Clínica psicoanalítica con bebés prematuros" (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2001)

MILLER, JACQUES-ALAIN. "De mujeres y semblantes" (Buenos Aires: Cuadernos del Pasador, 2000).

NASIO, JUAN DAVID. "El placer de leer a Lacan: El fantasma". (Argentina: Editorial Gedisa, S.A, 2007).

NOMINÉ, BERNARD. "Comentarios sobre el Seminario IV de Jacques Lacan. La relación de objeto" (Ecuador: Mistral y Cía., 1995).

RECALCATI, MASSIMO. "Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno" (Barcelona: Editorial Anagrama, 2018).

RODULFO, RICARDO. "El niño y el significante: un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana" (Argentina: Paidós, 1989).

SANTOS, LUIS. "Masculino y Femenino en la Intersección entre el Psicoanálisis y los Estudios de Género" (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009)

TOMÁS, SILVIA. "La función materna: El otro como maître en las encrucijadas de la subjetividad" (Buenos Aires: Letra Viva, 2011).

VELLEDA, CECCHI, "Los otros creen que no estoy: Autismo y otras psicosis infantiles" (Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen, 2005).

VEGETTI, SILVIA. "El niño de la noche. Hacerse mujer, hacerse madre" (Madrid: Ediciones Cátedra, 1990).

VILLALBA, ANA MARÍA. "Diccionario Etimológico Saber: Sinónimos, Antónimos, Parónimos" (Colombia: Editorial Presencia, 1990).

WINNICOTT, DONALD (1965) "El proceso de maduración en el niño- estudios para una teoría del desarrollo emocional" (Barcelona: editorial Laila, 1975).

WINNICOTT, DONALD. "Los bebés y sus madres" (Barcelona: Paidós, 1998).

WINNICOTT, DONALD. "Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios para una teoría del desarrollo emocional" (Argentina: Editorial Paidós, 1993).